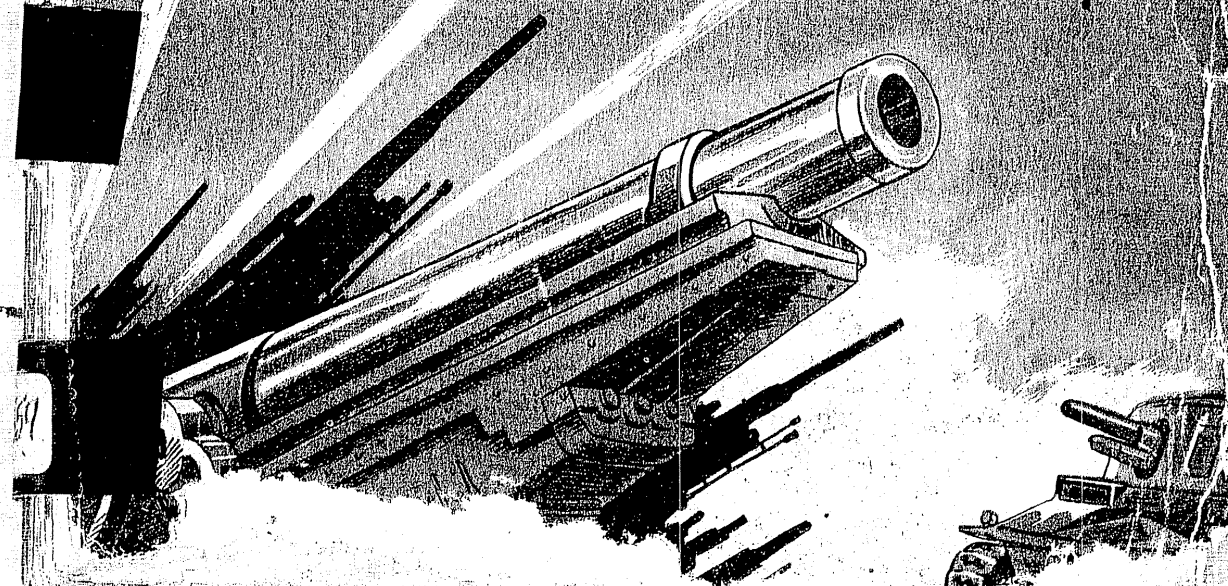


MAURO
BAJATIERRA

CRÓNICAS DEL FRENTE DE MADRID

DEL FRENTE DE MADRID



69



MAURO BAJATIERRA

La guerra en las trincheras de Madrid

CRÓNICAS DE LA LUCHA, DE MAURO BAJATIERRA,
PÚBLICADAS EN EL DIARIO "CNT", DE MADRID



Ediciones TIERRA Y LIBERTAD
BARCELONA



ARTES GRAFICAS, C.N.T. - ARCO DEL TEATRO, NUMEROS 21 y 23 - BARCELONA

Un libro de guerra

¡Y qué libro de guerra, camaradas! Hecho en las primeras líneas de fuego, donde estallan los obuses y donde los dinamiteros juegan cada día cien veces con la muerte. Páginas con olor agrio de sudor varonil y con el perfume salvaje y fuerte de la sangre, con gusto de hierro y de pólvora. Páginas por las que campea una gran puerilidad y una enorme, inextinguible ternura.

Bajatierra, viejo ya, tipo de luchador romántico, lleno de ilusiones y de anhelos, con ansias constantes de acción, ha sido una existencia dedicada a desear vivir lo que ahora otros viven. Fenómeno producido en no pocos ancianos militantes, que vieron correr los días y los años y es precisamente ahora, al borde de la tumba, en medio del invierno infecundo, cuando ven realizado lo que fueron sueños y ansias incesantes.

De ahí ese desafío constante al peligro, esa entrega generosa e irreflexiva de la vieja vida que se ofrenda en esa realización maravillosa de lo soñado. Y los jóvenes, los muchachos, "sus muchachos", como él los llama, aman al veterano, arriesgado y alegre, ferviente y optimista, de alma infantil y buena, que comparte sus peligros y que cubre su cuerpo con los mismos vestidos, rejuvenecido y radiante.

Crónicas ligeras, en las que la vitalidad española desborda. Instinto poderoso de un pueblo que quita importancia a la vida y a la muerte, que goza de los momentos sin pensar en el mañana, en una explosión sanguínea que es irreflexión salvadora y facultad de olvido redentor de dolores y de lacerantes recuerdos. Apuntes del natural, escritos sobre las rodillas, entre las breñas, bajo los bombardeos y en medio del estruendo de los cañonazos. Muchas veces el auto de Mauro ha servido para transportar heridos. Otras veces el periodista ha cedido el paso al enfermero, que ha corrido en auxilio de los moribundos.

Y el combatiente —¿qué importan los años ni la trincherera desde donde se combate?— ha recorrido todos los frentes. Ha estado en todos los pueblos, en los bosques, en las llanuras martirizadas de nuestra Castilla. Ha ido con las columnas confederales en las marchas forzadas de gloria o de derrota, persiguiendo italianos por los campos de Brihuega y recogiendo trofeos de triunfo; a veces secando las lágrimas de rabia de los vencidos, obligados a retroceder un día, para avanzar con más furor y más ímpetu al siguiente.

¡Cuántos mártires tiene ya el periodismo, en este año de guerra, cruel y dura, difícil e implacable, infinitamente peor que la guerra europea! Han caído ya muchos, en Aragón y en Andalucía, en el Centro y en el Norte. Hombres y mujeres de España y del mundo que se asomaron a la cima del horror y que sintieron el enorme vértigo de la guerra. Seducción irresistible para las almas aventureras, para los corazones cansados o demasiado nuevos. La última ha sido esa muchacha redactora de "Ce Soir", caída en la retirada de Brunete, en el estribo del auto desde el cual tomaba fotografías de los combates. Y el penúltimo nuestro Elías García, poeta y loco, símbolo de España, de alma torturada, coraje invencible y actividad infatigable.

Cada vez que veo a Mauro Bajatierra me despido de él con un poco de emoción. Pienso que no le volveré a ver más, que el viejo periodista está destinado a morir en esta guerra, de la que su existencia y su entusiasmo son como una encarnación sintética y viva.

Y sin embargo, los obuses respetan su cuerpo corpulento, arrastrado ya tantas veces por el fondo de todas las trincheras, protegido muchas por los brazos y los cuerpos de los bravos milicianos, cuyas gestas escribe su pluma de bardo popular y primitivo. El "Tomate" del buen Mauro se ha hecho ya clásico. Es la consigna de los frentes del Centro y la dura verdad que han debido sufrir las huestes enviadas por Mussolini contra esta segunda Abisinia que parecía España. Que parecía, solamente. Sin embargo, hoy se reconoce internacionalmente que España es el país de las grandes sorpresas, la tierra de las contradicciones y de las paradojas, la eterna piel de toro en cuyos pliegues perdiéronse para siempre Napoleón y su trono.

Nadie leerá sin emoción, sin simpatía, sin eco apasionado, estas páginas con brevedad y rudeza de kaleidoscopio, visión cinematográfica de la guerra, explicada por un viejo anarquista, dedicado por afición al periodismo y que ha sabido poner de acuerdo un vestido de comandante con un mandil de panadero. Se habrán escrito mejores crónicas de la guerra, literariamente hablando. Ninguna tendrá el valor de evocación y de expresión de éstas, palpitantes y vivas, láminas de acero regadas con lágrimas y sangre, salpicadas de humor rural, ruidoso y cándido, y con la fuerza elemental que mueve las almas de los pueblos.

Sólo dos países en el mundo pueden comprenderse y reencontrarse a través del tiempo, en similitud de hechos y en paralelismo de figuras y de vidas. El Méjico de Pancho Villa y de Flores Magón, y la España de El Em-

pecinado y de Durruti. Esta España que Mauro Bajaterra recoge y eterniza con la elocuencia primaria de su pluma y de su verbo, en la sucesión de imágenes y de anécdotas de un libro de guerra escrito por un hombre de alma infantil, generosa y pacífica.

FEDERICA MONTSENY

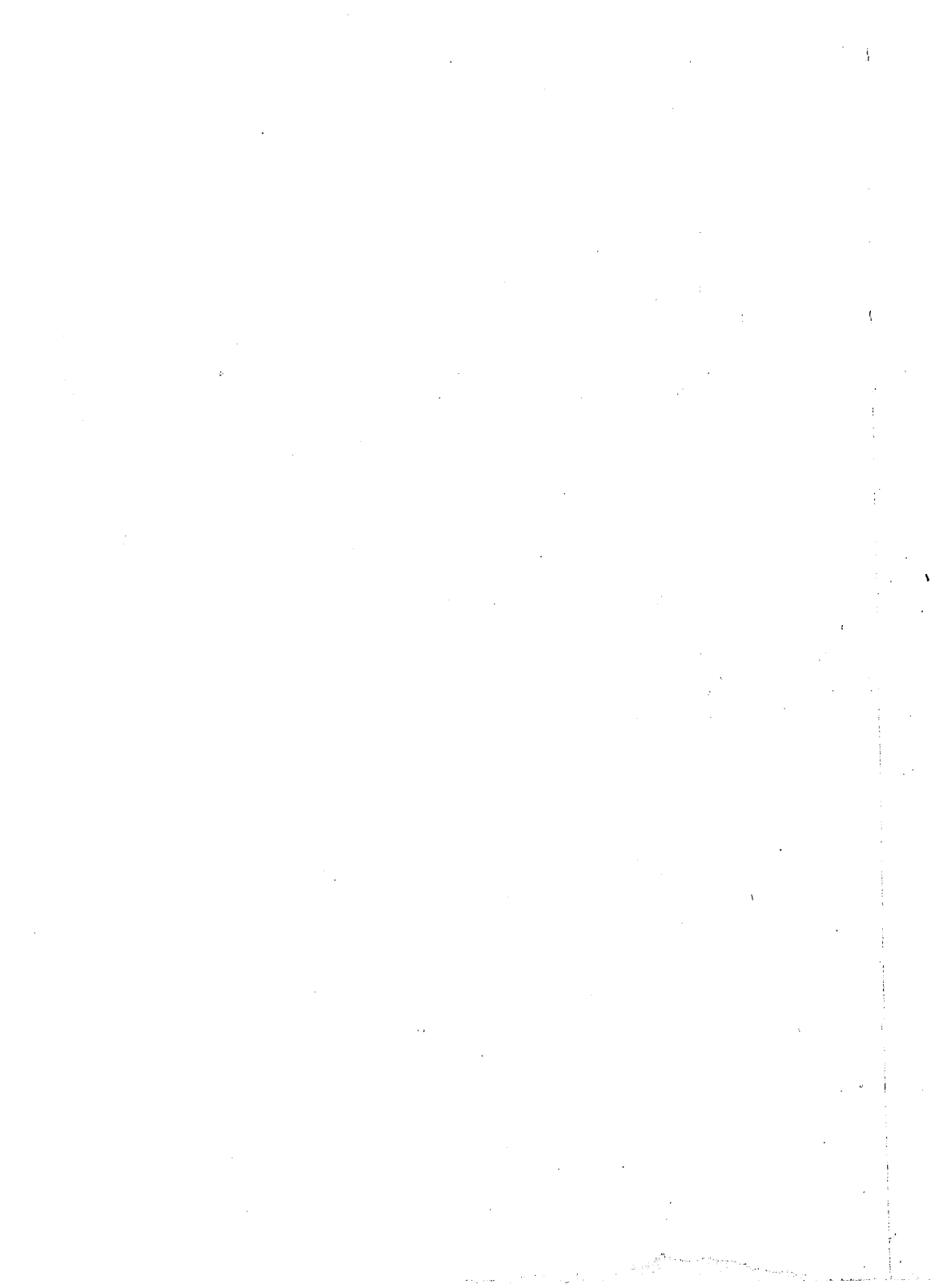


MAURO BAJATIERRA

Corresponsal de guerra del diario "C N T", de Madrid, y de
"Fragua Social" de Valencia, autor de este libro

PRIMERA PARTE

LA DEFENSA HEROICA DE MADRID



DIAS DE GLORIA DE LA CAPITAL DE ESPAÑA

Un combate de cinco horas.—Se impide el paso a los tanques fascistas.—Las trincheras del barrio Usera.—Una columna de fuerza de la C. N. T. avanza cuatro kilómetros derrotando al enemigo.

Hace un aire que ciega y un frío que pela en estos altos del barrio de Usera. Además de esto, la metralla barre todo lo que encuentra sobre la tierra; guardados del aire y del fuego, los milicianos esperan su momento de entrar en acción, tranquilos, chungueros y valientes. Desean el momento; al llegar nosotros, varios muchachos que estuvieron en el frente de la Alcarria nos reconocen y nos saludan fraternalmente, recordando momentos críticos y comparando situaciones.

—Siéntate—me dicen—; no levantes nada sobre este refugio, porque te lo segarían.

El tableteo de nuestras ametralladoras es continuado. La artillería enemiga está extendiendo una cortina de fuego sobre nosotros, precursora de un ataque inmediato para lograr un avance. Nuestra artillería no se la ve, pero se la siente; sus granadas estallan en la línea enemiga, que sabemos es allá, porque nos lo indican nuestros artilleros con sus disparos; pero no se ve un alma que indique que allí están los facciosos. Tumbados en el interior

de las trincheras, deseosos de saltar atacando, cuchillo calado en el fusil, mordemos la rabia de nuestra impotencia momentánea apretando el cerrojo de nuestros fusiles hasta hacernos daño en las manos.

Se aminora el fuego de la artillería fascista; en este momento, avanzamos por entre las casas del alto del barrio, en dirección a los campos de Villaverde Bajo. Los alambres de la conducción eléctrica que cruzan el campo, batidos por el aire, suenan semejando la voz gangosa de una "radio"; no puedo por menos de comentarlo, pero me interrumpe la voz de uno de mis acompañantes, que me azuza para aligerar el paso y meternos en la trinchera. Saltamos dentro de la zanja, demasiado alta para nosotros, por aquel lado, después de habernos librado de la granizada de balas que sentíamos silbar por el camino, y, cuando aun no habíamos fijado nuestros pies en el fondo de la trinchera, un estampido brutal hace encogernos y un montón de tierra nos aturde, ensucia y ciega.

Nos miramos unos a otros después del susto morrocotudo que hemos llevado, y, tomando trinchera adelante caminamos agachados como si buscáramos algo que hubiéramos perdido. Cruzamos, casi arrastrándonos, bajo techos de nidos hechos con maderas y latas. La punta de una de ellas desgarrar por mi espalda un magnífico "cuero" que la Administración del periódico me dió contra el frío y que estreno hoy. ¡Maldita sea...!

Como gusanos seguimos avanzando. No se nos va del pensamiento la bomba que estuvo a punto de terminar con nosotros.

El tiroteo es ensordecedor; asomamos la "gaita" sobre la trinchera, y vemos que avanzan tanques enemigos seguidos de los fascistas, que marchan ocultos tras de ellos.

Conocemos esta táctica: la hemos practicado en Atienza, cuando nuestros tanques atacaban, decididos. Un centenar de nosotros caminábamos parapetados tras la mole de los tanques y, cuando llegaba el momento propicio,

nos abríamos en ala y aparecíamos frente al enemigo atacando fieramente.

A estos facciosos los atacamos por el flanco y les hacemos dejar su parapeto, viéndoles retroceder, corriendo, hasta ocultarse en sus trincheras, dejando algunas bajas en el campo. Los tanques enemigos, tres, paran; nuestro tiroteo arrecia tanto, que, imponente, evita el avance. Nuestros compañeros de todas las milicias, de todas las ideas, de todas las edades, en su mayoría mayores de treinta años, animosos, acompañan cada disparo con un insulto contra el enemigo.

Uno de los tanques marcha hacia la carretera, para avanzar por ella y envolvernos. ¡Canallas! ¡No saben la que les espera!

De los otros dos, uno quedó quieto desde que zumbamos a su "cola"; el otro, que avanzó más, retrocede reculando. De nuevo la artillería enemiga, que había callado pensando que el avance de los suyos era pan comido, bombardea con cañones y morteros las casas del barrio obrero; pero nosotros no lo tememos: nuestro tiroteo sigue corajudo, poniendo cuidado en hacer blanco. Los tanques orugas del enemigo no dejan de fijar sus ametralladoras, bien dirigidas, pero inútiles, a nuestro parapeto.

De pronto, vemos salir corriendo al enemigo de sus trincheras y miramos al cielo, viendo a nuestra gloriosa aviación que avanza; de las trincheras sale la voz de avance, y los bravos, saltando fuera, se despliegan en guerrilla y, a la carrera, intentado un envolvimiento de los tanques. Del lado de la carretera, vuelve el que marchó y abre un fuego continuado de ametralladora contra los que avanzan. Nosotros, desde nuestras trincheras, sostenemos el avance de los nuestros, disparando nuestros fusiles con ligereza de ametralladoras. La aviación nuestra da una vuelta y regresa.

El avance en dirección hacia la colonia de Orcasitas fué un momento solemne y precioso, demostrativo

del coraje de los trabajadores que defendemos Madrid como defendemos las vidas de todos. Los que no pudimos salir al avance, veíamos con cierta envidia el empuje de nuestros camaradas, hasta perderlos de vista.

El tiroteo cesa momentos después. Habla ahora el silbido de las bombas artilleras y la tremenda explosión de los obuses y morteros. Nosotros, agazapados en el fondo de la trinchera, charlamos. Un cabo de Asalto nos da la noticia bomba: una columna compuesta de fuerzas exclusivamente de la C. N. T. y de la F. A. I., ha hecho retroceder al enemigo, en X., cuatro kilómetros, apoderándose de un tanque y las posiciones fascistas. La noticia corre como un cohete a lo largo de las trincheras y un grito unánime suena sobre el cañoneo fascista:

“¡Viva la C. N. T.! ¡Viva la F. A. I.!”

8 Noviembre 1936

HEROICA DEFENSA DE MADRID

Un combatiente anónimo, el cabo Antonio Coll, vuela cuatro tanques fascistas.—Una racha de heroísmo circula por nuestras filas y otro combatiente vuela dos tanques más.

Son las cinco de la mañana. Por fuera del pueblo hacen su aparición los tanques enemigos con su "cola" fascista detrás de ellos, para pillarnos de sorpresa y dar el asalto a Madrid.

Los altos a donde he trasladado mi "domicilio", hasta hacer escapar a los fascistas, están alerta y preparados. Los compañeros que ocupan hoy la primera línea empiezan a "saludarles" zumbándoles, certeros. Los tanques se dividen: los que no llevan "cola" toman para nuestra derecha internándose en el pueblo, obligándonos a nosotros a que hagamos lo mismo, ya que estamos dispuestos a que cada casa sea un fuerte y cada calle un cementerio fascista.

Los otros tanques siguen su marcha lenta, tanteando la posibilidad de colarse entre nosotros y pasar, y en ese momento surge el héroe anónimo que, saliendo de bajo tierra, se eleva, se eleva sobre todos y se hace tan grande, que deja alelados a los que le miran y ven cómo su "mono" justiciero se levanta y, como un Júpiter, lanza sus rayos sobre el enemigo, batiendo primero un tanque, luego otro, y así hasta cuatro (1).

(1) El autor de esta hazaña que elevó al ápice el entusiasmo de los combatientes en aquellos días duros de sangre y de gloria fué el marino Coll, muerto heroicamente días después, 11 de Noviembre, defendiendo la libertad del pueblo español desde su parapeto.

Contagiado, vengativo, justiciero, surge otro héroe y, continuando la hazaña del primero, inutiliza otros dos tanques, y, al abrirse uno de ellos, se ve con alegría que en su interior iba el comandante de los tanques, que no volverá más a ser traidor al pueblo.

Cuatro horas duró el combate, en el que el enemigo ha tenido numerosas bajas, perdiendo seis tanques con sus tripulaciones. Los cañones fascistas no cesaron de arrojar metralla sobre nosotros; pero no nos causó baja alguna. En cambio, nuestra artillería los deshizo por la parte de X., destruyendo los cuarteles que hubo que tomar al asalto cuando la traición militar del mes de Julio.

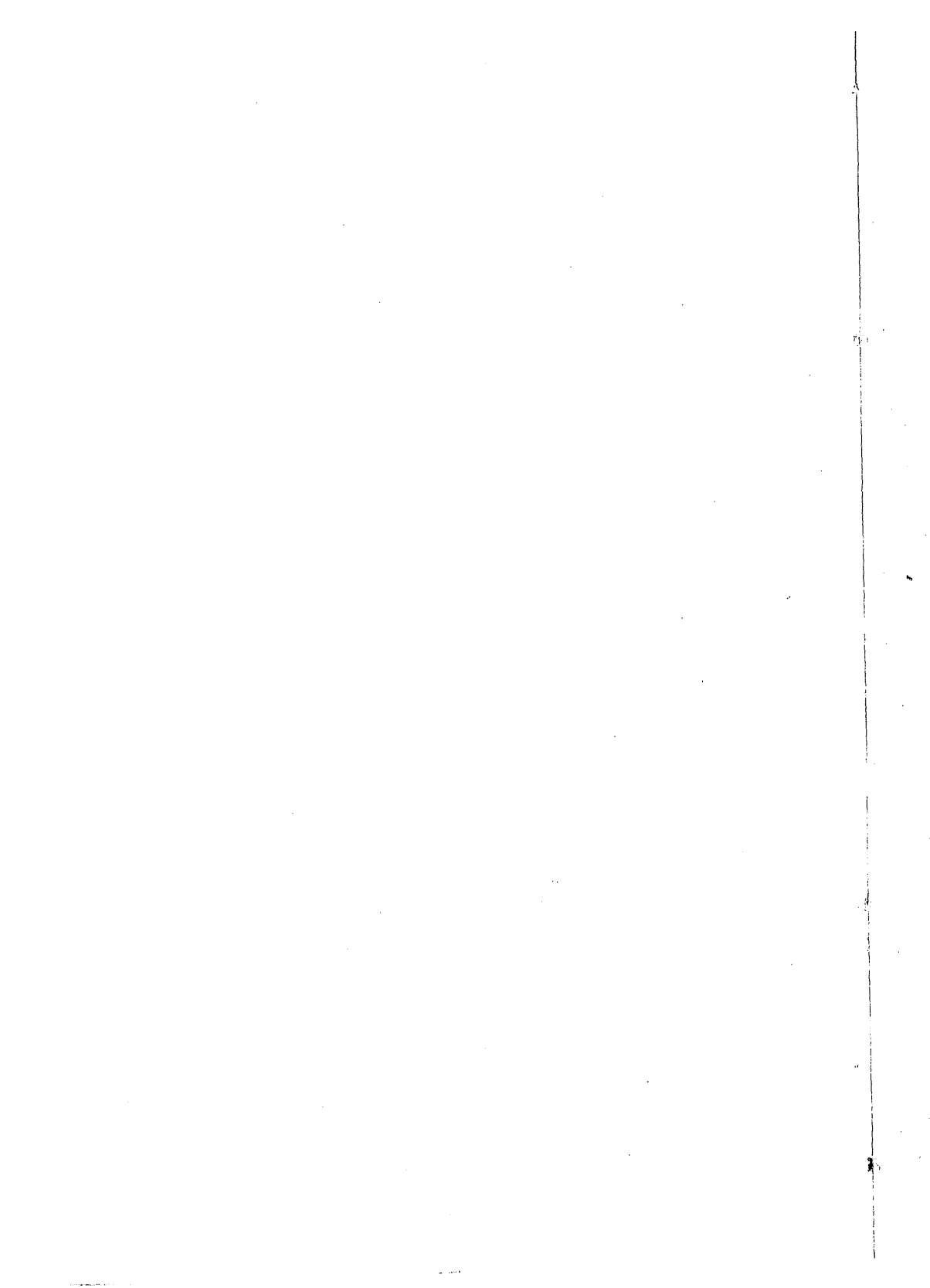
Por la tarde hizo su aparición la bestia fascista, que, desde una altura muy prudencial, nos bombardeó sin causarnos ninguna baja.

Por la noche, cuando entramos en Madrid, vemos, en el paseo de las Delicias esquina a Embajadores, un hoyo enorme, causado, sin duda, por la explosión de una bomba de 200 kilogramos. Del enorme agujero, en el que caben, bien holgados, dentro de él, tres "autos", surgen enormes cataratas de agua, que llegan a diez metros de altura, que desaparece rápidamente por la alcantarilla, que también fué rota. Los adoquines de la calle fueron lanzados a muchos metros de distancia. A seis metros, otra bomba del mismo peso arrancó de cuajo un árbol centenario, gigantesco, dejándole tumbado con las raíces al aire. Por verdadero milagro no hubo una sola víctima; pero me informan que en otras calles de Madrid la bestia fascista lanzó bombas explosivas e incendiarias, que causaron incendios y víctimas entre mujeres y niños.

También los bárbaros, contra todo derecho y ley, por la noche, cañonearon el Retiro; pero todo esto, en vez de conseguir el pánico en la población, que ellos desean, enardece a la multitud y hasta los más timoratos se disponen a luchar contra los salvajes, que, fuera de toda ley que no sea la de su traición y apetitos de casta y



JOSÉ MIAJA
General-Jefe de la defensa de Madrid



clase, demuestran ser capaces de todas las bestialidades.

La quinta columna del traidor Mola ha intentado hacer su aparición. Ayer, de una casa de la calle que antes se llamaba Alfonso XII, tirotearon a los milicianos y guardias de Asalto en el momento que los aviones negros cometían sus salvajadas sobre la población madrileña. Contestados los tiros de los emboscados, fué rápidamente rodeada la finca y, registrada, se logró apresar a cuatro miserables servidores del fascio, que llevaban cometiendo sus crímenes, desde hace algún tiempo, impunemente hasta hoy, que fueron cazados y que les impedirá el cometer para siempre otro crimen más.

Madrid responde admirablemente como respondió siempre en sus luchas por la libertad. Los que vivimos y queremos ser libres, sin distinción de ideas, damos cuanto tenemos y podemos en esta lucha de vida o muerte para los hombres de espíritu libre.

Sirva la presente de réplica a "Juventud", para que no siga su campaña de supremacías inadecuadas, de querer ser su Partido el que lleva al pueblo a la defensa contra el fascismo.

Venga quien escribe eso a mi lado, a las trincheras, y quedará demostrado que no es verdad lo que dice; y verá, si es que no quiere engañarse a sí mismo, que con esa propaganda no se favorece en nada la auténtica unidad del proletariado, que es uno, por encima de todo, en su variedad de tendencias, que no se sujeta a la jefatura de ningún Partido único.

¡Adelante, trabajadores de Madrid: el triunfo es nuestro!

9 Noviembre 1936

EL APORTE DEL ANTIFASCISMO MUNDIAL

Los bravos de la Columna Internacional.—Nos apoderamos de posiciones enemigas.—¡Adelante!

Seguimos en nuestras trincheras del barrio X. No hay enemigo que nos haga mover de ellas, ni la bestia negra de la aviación fascista con sus terribles bombas que nos dejan sordos con el estruendo. Esos traidores que forman la canalla militar, sólo han quedado para asesinar mujeres y niños y destruir hospitales y orfanatos. Ayer tuvimos tranquilidad relativa; llamamos tranquilidad relativa a no tener ataques enemigos. El sufrir los bombardeos de cañón y avión no es para nosotros motivo de inquietud.

Los "malditos" intentan a todo trance entrar en Madrid; empujan, amenazados, la mayoría, por las pistolas fascistas. Quieren los generales traidores pagar al fascismo extranjero, que les ayuda, su crimen y su traición.

De nada les vale; en todo este sector Sur, los guardias de Asalto, los milicianos de todas las milicias y los voluntarios, que, por su edad, jóvenes, casi niños, y viejos de más de cincuenta años, estamos dispuestos a ser aplastados por los carros de combate enemigos, antes de dejarlos pasar. De todas partes, de todas las trincheras, surgen, decididos y valientes, a oponerse, bomba en mano, a que pasen los tanques fascistas.

He hablado extensamente con los muchachotes que componen la formidable columna Internacional, integrada por elementos de todos los países, principalmente alemanes, que son los que en mayor número hay, siguiendo después los franceses y, después, suizos, españoles residentes en Francia, americanos latinos, algún inglés y rumanos, italianos y árabes.

Entre todos los que forman esta columna, destaca un batallón conocido fraternalmente por "Los Rubios", compuesto en su totalidad por alemanes y algún austríaco.

Hombres fuertes, colorados, rubios de todos los colores, desde el rojo azafrán al color de barbas de panocha. ¡ Con qué envidia les miran nuestras rubias al agua oxigenada! Perfectamente equipados y armados, algunos de ellos estuvieron en la Gran Guerra y otros han escrito ya grandes gestas en la lucha contra el fascismo internacional.

Antifascistas todos, perseguidos en Alemania por los "nazis", varios de ellos condenados a muerte por sus luchas políticas contra el "nazismo" y fugados de su país, han visto sus hogares deshechos y sus carreras y profesiones liberales sin valor alguno, viéndose obligados a ganarse la vida en el Extranjero, en oficios que siempre habían desconocido. No se trata de aventureros ni criminales de la especie zoológica a que pertenecen los miserables del Tercio Extranjero, que, con el título de "legionarios", sirven a los generales traidores que están ensangrentando a España. "Los Rubios", como los italianos, son hombres que, sentada la dictadura fascista en sus patrias, se han visto obligados a huir de ellas por temor cierto de ser asesinados por las hordas de asesinos, que sabían quiénes eran los hombres de espíritu liberal y defensores de ideas de la libertad que estorbaban para los planes fascistas.

Valientes entre los valientes todos, constarán en la

Historia de España como liberadores del pueblo; que dieron su sangre generosa por hacer de una España pobre y depauperada por la sangría constante de una monarquía criminal, una España grande, elevada y libre, como espejo para pueblos que no supieron luchar por su libertad.

En las trincheras no se escucha ni una voz que hable de retroceder ante el ataque de los monstruos fascistas.

Al contrario: hay que atajar los deseos de los impacientes, que quieren saltar de las trincheras para atacar antes del momento debido, que decidirá la voz de mando. Anhelantes y nerviosos, cuando vemos avanzar los tanques, tenemos que embotellar nuestra sangre para que no nos obligue con un taponazo a salirse fuera, y ciegos, al encuentro del enemigo.

¡Cuánto trabajo cuesta obedecer, el contenerse, cuando se lucha por una idea!

Ayer conseguimos, por un arranque de estos espontáneos del pueblo, imposible de comprimirse, el conquistar nuevas posiciones al enemigo.

¡Qué pueblo admirable!

¡Adelante, madrileños; el triunfo es nuestro!

10 Noviembre 1936

La trinchera que defienden los marinos del pueblo.—Fascistas copados durante cuatro días.—
Las azoteas de la muerte.

Siguen estrellándose los traidores contra nuestro muro de contención formado por los cuerpos de los hijos del pueblo en valladar inexpugnable. Carreteras, campos, casas, cerros, todo está defendido por nosotros. No importa que venga la aviación lanzando su bestial carga asesina sobre nuestras fuerzas; los que disparamos desde dentro de las casas, expuestos a morir sepultados entre las ruinas si una bomba nos toca, silenciamos el fuego por un momento, sólo el momento de pasar los asesinos sobre nosotros, y arreciamos cuando han pasado. Los compañeros que tiran desde las trincheras, se agachan; los que tiran desde los parapetos, se tiran al suelo, se pegan materialmente al suelo, y todos, todos, nos reímos del esfuerzo de los traidores, del riego bestial de trilita que han hecho.

¡Miserables, traidores! Que llegue a vosotros este periódico escrito por trabajadores, para que sepáis que os escupimos, a vuestros podridos corazones, vuestras “hazañas” cobardes.

No avanza el enemigo, no puede avanzar: lo tenemos encerrado en un frente ocupado por hombres, por hombres que han jurado morir antes de retroceder. Nada importa a estos valientes las órdenes del mando, de “ni un paso atrás”; estamos resueltos a que así sea, aunque nos ordenaran lo contrario.

¡Ni un paso atrás!

A mi izquierda, en zig-zag complicado, en pleno campo al principio de un barrio popular, en lo más alto, está la trinchera llamada de los marinos, porque entre nosotros hay un centenar de muchachos montañeses que pertenecen a nuestra armada; se destacan entre todos porque cubren sus cabezas con el reglamentario gorro de plano blanco de la marinería. A esta trinchera, a estos marinos, va precisamenté el odio mayor de nuestros enemigos; de entre esos marinos salió Antonio Coll, el héroe popular que todos creíamos muerto al confundirle con otro marino que cayó junto a los tanques volados por Coll.

Bombardeo de cañones, de morteros, de aviones..., todo va a parar a la trinchera de los marinos; pero no por eso dejan de seguir en las zanjás, ojo atento al menor movimiento del enemigo, para zumbarle en cualquier momento.

Nosotros estamos hoy en los altos de una casa, desde donde dominamos todo el sector de combate admirablemente. Los guardias de Asalto que con nosotros están, abrieron, a pico, unas troneras en la medianería, y estos agujeros nos sirven de atalaya, atisbando al enemigo donde esté.

Un guardia que cojea y no puede estar de pie, se arregla un asiento y, con mis prismáticos (deberían tener prismáticos todos los combatientes), otea la presencia de un enemigo al descubierto, para señalárnoslo y zumbarle.

Desde nuestro escondrijo, sentimos y vemos cómo el enemigo zumba a la trinchera de los marinos; vemos a éstos esquivar el cuerpo a la metralla y enderezarse seguidamente, disparando sus fusiles con precisión automática, impidiendo que, al amparo de este bombardeo, quieran los fascistas aprovecharse para un avance; pero no: este bombardeo, y el de esta mañana, y el de ayer, todo el día, contra esa trinchera, no indica intenciones de avance: significa la rabia, el odio, la impotencia del fascismo contra un hombre que supo superarse y destruir el

arma más poderosa y en la cual confiaban los traidores para atemorizar a nuestros combatientes entrando en Madrid a escuchar la misa que el traidor Mola tiene ofrecida a sus mesnadas en medio de la Puerta del Sol.

A trescientos metros de nosotros, en el campo, hay tres casas obreras aisladas una de las otras dos, donde se han refugiado medio centenar de fascistas, desde hace cuatro días, que, en el ataque que intentaron, no pudieron retroceder y tuvieron que meterse donde mejor pudieron. La casa que ocupamos nosotros y otras contiguas, son como puestos de caza para tumbar a esos perros que quisieron cazarnos. Constantemente les tiramos. Sin ser el fuego seguido, no pueden moverse de donde se han metido: la "pieza" que salga de su nido, infaliblemente, cae; ya han caído algunos, que retiran por la noche, a pesar de que de noche cayeron también otros.

El "cojo" acecha impertérrito con los ojos artificiales de mis prismáticos y, cuando avisa, una descarga cerrada sale de la casa en busca del audaz que se cruza de una casa a otra de las sitiadas por nosotros. De pronto, una voz corre por todo el frente: "¡Los negros, los negros!". Es la aviación fascista que llega. Nosotros, atentos al peligro, silenciamos un momento, esperando el zambombazo que nos haga volar mezclados con los ladrillos de nuestro "castillo"; pero no dejamos de seguir vigilando, fusil en mano, por nuestra tronera, para cazar al enemigo que, en ese momento, se aproveche para salir de donde se esconde. Arrecia el bombardeo de los morteros y cañones al mismo tiempo que el de la aviación sobre las trincheras de los marinos. Pasan rozando las bombas las azoteas de algunas casas donde, estoicos, nuestros hombres, sin moverse, sin cubrirse, siguen desafiando a la muerte.

De pronto, vemos a los tres trimotores alemanes que manejan los militares que traicionaron al pueblo, cambiar de ruta, suspender el bombardeo y volar a toda ve-

locidad; como podemos, sacamos nuestras "gaitas" por las ventanas de la casa y vemos un combate emocionante, que terminó con la fuga cobarde de los aviones y "cazas" enemigos.

Nueve "cazas" nuestros se elevan, descienden, rizan, vuelven a subir, a bajar, avanzan, retroceden: parecen trozos de papeles juguetes de las ventisca, y... disparan constantemente sus ametralladoras, haciendo escapar a los malditos.

Tres trimotores, casi rozando el suelo, cruzan el Manzanares; les persiguen a tiros las milicias. Huyeron. El honor militar, el deber cumplido, el morir en la demanda, para los traidores son garambainas. Es el estómago lo único que quieren conservar. Así lo hicieron siempre.

11 Noviembre 1936

El marino Coll, héroe del pueblo, muere en el frente cumpliendo con su deber.—Brillante intervención de las fuerzas de la C. N. T. y de la F. A. I. de la columna Del Rosal.—200 guardias civiles prisioneros en la Casa de Campo.

Una noticia que me deja aturdido me dan los compañeros de trinchera en cuanto entro en ella: Antonio Coll, el héroe conocido por "el Marino de Cronstadt", ascendido a sargento por el ministro de Marina y Aire, por su heroica hazaña de atacar a cuatro tanques y destruirlos, ha muerto; de la más sencilla manera, como puede morir cualquiera en cualquier momento, dentro o fuera de las trincheras o dentro de la cama, cuando se encuentre durmiendo tranquilamente.

Quiso la fatalidad que la metralla, una bomba de mortero caída sobre la trinchera, atrapara a nuestro héroe y terminara con su vida.

Los fascistas han debido de saberlo a las pocas horas de ocurrida la muerte, porque han aminorado el bombardeo a la trinchera llamada de los marinos por causas que explicaba ya en mi artículo de ayer, que, por cierto, apareció en nuestro "C N T" como artículo inclusero, porque desapareció mi firma, sin duda, por olvido.

Todos lloramos al marino Coll; desde mi atalaya vemos el sitio que ocupaba entre los gorros en forma de plato blanco que se mueven en la trinchera, de los demás marinos, sus compañeros.

Ayer, el bombardeo del enemigo se extendía con preferencia por nuestro lado; sin embargo, aún no han po-

dido libertar al grupo de fascistas que tenemos encerrados en las dos casas, a trescientos metros de nosotros, desde hace seis días. Menudean con extraordinaria saña los morterazos enemigos, haciendo saltar con facilidad pasmosa las casas de papel de estraza de ese barrio obrero levantado en dos años por sus pequeños propietarios.

Nosotros contestamos con fuego de ametralladora y fusil, procurando no gastar inútilmente las municiones; los de Asalto siguen acompañándonos con idénticas actividades que el primer día. Junto a mí, hay un muchacho que ha estado en la Sierra y es un excelente tirador. Se queja del fusil italiano que tiene, y me pide cambiarle un momento por mi mosquetón, que es para mí derecho de conquista al enemigo. Tiro con el fusil italiano, procedente del botín de contrabando cogido a dos barcos de fascistas traidores de España. Si son así todos los fusiles que venden a los enemigos nuestros, les están dando el timo de los perdigones. A los pocos tiros que disparo, el cañón del fusil se recalienta de tal manera, que es insoportable; se agarrota el cierre, hay que cargarles en la cámara los cinco cartuchos, uno a uno. Además de miserables, resultan ladrones los italianos proveedores de armas a los generales traidores a nuestra España.

Las fuerzas del coronel Mangada y las del teniente Galán, que no podían faltar a la defensa de Madrid, han logrado ayer, después de un combate, la captura de 210 guardias civiles del ejército fascista, entre los cuales han sido reconocidos, por nuestros milicianos, muchos de los guardias como viejos verdugos de los trabajadores en Asturias y Andalucía que, añorando la vuelta al ejercicio de torturadores, luchaban en el campo enemigo por conseguirlo.

Una parte de esta gloriosa columna, formada exclusivamente por elementos de la C. N. T. y de la F. A. I., llegó a Madrid, mandada por el delegado general, hombre de confianza del coronel jefe de la fuerza, Cipriano

Mera (1). Les ha tocado defender la parte del sector X, y, como no podía menos de suceder en estas fuerzas de choque, como los componentes de la columna Internacional, no hizo más que llegar y ya ha tenido un formidable combate, en el que, a costa de pocas bajas por nuestra parte, ha infligido un castigo cruento a las fuerzas enemigas. Intentando la entrada a Madrid por fuerzas del Tercio y moras, especializadas y seleccionadas por su fiereza, tropezaron en su camino con las nuestras roji-negras, que, probadas en numerosos combates en todas partes, son muro infranqueable para el fascismo. Los nuestros, templados y serenos, con la fuerza que da la disciplina moral impuesta por los hechos durante cuatro meses de campaña, avanzaron resueltamente hasta atacar, cuerpo a cuerpo, al enemigo; fué un momento indeciso, porque chocaban fuerzas equivalentes en resistencia y conocimientos, y, tras tres horas de lucha sin cuartel, los nuestros, los hombres de la F. A. I. de la heroica columna Del Rosal, que lucha por la emancipación integral del proletariado, quedaron victoriosos, haciendo abandonar el campo al enemigo, persiguiéndole durante cuatro kilómetros y quedando dueños del pinar que ha servido de tumba a más de 200 de los enemigos, a más de buen material de guerra cogido en el incomparable ataque.

Al frente de estas fuerzas va el compañero Mera, del Sindicato de la Construcción, que obtiene una satisfacción enorme, porque, a más de luchar por sus ideas libertarias, sabe lo dulce que es el placer de la venganza contra los cobardes y miserables que, después de apalearle, le mantenían en prisión el tiempo que querían.

Seguramente que este compañero, como yo, como to-

(1) Cipriano Mera, ayer obrero de la construcción, de la C. N. T., hoy jefe de la 14 División del Ejército popular, una de nuestras mejores unidades de guerra, triunfante en el Jarama y que logró derrotar con otras fuerzas a las divisiones italianas en Guadalajara.

dos los que fuimos perseguidos por republicanos emboscados, como aquel ministro autor de la frase de "bandidos con carnet", que valió tanto como el "¡A ése! ¡A ése!" con que se persigue a los asesinos; sentimos no se quitara de una vez el gorro con que se encubre y se pasara a las filas enemigas para poder cazarle.

Nuestra columna, incansable, alerta, ocupa, frente a las fuerzas facciosas unas trincheras provisionales; no es gente de trincheras ni de parapetos que enervan las energías y matan la voluntad y el espíritu de ataque. Es gente de choque, y así tienen que ser nuestras fuerzas confederales, como lo fueron siempre: la vanguardia en toda lucha, la esperanza del proletariado, que en su espíritu libertario quiere la emancipación integral.

¡Adelante los ejércitos proletarios de la F. A. I.! ¡No hay que dar cuartel al fascismo!

12 Noviembre 1936

Ayer, día de alegría: batimos duramente a los facciosos.—Esta mañana hemos tumbado seis aviones.—Las casas donde teníamos embotellados desde hace seis días a gran número de enemigos, han sido destrozadas por nuestra artillería.—La gloriosa columna Durruti, procedente del frente de Aragón, se incorpora a la defensa de Madrid.

Estoy nervioso; no sé cómo empezar este artículo que escribo a las doce de la mañana, después de un combate de cuatro horas, que ha terminado con una victoria apoteósica de nuestras armas. Pero empecemos por orden, narrando los hechos de ayer.

Ayer fué un día feliz y de alegría para todos los españoles dignos de llamárselo. Desde por la mañana hasta por la noche, el sector Centro, sobre todo la parte Sur, comprendida entre Carabanchel Bajo y Villaverde, fué un infierno, del que salieron achicharrados los fascistas. De nada les vale a esos desgraciados sentirse obedientes a las amenazas de sus verdugos. Ayer fueron cebo de nuestros aviones, que supieron comerle sin tocar al anzuelo. El enemigo tenía preparado un ataque apocalíptico con los cuatro jinetes en vanguardia, para exterminarnos de una vez y entrar en Madrid triunfantes; pero nuestra aviación, ama y señora, se lo estropeó, causándoles centenares de bajas.

Nosotros, en las trincheras, en las casas convertidas en fortines, apenas si hicimos otra cosa que esperar para atacar. Nuestros "cazas" con aviadores, maestros entre

los maestros, revolotearon cuanto quisieron, casi a ras del suelo, ametrallando la concentración fascista y obligándonos a no salir de las trincheras con sus metrallazos bajos y rápidos dirigidos contra el enemigo; ya anochecía, y nuestros milicianos, de todas las ideas, de todas las milicias, de todas las edades, controlados y sin controlar, enardecidos, esperábamos la orden de atacar. A muchos de los combatientes hubo que reprimirles su entusiasmo, hasta con dureza, pues, sin darse cuenta, avanzaban expuestos a caer víctimas de nuestros "cazas" y entorpeciendo la labor general de nuestra aviación. Con un nerviosismo sin igual, centenares de voces se elevaron al espacio cantando todos "La Internacional". Callaban los fusiles mientras hablaban las ametralladoras y, aunque pareciera un contrasentido, los puños de los marxistas se elevaban cerrados y las manos de los combatientes de la F. A. I., estrechadas en signo de fraternidad, se elevaban también sobre los frentes.

No hubo necesidad de atacar al enemigo. El que no huyó, quedó sin vida, como castigo a su traición y a su cobardía.

Las tres casas que decía en otro artículo mío, ya no existen. Que perdonen los obreros propietarios de ellas, que las levantaron a costa de mil privaciones y sinsabores. Nuestra artillería, nuestra benemérita artillería, que se está portando con una heroicidad ejemplar, las ha volado; nos estaban costando, los moros y falangistas que quedaron embotellados en ellas, algunas bajas y demasiadas municiones: ni una ni otra cosa merecían.

Por la tarde, caído ya el sol, supe que había muerto el capitán de Asalto Escobar, al que conocí de teniente al empezar la guerra. Ha muerto ametrallado; su valor lo puso a prueba muchas veces; su audacia dejaba fría la sangre de los que le veíamos jugarse la vida casi temerariamente. Descanse en paz un hombre; un hombre, en toda la extensión de la palabra.

No son las cosas como quieren que sean los que a son de charangas, que suelen sonar destempladas, pregonan por todas partes las valentías de sus unidades que dicen ser únicas y aun... aun tienen apetitos torpes de ser ellos los que muevan únicamente el cotarro de la revolución.

¿Me entiendes, Fabio, por quién hablo? ¡Pues ojo al Cristo, que, aunque dorado, muchas veces suele ser de cartón!

Las fuerzas de la C. N. T. - F. A. I. no podían faltar a esta lucha que supone el enterramiento del fascismo a las puertas de Madrid. Elementos nuestros, hombres nuestros, combatientes nuestros, sólo nuestros, supieron en toda España jugarse el pellejo sin mirar si a su lado el que combatía era marxista, comunista, del P. O. U. M., de la P. U. A., del P. C., etc., etc. Sólo miraba en él a un trabajador y a un antifascista; jamás nos hemos aprovechado de envenenar a nuestros compañeros combatientes haciéndoles creer que nuestros "compañeros" de combate, de trinchera, de parapeto, por ser comunistas o socialistas, eran esto, aquello o lo de más allá.

Ahí están las fuerzas de la C. N. T. (1), con su artillería, con sus tanques y sus secciones de ametralladoras; vienen victoriosas del Alto Aragón, donde, a costa de su sangre, plantaron los jalones de estructuración para una nueva España. No lucharon por el huevo, sino por el fuero, al mismo tiempo que con sus armas sembraban la destrucción entre el enemigo, con el arado, con el pico y la pala iban reconstruyendo lo demolido, levantando pueblos y dándoles un alma que nadie les dió hasta ahora. Las pobres gentes irredentas de la gleba, que huyeron a la ventura sin tener cobijo donde meterse, encontraron pan, amparo y defensa en estas fuerzas de "ban-

(1) Se refiere a la llegada a Madrid de una parte de la gloriosa Columna Durruti, mandada por este compañero personalmente, que dejó los frentes de Aragón para acudir en defensa de la Villa invicta, en la que encontró la muerte.

didados con carnet”, que, avanzando, supieron reconquistar lo perdido y asentar en sus casas, de nuevo, a los atribulados aldeanos que dejaron su hogar a merced de las bestialidades del enemigo.

Nuestros compañeros, “bandidos” del amor, de la idea, de la fraternidad y del bien por el bien mismo, lloraban muchas veces de dolor y de rabia al ver los crímenes cometidos con muchachas y niños. ¡Lo he visto yo! Como los he visto convertirse en tigres en el combate y caer ante las bocas de las ametralladoras fascistas y lanzarse sobre las bayonetas falangistas para conquistar un pedazo de tierra al enemigo, que significa tanto como arrancarle de sus garras carniceras un pedazo de nuestra España, que malvende a las naciones extranjeras que ayudan a los generalotes traidores en sus crímenes.

¡Lo he visto yo! Una y mil veces. Y lo veré en su compañía muchas veces más, si no encuentro en mi camino una bala que me lo impida.

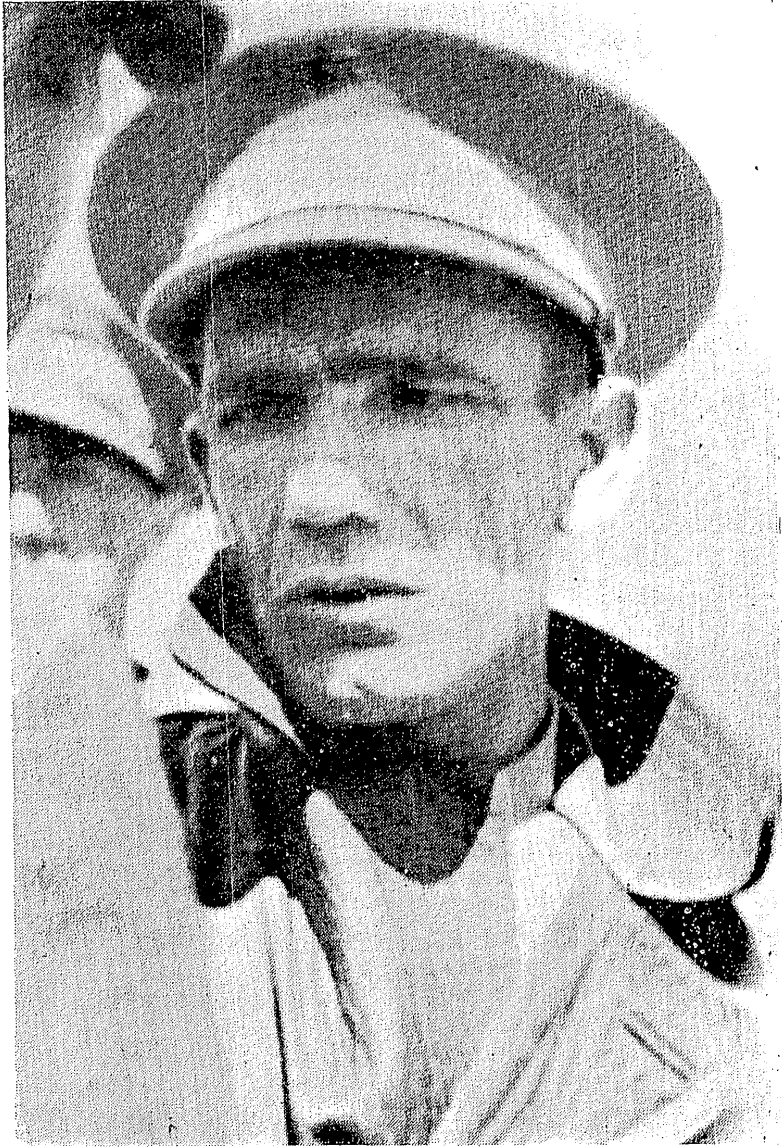
¡Paso a los combatientes de la C. N. T.!

¡Paso a la F. A. I.!

¡Luchamos por la libertad integral del individuo!

¡Viva el comunismo libertario!

13 Noviembre 1936



CIPRIANO MERA

Jefe de la 14 División, una de las mejores unidades del Ejército Popular

Mano Anonima Botella

Ayer hemos llegado a tiro de fusil de las posiciones enemigas en el Cerro de los Angeles.

Ya hemos olvidado, por impropio, el viejo decir "¡No pasarán!". Ya no suena a nada. Ahora sólo se escucha el grito de ataque: "¡Siempre adelante!", que alienta en todos los espíritus combativos de los hombres que defendemos a España de las pezuñas de los generales que la traicionan y de las garras de aves de presa de las naciones extranjeras que quieren apoderarse de este pueblo que hace siglos tuvo su Numancia y su Sagunto y las gestas contra las fuerzas del capitán del siglo, Napoleón Bonaparte, que, después de dominar al Mundo, fué derrotado en Madrid, primero, y luego en España entera, precisamente por el pueblo armado, cuando el rey traidor Fernando VII y su ejército se había vendido al oro del Extranjero y capitulaba vergonzosamente ante el general Pepe "Botella".

El Madrid de Malasaña y su hija, de los chisperos y manolas, de los triquitraques y petimetres, con sus damiselas y sus currutacos, revive hoy, como ayer, ante el grito de: "¡Abajo las cadenas y viva la libertad!". El pueblo, sólo el pueblo, puede sentir, como sentimos, ante la amenaza de esclavizarnos y querer implantar un régimen de oprobio y de vergüenza.

Por esto, por sentir así, atacamos como hemos atacado hoy, como atacaremos mañana, como atacaremos cuantas veces sea preciso, llegando hasta donde se deba llegar, porque sabemos que, cuantos metros avancemos, son metros que restamos a las pezuñas fascistas y distancia que

alargamos para evitar el ensañamiento y el crimen en nuestras compañeras e hijos, víctimas predilectas de esos miserables.

Por eso ayer, cuando se dió la voz de avance, hubo que poner delante hombres que, por su solvencia y amistad entre los combatientes impidieran que, al atacar, nos desbordáramos en nuestro afán de ser los primeros. Pausadamente, primero; a la carrera, después, para evitar en lo posible las víctimas, se avanzó hasta donde el mando, prudente, consideró que debía hacerse alto, parapetándonos en las posiciones que antes fueron de los fascistas, donde se encontró abundante material de guerra.

Antes, la artillería, esta artillería ejemplar en lealtad y en artilleros, que tenemos nosotros, tendió una cortina de fuego formidable sobre las posiciones enemigas, a cuyas nubes negras avanzamos sin temor al poco riesgo; sin embargo, hubo bajas en nuestras filas, porque tiene que haberlas, puesto que los facciosos no tiran con algo-dón en rama, sino todo lo contrario: tiran con bala explosiva, ya que no tienen respeto a ninguna ley de guerra ni consideración a los hospitales, ni a bombardear a las ciudades indefensas y abiertas, ni a cañonear casas habitadas, causando víctimas inocentes.

Nosotros, respetando con exageración esas leyes, tenemos que ver estas atrocidades como aquel tonto del pueblo, sabiendo aquel adagio de "Dios premia al bueno; pero viene el malo, le quita el premio y le atiza un palo".

Yo siempre, en estos casos, he preferido sentar plaza de "malo".

Con ser "buenos" y todo, les vamos zurrando a los "malditos". Ya estamos a tiro de fusil del cerro de los Angeles, donde la Monarquía dejó entronizarse a Jesús en su famosa efigie, con su vergonzoso decir: "Yo reino en España". Al que no le faltó el consiguiente castizo que debajo esculpiera: "Que te crees tú eso", como el sentir del corazón del pueblo.

Derrumbada fué la famosa estatua, colosal y cicatera, por la Revolución.

Ya estamos hoy a tiro de fusil. Nuestros cañones darán cuenta pronto del convento de frailes que la Revolución no derribó.

* * *

Hoy hemos saludado a numerosos camaradas de la columna de la C. N. T. - F. A. I. que manda Durruti y que proceden del frente de Aragón. Hemos hablado con ellos: vienen decididos a triunfar, como han triunfado en todo el frente de Zaragoza, Teruel y Huesca.

Son hombres de los que ayer decía en mi artículo que son nuestros, sólo nuestros. No han entrado en Madrid al son de cornetas, ni tambores, ni marcando el paso marcialmente por las calles, pecho saliente y cabeza alta, para cosechar laureles que no son suyos, que son de la Organización a que pertenecen y del pueblo que defienden. Ni banderas, ni figuras, ni figurones; sencillos, fuertes, decididos y valientes, van sencillamente a cumplir con su deber.

De esta conversación han surgido estadísticas de fuerzas, incontrovertibles, para demostrar que, sin ruidos ni alharacas, la Confederación Nacional del Trabajo de España y la F. A. I., en los diferentes frentes de guerra, tiene (1) hombres que luchan contra el fascismo y por la reconstrucción de una España grande en todos los aspectos, elevada y fuerte.

Esta mañana, a las nueve, hemos recibido la visita cotidiana de los aviones negros, que nos han rociado de bombas. No nos ha inmutado; el terror que causa en los chicos y en las mujeres, no se da entre combatientes.

(1) Intervención de la censura de guerra en esta parte, como en tantas otras que no escapan al criterio del lector.

Nuestros cañones antiaéreos los han cañoneado soberbiamente, haciendo caer a uno de ellos en sus líneas.

Nuestros "cazas" llegaron a toda marcha, entablado descomunal combate, que las nubes no nos dejaban ver perfectamente, ya que la bruma de la madrugada desaparecía poco a poco empujada por el espléndido sol de esta mañana de noviembre.

El espíritu de la gente es estupendo, lo mismo de las fuerzas veteranas que de los recientemente llegados, que desde ayer comparten con nosotros las dulzuras de la victoria.

¡Adelante, muchachos!

¡Siempre adelante!

15 Noviembre 1936

La columna "España Libre", de la C. N. T., ataca vigorosamente.—Epico combate en el puente de los Franceses.—Los fascistas fracasan en su intento de quebrar nuestra línea de defensa.—Las fuerzas confederales de la C. N. T. y de la Brigada Internacional, diezman a los moros.

Otra columna confederal, entra en fuego tras un descanso de varios días, después de haber luchado en Carabanchel, donde perdió al camarada Ramos, que comandaba dichas fuerzas y donde tuvieron que resistir el ataque de seis tanques y fuerzas numerosas, logrando derribar a uno de ellos y sostener el empuje enemigo.

Entran en un sector de los que los combatientes llamamos de "castigo", porque allí no vale ser remolón y hacer que se combate, allí hay que jugarse el pellejo quiérase o no se quiera. Ayer tarde tuvieron que probar su valor y suficiencia en la lucha porque cuando llegaron al sitio que les destinó el mando, ya tuvieron que entrar agazapados para librarse del infierno de balas explosivas que les enviaba el enemigo.

Más acá de ellos, nuestras fuerzas Del Rosal se batían como jabatos, haciendo caer a los legionarios en racimos. Se habían cambiado las tornas del combate anterior. Ayer atacaron los moros y legionarios por entre los pinares a los nuestros que estaban bien atrincheros y como es lógico, pagaron en la misma moneda al enemigo, enviándoles por las bocas de las ametralladoras confederales la metralla necesaria para segarlos como a mieses.

Nuestro tanque número seis, ese tanque ya veterano con la dotación que lo compone, que tan bravamente se portó en los combates anteriores, ayer ganó otra palma para la organización confederal y para la específica F. A. I. Como en el frente de la Alcarria, los compañeros que lo tripulan se cruzaron en la carretera por donde avanzaba el enemigo con ánimo de destrozarnos y batiéndonos les causó enorme número de bajas, hasta hacerles replegar.

Una modalidad nueva en España han establecido las fuerzas moras al igual que hacen en Marruecos. Hubo un momento que nos vimos sorprendidos por disparos con bala explosiva que daba en el suelo, de arriba abajo, explotando con gran estrépito. Nosotros mirábamos por todas partes sorprendidos de tal fenómeno y pronto descubrimos que eran los moros, que subidos a los carrascos disparaban sobre nosotros. Nos tumbamos tras protecciones naturales del terreno y empezamos una caza nueva, desconocida en Madrid. La caza del "zancudo", que cuando huye no corre porque de cada zancada que da salta dos metros; no habrían pasado diez minutos y ya había "zancudos" en el suelo para darse por satisfechos, escapando la bandada a zancadas, más que corriendo. Tres horas más duró el combate con resultado lisonjero para nuestras fuerzas, que destrozaron materialmente al enemigo.

Los jefes fascistas se han equivocado otra vez más: como carroña despreciable han lanzado a miles de moros y legionarios para pasar por el Puente de los Franceses, para, atravesando el río Manzanares, avanzar por los pinares de la Moncloa y entrar en Madrid. Una insensatez de los torpes jefes que llevan el mando de las fuerzas enemigas del pueblo. Quien piense, el más miope en táctica guerrera, comprende que un puente como el de los Franceses no es propicio para cruzarle con tanques, y menos con fuerzas que a esos tanques sigan; la vía del

tren, los obstáculos que en todos los puentes por donde pasa el ferrocarril han de encontrarse, tenían que encontrarlos en este puente. Por otra parte, guardándole hay elementos de valía y de combatividad probada mil veces en todos los frentes. Fué entonces cuando nuestro tanque número 6 les causó más bajas. Cogidas de flanco las fuerzas que avanzaban, fueron materialmente barridas por las ametralladoras de nuestro benemérito tanque, que en su frente lleva la divisa del Comité de Defensa Confederada de Madrid.

Las fuerzas combinadas de la valiente hasta la temeridad columna Internacional, terminaron de hacer el resto, rechazando los tanques de la manera tan especial y tan peculiar en ellos. El resultado no se hizo esperar: quedaron diezmadas las fuerzas moras, que si en la guerra se pudiera tener sentimiento, serían dignas de lástima.

No se puede decir ni aproximadamente el número de muertos que en los pinares, en terrenos de la vía del tren, en los altozanos, hay insepultos.

Esos muchachos, "Los Rubios", italianos, americanos, españoles residentes en Francia y otros combatientes de diferentes países, merecen del Madrid castizo un trato de favor y un homenaje de confraternidad.

No se puede hablar de ellos si no se les ve cómo combaten. Su placidez, su empaque de guerreros modestos cuando se les ve circular por Madrid sin formaciones teatrales, cargados con sus petates pesados, pues llevan consigo, como los caracoles, la casa a cuestas, no supone lo que son en el combate; tranquilos, sonrientes, pegados al suelo como culebras, saben esperar el momento propicio para lanzarse impetuosos al ataque a cuchillo y destrozarse al enemigo, enemigo tan especial como el que nos ataca, que está criado y hecho para la guerra.

Ayer se demostró la valía de nuestros camaradas, porque son todos, todos en absoluto, camaradas nuestros, ya que entre ellos hay anarquistas de todos los países, y aun

cuando no los hubiera, todos son antifascistas y por serlo han de ser camaradas de quienes siendo libertarios tenemos que ser antifascistas, porque ellos como nosotros luchamos contra la tiranía.

Nuestras fuerzas, para evitar tanta sangre, volaron el Puente de los Franceses, cerrando con esto la única esperanza a los traidores de su entrada en Madrid.

Los tenemos por todas partes embotellados, dentro de unos días tendrán que batirse en retirada alejándose de Madrid diciendo como dijo la zorra a las uvas al ver que no podía cogerlas: "Están verdes".

¡Adelante!

¡Ni un paso atrás!

¡Paso al pueblo armado!

16 Noviembre 1936

Otro terrible combate causa al enemigo numerosas bajas.—La heroicidad de los carabineros en la línea de fuego.—Las milicias confederales atacan con furor de huracán.

El enemigo ha llegado en su salvajismo al límite de la depravación.

No es posible llegar más allá; ni los italianos en Abisinia, con haber cometido tantos horrores y tantos crímenes, presentaron ese perfil de bestialidad. No es la necesidad de la guerra lo que les lleva a la máxima barbarie, es la desesperación del vencido, es el despecho, la rabia, el deseo de vengarse de un Madrid heroico, de triturar a sus habitantes, de deshacer Madrid, de pisotear lo que no ha de ser para ellos; quieren remedar al caballo de Atila y no dejar hierba donde se plante la pezuña de la bestia fascista.

No se comprende si no una bestialidad tan refinada, llevando el crimen al interior de una población civil donde sólo pueden ser víctimas las mujeres y los niños, como ayer, en que un avión ocupado, sin duda alguna, por algún hijo de tigresa, ametralló a las mujeres que guardaban "cola" en los establecimientos para proveerse de comestibles.

Se comprende que usen contra nosotros, los combatientes, que desde las trincheras no les dejamos avanzar ni un paso, sin hacerles morder la tierra, toda clase de proyectiles, aunque estén fuera de toda ley, como son las balas explosivas y las dúm-dúm, que si no matan causan heridas terribles; se comprende eso en un enemigo que no tiene moral, que no tiene conciencia, que no tiene sen-

sibilidad, porque se embotó al cometer la traición que les dictó sus deseos de ambición, se comprende todo ese afán de emular a las fieras carniceras. Pero el hecho que refirió anteayer por el micrófono de Unión Radio nuestra Federica, el que los fascistas hayan devuelto a nuestras trincheras de avanzadillas descuartizado a un aviador leal que había tenido la fatalidad de haber caído en las filas enemigas, y el diario martirio a que someten a la población civil, colma toda medida humana.

Cuando se llega a esto, a que no llegaron nunca ni los salvajes antropófagos, témese todo de lo que serían capaces esos tigres si pudieran conquistar nuestra capital.

La bestia apocalíptica destruiría Madrid con todos sus habitantes y sembraría de sal este solar como demostración del poder de la barbarie organizada por los militares traidores a su patria y a sus juramentos.

Nuestros enemigos luchan ciegamente, que es demostración clara de haber perdido la serenidad tan necesaria siempre, pero mucho más para la guerra. Lo demuestra el tiroteo constante, tan sin ton ni son, que mantienen a sabiendas que no pueden causarnos ninguna baja, con su manera de pelear de ahora. Parece que constantemente quieren atacar, porque no cesa el cañoneo ni los morteros, ni la lluvia de balas explosivas que nos tiran como cae el agua en Vasconia, un "chirimiri" de metralla. Pero no son sus deseos de atacar por estas llanuras que tan caras les están costando en carne vendida.

Nosotros, tan tranquilos, tiroteándoles a "ojo lleno", es decir, cuando lo llenamos de carne con nuestra puntería.

Sobre todo, en las horas de relevo, la tormenta de metralla fascista es terrible. Los fascistas, que no relevan, que no tienen quienes les releven, que tienen que "San... fastidiarse" y seguir en la medio sepultura, se enrabian y empiezan un tiroteo que entre las detonaciones de sus disparos y las explosiones de sus balas, se multiplican de

tal manera que aquello parece que no vamos a quedar uno para contarlo, pero nada, todo queda como el ruido de un nogal que tiene las nueces vacías.

Los que entramos de relevo, ya sabemos lo que tenemos que hacer... Momentos después del movimiento de las fuerzas relevantes, el tiroteo aminora y queda en el monótono disparo, silbido de la bala y la explosión de ésta.

¡Pum... Fuiiu... Pac...!

Y así todo el día, hasta que viene la aviación negra y nos toca escondernos a nosotros, o viene la nuestra y les toca esconderse a ellos, o empieza nuestra Artillería a zumbar y les vemos cómo corren por los campos, o nos cañonean a nosotros y nos metemos en los refugios; en fin, la risa va por barrios, como dicen los castizos de mi Madrid querido.

En una casa han quedado unos cuantos fascistas que fueron sorprendidos al intentar una incursión por nuestro campo y no pudieron volver a sus filas; está la casa a cien metros de nuestras trincheras, pero entre ellas y la casa hay la zona que llamamos del infierno porque todo el que intente cruzar a la casa se queda en el camino. La casa ha sido destrozada por nuestra Artillería, los sitiados no pueden asomar las "gaitas" sin que se las rompamos, tendrán que morir de hambre cuando terminen las provisiones.

No hay cuidado que intenten otra vez meterse en la carretera de Andalucía, ni en la vía del tren; les hemos dado buenas zurras, buenas, y ahora se ven intranquilos y amenazados por nuestros fusiles.

Ayer hemos tenido otro terrible combate en el que intervinimos directamente las fuerzas confederales, con las de la Internacional, Carabineros y otras que ignoro quién las manda.

La desesperación de la muerte, conduce a nuestros enemigos a sembrar con sus cuerpos los bellos pinares, todo

vida, de la Casa de Campo. Nuestras fuerzas Del Rosal, nuestros hombres de la C. N. T. - F. A. I., a pesar de las bajas tenidas en combates de días anteriores, siguen atacando como el primer día sin volver la vista atrás; entre los heridos que hemos visto caer y recogimos está el delegado de sección, compañero Ladrón de Guevara, con un balazo que le atravesó el cuello y que por milagro no es de gravedad.

Con los internacionales, con los que ayer charlamos buscando el temple de sus almas y el motivo de su enganche en la columna, han intervenido fuerzas de Carabineros, que como todas las que luchan en defensa de Madrid se han portado como verdaderos héroes.

Contrasta entre ellos y nosotros su vestir uniforme y su disciplina militar con el vestir abigarrado de los nuestros, donde existen todos los tipos, todos los gustos y todas las rarezas que a cada individuo se le ocurren, cultivando cada uno su modo peculiar en el ataque, hijo de la impresión que su instinto le dicta en cada caso.

Nosotros, nuestras fuerzas de la F. A. I., somos así; cumplimos con nuestro deber, aun excediéndonos.

NO ENTRARÁN

No entraron los fascistas en Madrid hace días, cuando no teníamos aún el material de guerra que tenemos hoy, cuando no teníamos aún las numerosas fuerzas que tenemos hoy y las que siguen llegando de todas partes.

Por nuestra parte, la C. N. T. y la F. A. I. no perdonan sacrificio alguno para defender a este pueblo tan generoso, tan alegre y tan valiente cuando llega el caso, como ahora ha llegado.

Las fuerzas del camarada Durruti, las de la columna España Libre, Anti-Gas, la columna Del Rosal, batallón Toledo, batería Sacco y Vanzetti, milicias confederales, etcétera, suman miles de hombres de la C. N. T. que luchan con denuedo por la libertad de Madrid ahora, por

tener una España libre siempre. Y no son nuestros hombres los que se entregan a medias a la causa que defienden, sino todo lo contrario, y que se dan por entero en cuanto son y en cuanto valen; ahí están las pruebas trágicas con los muertos y heridos tenidos en sus filas en los combates recientes.

Y no cesarán. Son hombres que luchan por un ideal, y los que luchamos por una idea sabemos que nuestra sangre, derramada en la lucha, fecundará otros hombres que, llevados por nuestro estímulo, continuarán la lucha empezada por nosotros, hasta llegar a la meta de conquistar una nueva era, donde la paz, el amor y la fraternidad terminen con la ambición, causa de estos crímenes.

¡Viva el comunismo libertario!

17 Noviembre 1936

Hemos desalojado a los fascistas de la Casa de Velázquez.—Intervinieron en la brillante operación las columnas Durruti, Del Rosal y la Internacional.—Los dinamiteros.

Ayer, en el frente X., no hubo novedad, fuera del tiro-teo diario y los morterazos que nos sueltan los enemigos, indignos de hacerles caso. Los guardias de Asalto, aliados nuestros en defensa de la libertad, me llaman al aparecer yo por una "gatera". Cruzo a todo motor una calle batida por los explosivos del enemigo y entro en tromba en el refugio de los que me llaman; un capitán, un brigada y un cabo conocidos y compañeros de "burladero", que tiran por las troneras que a punta de pico hemos hecho en las tapias, con los que nos repartimos las municiones cuando quedan pocas. Me interrogan pidiendo noticias de todas partes. No reciben periódicos, no va otro corresponsal de diario alguno de Madrid, nada más que yo; no saben nada si no se les dice, y, claro, a viva voz les digo las novedades, no sólo del frente de Madrid, sino de todos los frentes de España.

Quedan contentos con mis noticias y yo alegre por haberles llevado la satisfacción de nuestra victoria.

Ya de noche, cuando casi no permiten andar por Madrid, regresamos sin novedad alguna. Todas las guardias del sector Sur, nos saludan con un "¡Hasta mañana!". Nos conocen, saben que el coche de C. N. T. se ocupa de llevar los compañeros heridos, en hacer de enlace, en transmitir órdenes y en pedir las para los diferentes servicios al Cuartel General. El corresponsal de guerra de

C N T y su escolta, no se niegan nunca a prestar el servicio para el que se les requiera.

Es conducta obligada la solidaridad que ofrecemos y cumplimos siempre para con todos los que luchan.

Ya no puede haber preocupación para los madrileños que habitan el barrio más próximo a la Ciudad Universitaria. Los poquísimos enemigos que se filtraron no ofrecen peligro alguno, ni inmediato, ni futuro. Al verse solos, el instinto les hizo meterse donde pudieron, y un centenar se "coló" en... Desorientados, no podían tirar hacia ningún lado porque estaban copados por todos los sitios. A la desesperada, los copados, se hicieron fuertes en..

Desde su encierro, escudriñaban los mercenarios de los traidores Franco y Mola buscando un hueco por donde poder escapar y sólo encontraban a cien metros de ellos a nuestros hombres, que los abrasaban a tiros en cuanto uno de ellos asomaba la "gaita" para mirar.

Como caracoles indecisos, se movían de un lado para otro hasta las salidas de la Ciudad, recorriendo sus calles, sin encontrar ni enemigo, ni sitio por donde escapar, que era lo que más les interesaba.

Por la tarde, las tropas de Durruti, Internacional Del Rosal, lograron batir a los que quedaban vivos en la Casa de Velázquez, haciendo encerrarse en la parte baja del edificio a los moros que, acosados por los nuestros, se iban dejando ganar los pisos, hasta quedar en los sótanos.

Los dinamiteros de la F. A. I., esos hombres especiales, que avanzan solos, completamente solos, fusil con cuchillo calado, colgado al hombro, su cintura rodeada de bombas de mano, que avanzan a pecho descubierto, siempre a destruir el sitio más peligroso, que es el que conviene atacar, son los que juegan mano a mano con la muerte.

Hombres de brazo fuerte, jugadores en los pueblos de ese juego, único en España, que llamamos de barra, que

consiste en lanzar una barra de hierro de diez o más kilos todo lo lejos que se pueda, y estos otros atléticos lanzadores de disco, que son los continuadores del de barra, son los escogidos para desposarse con la muerte en los ataques contra el enemigo.

Pues ayer estos hombres han luchado como leones contra un enemigo perfectamente parapetado, pero lleno de miedo. Los nuestros lucharon con tanta fortuna que las poquísimas bajas que tuvimos significan una enorme victoria, porque consiguieron batir al enemigo y lograr plenamente el objetivo deseado.

Nuestras fuerzas ocupan estas... y desde ellas defienden con todo cariño y tesón al pueblo de Madrid, con la confianza absoluta de que no ha de entrar el enemigo en la capital de España.

Por otra parte, las fuerzas del coronel Mangada, por el sector centro, han hecho retirarse al enemigo hasta la Casa ..., donde tienen también cercado a un número de enemigos que caerán tan pronto como han caído los "colados" en la Casa Velázquez.

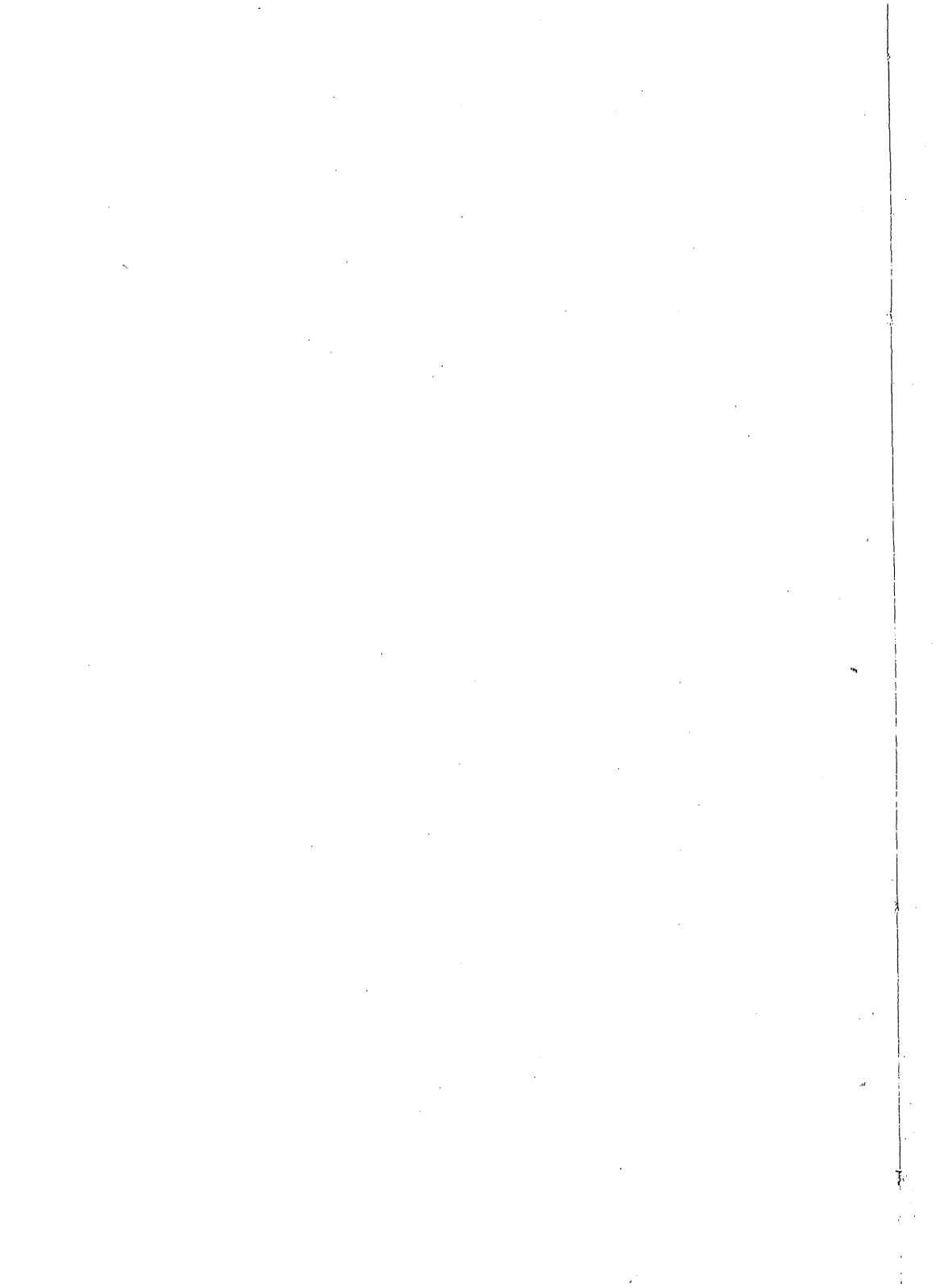
Todo Madrid está convencido de que el fascismo no logrará entrar. Todos los madrileños esperamos levantar pronto en el Cerro de los Angeles, centro de España, una estatua al "combatiente desconocido" que luchó y venció contra la tiranía fascista, que quiso convertir al mundo en un pudridero de hombres ahogados por el detritus de generales traidores al ejército, a su patria y al pueblo.

19 Noviembre 1936



BUENAVENTURA DURRUTI

Héroe del 19 de Julio y organizador del frente de Aragón,
muerto gloriosamente el 20 de Noviembre en la defensa de Madrid



Otra nueva victoria de la columna Del Rosal.

Hemos estado donde nuestros camaradas, en unión de las milicias vascas, ayudan a la defensa de Madrid.

He hablado con sus responsables, con los responsables de otras milicias hermanas en la lucha, con los muchachos animosos y ansiosos de entrar en pelea, dejando la aburrida vida de los parapetos.

Situados lo mejor posible dentro de las penalidades de campaña, pude recoger algunas necesidades, que traslado a los responsables de esta columna en su cuartel general de Madrid.

Por lo demás, todo va bien; el espíritu de nuestros muchachos, excelente, y el deseo de atacar, irrefrenable.

Ayer han tenido un éxito morrocotudo nuestros camaradas de la columna Del Rosal. Estaban atrincherados, fastidiándose de tedio, pensando cómo apañárselas para conquistar una cajetilla de cigarrillos, cuando vieron venir una bandada de "zancudos" blancos y grises de más de trescientas piezas. Verlos y enfilarnos las ametralladoras y fusiles fué todo uno.

Allí estaba el tabaco deseado y alguna otra cosilla necesaria; la zurra duró solamente hora y media, pero la "caza" satisfacía los deseos de cualquier cazador. Terminado el ojeo, dió un resultado de "cincuenta y dos" piezas muertas, entre "zancudos" y "malditos"; seis "zancudos" vivos y gran cantidad que huyeron heridos.

El botín fué estupendo: fusiles, pistolas, bombas de mano, gasolina, tabaco y todas las chilabas que quisieron, que les valdrán para vestirse de máscara en el año próximo.

Los muchachos estaban anoche, cuando los relevaron, más contentos que chicos con zapatos nuevos. Tenían corraje nuevo, color corinto, con cartucheras voladas; cintos nuevos también, con sus estuches llenos de bombas de mecha Lafite; cuchillos, morrales, todo flamante y nuevecito, por lo que se desprende que los pobres "zancudos" que cazaron habían sido cogidos con "liga" hace pocos días en Africa por los generales traidores para que nosotros los cazáramos en Madrid. Su edad lo demuestra: ninguno tenía más de treinta años, y los había de dieciocho o menos.

Va muy bien la cosa; si esto dura mucho, nuestros muchachos, que ya eran cazadores expertos de alimañas fascistas, falangistas y requetés, y algunas veces de buitres "padres" que se les ponían a tiro en las sierras de la Alcarria, Cuenca y Teruel, ahora se están especializando en la caza de "malditos" y "zancudos" en la Casa de Campo de Madrid.

¡Adelante, muchachos!

¡Todo por el pueblo y por la libertad!

20 Noviembre 1936

Tributo rendido a la defensa de Madrid

LA MUERTE DE BUENAVENTURA DURRUTI

Atravesaba la capital de España horas críticas. Durruti, el revolucionario de toda la vida, uno de los héroes de las jornadas de Julio en Barcelona, el organizador de los frentes de Aragón, el conquistador de una franja de territorio de más de trescientos kilómetros de largo por cerca de cien de profundidad, lo único que hasta ahora hemos arrebatado a los fascistas, abandonó su puesto para acudir en ayuda de la villa invicta. Llegó con sus hombres.

En la Ciudad Universitaria, una columna de fuerzas marxistas catalanas estaba encargada de cerrar el paso al adversario. Pero fallaron aquellas fuerzas y el Ejército enemigo se filtró por ese lado ocupando edificios que eran verdaderas fortalezas, uno de ellos el Hospital Clínico, y amenazando seriamente a Madrid. El peligro se ha conjurado a costa de tremendos esfuerzos, aunque no ha sido posible todavía eliminar la filtración que sigue resistiendo desde el Hospital.

Durruti y sus hombres fueron enviados por el mando a luchar frente al Clínico. Ataques desesperados. Centenares de bajas. En una de esas acciones, el 19 de Noviembre, Durruti cayó herido mortalmente mandando a sus hombres, alentándolos al asalto con su valor personal. El 20 falleció. Los anarquistas rendían a la defensa de Madrid uno de sus valores más recios, el pueblo sacrificaba a su héroe predilecto. El día 21, "C N T" publicaba el siguiente editorial:

Ayer, en las primeras horas de la madrugada, murió Durruti. Había sido herido mortalmente, en la tarde an-

terior, durante el asalto al Hospital Clínico. Una bala mercenaria le atravesó el pecho, y todos los esfuerzos de la ciencia fueron inútiles para salvarle.

La noticia nos produjo un estupor indescriptible. Quedamos agobiados por una sensación aguda de catástrofe. Una catástrofe es la muerte de Durruti, caído como los héroes en la lucha por la libertad de su pueblo. Era uno de los hombres representativos de este período de luchas agitadas y terribles en que el proletariado, rompiendo el caparazón de un régimen de ignominia, se lanza a la conquista del porvenir. Período fecundo de transición que abre las puertas de la Historia al verdadero pueblo, siempre postergado y oprimido, pero hoy resuelto a tomar en sus manos el timón de la nave o a sucumbir en la magnífica empresa. Y cuando las falanges de esclavos, rompiendo sus cadenas, pisaban la tierra prometida del Ideal, Durruti cae para no levantarse más, pero después de haber visto, ¡al fin!, el resplandor cegador de la nueva aurora.

Sentimos una enorme desolación. Durruti, el revolucionario activo de toda la vida; el hombre emprendedor y entero; el que veía en todos los instantes una ocasión propicia para la Revolución; el amigo siempre optimista ideal, nos ha sido arrebatado. Un deseo furioso de vengarle nos invade.

El fascismo, con la muerte de Durruti, ha obtenido una de sus mayores victorias. El mercenario que apuntó contra su pecho estaba lejos de suponer el daño inmenso que nos hacía a nosotros, a todo el proletariado ibérico.

Fué menester ocultar la noticia de su muerte durante algunas horas. Y cuando anoche, reunidas las fuerzas de la brava columna catalana que mandaba nuestro compañero, el camarada Manzano informó con voz emocionada del grave suceso, aquellos hombres curtidos en la lucha, tostados por el aire y el sol de Aragón, lloraban como niños a su caudillo y en lo íntimo de su conciencia —es-

tamos seguros— habrán jurado vengarle aquí, donde cayó, frente a las fuerzas mercenarias que lo mataron.

Y ahora, que una fatalidad que no hemos querido nos obliga a escribir sobre Durruti, después de conocerle tanto, nos damos cuenta de lo poco que sabemos de su vida tormentosa, rica en incidentes, plena de interés.

Recordamos vagamente su actuación anterior a la Dictadura, en grupo inseparable con Ascaso —otro héroe—, García Oliver, Jover, Ricardo Sanz y otros buenos camaradas. Epoca de lucha ruda contra el pistolero, en la que la vida no valía nada, en que podía perderse a la vuelta de una esquina bajo las armas de los mercenarios de la Patronal., y una sucesión cinematográfica de episodios en los que demostró, con sus compañeros, su temple de hombre de acción. Pero, siempre, siempre, al servicio del movimiento. Ajustando sus actos a las conveniencias de la organización, que le honró con su confianza en las ocasiones más difíciles.

Recordamos su prisión en Francia, con Ascaso y Jover, durante la Dictadura, y el pedido de extradición que, de cumplirse, implicaba la segura condena a muerte de los tres. Se les acusaba de haber atentado contra el rey. La oportuna y vibrante agitación del proletariado francés impidió que el crimen se consumase, y reservó sus vidas para nuevas acciones.

Viene después la República. Esa República que los trabajadores entrevieron con ojos llenos de esperanza; que los campesinos saludaban como el principio de su redención. Pero la República no hace más que conservar los viejos privilegios declarados intangibles. Y sigue el proletariado de las ciudades y de los campos arrastrando el drama de su miseria milenaria. Durruti, amante apasionado de la Revolución, comprende que se escapa una magnífica oportunidad transformadora. Cree, con sus compañeros inseparables y con una gran corriente de militancia confederal, que el momento de la Revolu-

ción es aquél. El ejército está desorganizado. No existen partidos conservadores poderosos. El clero huye a la desbandada. El capitalismo está fuertemente atemorizado. No hace falta más que decisión para enterrar en ruinas, con un mínimum de esfuerzos, todo el armazón político-social existente y fundar la sociedad de los trabajadores libres.

Se da cuenta claramente que si el 14 de Abril se atrincheró en las formas burguesas republicanas, la reacción, pasado el intenso pánico producido por el inesperado derrumbe de la monarquía, tenderá nuevamente a articular sus efectivos y a lanzarse al asalto del Poder.

Las cosas han ocurrido punto por punto de esta manera. La Revolución no se hizo entonces, y la reacción organizó su ofensiva. Lo que hoy cuesta raudales de sangre, entonces se hubiese logrado con un esfuerzo mucho menor. Y la nueva sociedad, después de estos años de experiencia, sería ya una realidad robusta.

Apasionado por este pensamiento, hombre de acción de toda la vida, lucha con energía indomable por la Revolución inmediata. Sobreviene la intentona de Fígols, y Durruti, con Ascaso, sufre deportación en tierras africanas. Son hechos éstos que están frescos en la mente de todos nuestros militantes.

Vuelven de la deportación. Surge el movimiento del 8 de Enero. Es la consecuencia de este deseo irrefrenable de liberar al proletariado; es la consecuencia de esta visión exacta del momento y del porvenir de España. Los anarquistas están solos con su concepción y con su lucha. Enero fracasa. De vuelta, las persecuciones y la cárcel.

Recordamos su prisión con Ascaso —el héroe de las jornadas de Julio en Barcelona—, en el penal del Puerto de Santa María. La huelga de hambre y la sublevación de los presos por el asesinato de un camarada. La figura atlética de Durruti imponiéndose en el infernal tumulto y evitando una masacre colectiva. Después, como un sar-

casmo, el intento de aplicarles la ley de vagos; ellos que trabajan hasta el momento de ser reducidos a prisión.

Pasan veloces dos o tres meses. Meses de intensa reorganización después de las persecuciones, y estalla el movimiento de Diciembre. Durruti está en el Comité Nacional Revolucionario, en Zaragoza, con Isaac Puente, otro querido compañero cuya vida nos ha sido arrebatada por el fascismo. Cárcel hasta la primera amnistía. Trabajo intenso en los períodos de libertad.

Octubre le sorprende en la cárcel, donde lo enterró Badiá el mismo día del estallido insurreccional. Durruti es partidario de la insurrección, pero, como otros camaradas, frena su impotencia entre las rejas.

Y así llegamos a la insurrección fascista de Julio. El Julio glorioso en que el pueblo de Barcelona batió completamente a la guarnición sublevada. Durruti está en primera línea. Como un león, se lanza contra los rebeldes en plazas y cuarteles. Expone su vida y da el ejemplo. Aquellas jornadas nos privaron de Ascaso, muerto heroicamente frente a los muros de Atarazanas al iniciar una carga en la que marchaba a la cabeza. La C. N. T. sacrifica a la victoria la vida de sus hijos mejores.

Vencida la insurrección, Durruti asume la jefatura de las fuerzas que operan sobre Zaragoza. Aquellos instantes están grabados con fuerza en nuestras mentes. Con fiebre y ritmo veloz se organizó la columna; fué improvisada en pocas horas. Más de seis mil hombres de la C. N. T., bien armados, con ametralladoras y artillería, salieron una mañana triunfal, de sol radiante, en medio de las aclamaciones de una multitud enardecida. Durruti, a su frente. En la precipitación, quedaron rezagados los camiones con los comestibles. Se radia una nota pidiendo munición de boca. Y un cuarto de hora después las calles negreaban de gente que afluía hacia la avenida del 14 de Abril y paseo de Gracia, cargada con toda clase de comestibles. No se daba abasto a llenar camiones. Allí ha-

bía de todo. Era aquello un espectáculo de emoción impresionante.

Cuatro meses de operaciones en Zaragoza, reconquistando una faja de territorio de más de cien kilómetros de anchura. Durruti se funde con su gente. Se le ama y se le admira. Se revela como un temperamento guerrero y organizador de primer orden. Su frente es el mejor fortificado y el más disciplinado. La técnica de guerra enlaza perfectamente con el sentido de responsabilidad de los hombres de su columna.

Madrid peligraba. Todas las fuerzas del fascismo internacional caen sobre nuestra atormentada capital. Cataluña envía entonces sus fuerzas. Al frente de ellas viene uno de sus hijos predilectos, figura popular de la Revolución. Durruti tiene a su cargo uno de los frentes donde la lucha es más dura. Su gente se porta bravamente. Miaja felicita a la columna.

Apenas ha tenido tiempo Durruti de asentarse sobre el terreno, cuando en un combate contra los facciosos en el Hospital Clínico, cae bajo el plomo de la reacción. Pérdida irreparable.

Nuestro camarada, proscrito ayer, encarnaba la nueva España que se forja con dolor. Encarnaba también la figura ibérica de guerrillero de que tan pródiga es nuestra historia. Una figura de revolucionario con ascendencia sobre las masas, cuya actuación y cuyo pensamiento iba adquiriendo cada vez mayor firmeza. Una figura de combatiente que sabe reconocer la realidad de cada instante y que se adapta a ella para sacar el mayor provecho en beneficio de su sueño de siempre: la Revolución, que al fin nos alumbraba con sus gloriosos resplandores...

Y ahora, en Barcelona, el pueblo catalán, que lo designó para representarle en la defensa de Madrid, recibirá su cuerpo con honores, y le rendirá el último tributo de su gratitud.

Y vosotros, camaradas de la columna que lleva su nom-

bre, habéis de honrarlo vengándole en la tierra sobre la que cayó para no levantarse más. Habéis de vengarlo aquí, habéis de permanecer en vuestro puesto con redoblado empuje, porque ésa era su voluntad al venir a tierras de Castilla; porque ése es el mandato de la organización y porque tal es vuestro deber.

Durruti ha muerto. Sigamos su ejemplo, camaradas todos; que sus hechos iluminen nuestra actuación de todos los días y el camino de la victoria, que él colocó por encima de todos, incluso por encima de la muerte.

El proletariado ibérico llora la muerte de uno de sus héroes.

Los valientes muchachos de nuestra artillería.—
Fuerzas de Izquierda Republicana y del Bata-
llón Margarita Nelken sostienen nuestras po-
siciones del Sur.

Es temeridad, que pasa ya de valor, el comportamiento de nuestros artilleros en la línea de combate. Estos muchachos, casi chicos, que podrían ser nietos míos, me hacen poner de punta los pocos pelos que quedan en mi cabeza; crispa los nervios el verlos agarrarse al cañón para emplazarle en un sitio, bajo una lluvia de metralla que los envuelve y estalla con el “clac” terrible de las balas explosivas, únicas que tiran los miserables facciosos. Cargar, disparar y descargar, estando al descubierto, es para ellos tan sencillo, como para mí ponerme la boina. Caen algunos heridos, ¡pero no importa!, otros ocupan su lugar inmediatamente.

Ayer, entre lluvia de las nubes y lluvia de metralla, mojados hasta los huesos, hemos tenido un encuentro muy movido y estos chicos de la artillería se portaron bravamente, como todos los días y en todos los combates. Los mandan dos suboficiales que son dos hombres que dan ejemplo de abnegación, de trabajo y de valentía; enfangados de barro hasta las orejas, no abandonan a sus muchachos ni un solo momento, mirando porque no les pasara nada, olvidándose de ellos mismos, ya que eran los que más se exponían.

Pasé unas horas de angustia. Nuestros disparos de ca-

ñón eran contestados por ametralladoras y morteros del enemigo que ponía en constante peligro nuestras vidas, pero nuestros meritísimos artilleros no cejaban en su audacia. Por fin, fué derribado el edificio batido y conseguida con éxito la operación a costa de algunos heridos por nuestra parte.

En el sector Sur, el enemigo intentó pasar sobre nuestras trincheras con tres tanques a la vanguardia, parapetándose tras de ellos unos centenares de enemigos.

Nuestros milicianos, carabineros y guardias de Asalto, sin dar un paso atrás, sin salir un solo hombre de las trincheras, dispuestos a morir antes que retroceder, contraatacaron, y cuando los tanques estuvieron a tiro de nuestra línea, fueron lanzadas algunas bombas que pararon en seco su avance; la tripulación fascista abrió las puertas de los tanques y escapó como alma que lleva el diablo, dejando los tanques abandonados; la infantería enemiga, moros y legionarios (hace tiempo que no vemos un soldado entre los facciosos), al verse sin los tanques huyeron dejando en el camino algunos muertos y heridos que no hicieron por rescatar.

Nuestros heridos, fueron evacuados y atendidos perfectamente.

El comandante Bazán, del ejército, jefe de las milicias de Izquierda Republicana del sector Este de esta línea de fuego, con el Batallón Margarita Nelken, que componen las fuerzas cerca de nosotros, quedan admirablemente situados y atendidos por su mando para que no sientan el agua ni el frío; es demostración clara y práctica de cómo se puede atender al miliciano evitándole vicisitudes y peligros y dándole las comodidades posibles en la guerra.

Me habla fraternalmente el comandante político deseando que en el frente no haya diferencias entre los combatientes de ideas diferentes, ya que todos combatimos con una misma finalidad; en las milicias dichas he

visto un setenta por ciento de estudiantes de la F. U. E., que luchan con el valor de la juventud universitaria, que tiene ideas de libertad y progreso.

¡Adelante, juventud!

¡Viva España Libre!

23 Noviembre 1936

Nuestra artillería vuela un nido de “zancudos”.—
Todas las fuerzas que defienden Madrid com-
piten en heroísmo.

No es posible mermar plácemes a nuestros artilleros, pues lo merecen todo por su comportamiento valiente y eficaz. Hace días que la tranquilidad de los alrededores de la Ciudad Universitaria se ha convertido en un infierno; los “malditos”, unos cuantos que no llegaban a tres centenares, de los cuales ya han pagado su torpeza más de doscientos, pensaron que entrar en terrenos de la Ciudad Universitaria, era tener la cárcel en sus manos y llevarse a los centenares de traidores que formaban la quinta columna del cobarde Mola que teníamos encerrados guardándoles consideraciones que no merecen.

Salió mal el cálculo a los traidores y a los “malditos”, sus inspiradores. Los terrenos de la Universitaria están siendo el cementerio de los centenares de “zancudos” que los generales felones y cobardes trajeron de Africa traicionando, a más de su patria, a la Historia.

De deshacer los nidos de estas aves africanas que en pleno invierno dejan su país cálido por este frío, se han encargado nuestros artilleros. Nido que forman los “zancudos”, nido que es volado por nuestra artillería.

Ayer por la mañana vi una cosa bella y terrible a un tiempo. Perseguidos constantemente, día y noche, por nuestras ametralladoras y cañones, la vida es imposible para todas las aves que anidan en esa parte de la Moncloa; no pueden entrar en Madrid ni pueden volverse a la Casa de Campo porque nuestros combatientes no les dejan repasar el río.

Forman nido donde creen que no les pueden ver nuestros "cazadores". Su nido de ayer era una linda casa blanca como las palomas, que en mala hora les gustó, pues nuestros artilleros, poco diplomáticos, les enviaron un "pepino" que voló el "nido" y vimos cómo subían al espacio dos docenas de "zancudos".

Descansen en paz. ¡Amén!

* * *

Día glorioso para nuestra gloriosa aviación el grñ de ayer.

Los facciosos, demostrando un lujo de aviación que sólo pueden obtenerla a cambio de ir vendiendo pedazos de España a los miserables usureros alemanes e italianos, que sólo pueden vivir para el crimen y la traición, quisieron amedrentar al pueblo con una ostentación de su poder en el aire, presentándose amenazadores en número de aparatos de bombardeo que no bajarían de treinta.

Inútil todo intento de asustarnos. Este pueblo no se asusta de nada; cuando se ve a una multitud de mujeres comprando a la puerta de los mercados, mientras truena el cañón criminal y silban los obuses sobre las casas de Madrid, se comprende el gran heroísmo de nuestro pueblo. Las mujeres no huyen, sino que se tiran al suelo por un momento y vuelven a levantarse rientes y alborotadoras con sus dichos y carcajadas. Los traidores y asesinos fracasan en sus deseos criminales.

Ayer todo Madrid, sin temor a nada, contempló desde las azoteas, calles y campos de los alrededores el terrible combate y la formidable paliza que nuestros aviones monoplanos, los "chatos", dieron a los aviones fascistas, que van pilotados por italianos y alemanes.

Nuestros "chatos" cayeron sobre ellos como rayos y

tumbaron un trimotor que cayó envuelto en llamas en los terrenos de la Moncloa.

Cobardes, traidores y felones, la aviación facciosa huyó hacia Escalona a refugiarse, ¡miserables!, en el nido donde planean sus bestialidades. Cómo sería el miedo de los “macarroni” y los “Junkers” a nuestros “chatos”, que en su huída uno de ellos dejó caer toda la carga de bombas que llevaba y no pudiéndolas arrojar sobre nuestras fuerzas, las tiró sobre los suyos, causándoles enormes bajas.

¡Bien por los “chatos”!

¡Bien por nuestros valientes aviadores!

¡Adelante, siempre adelante!

¡Viva el pueblo!

26 Noviembre 1936

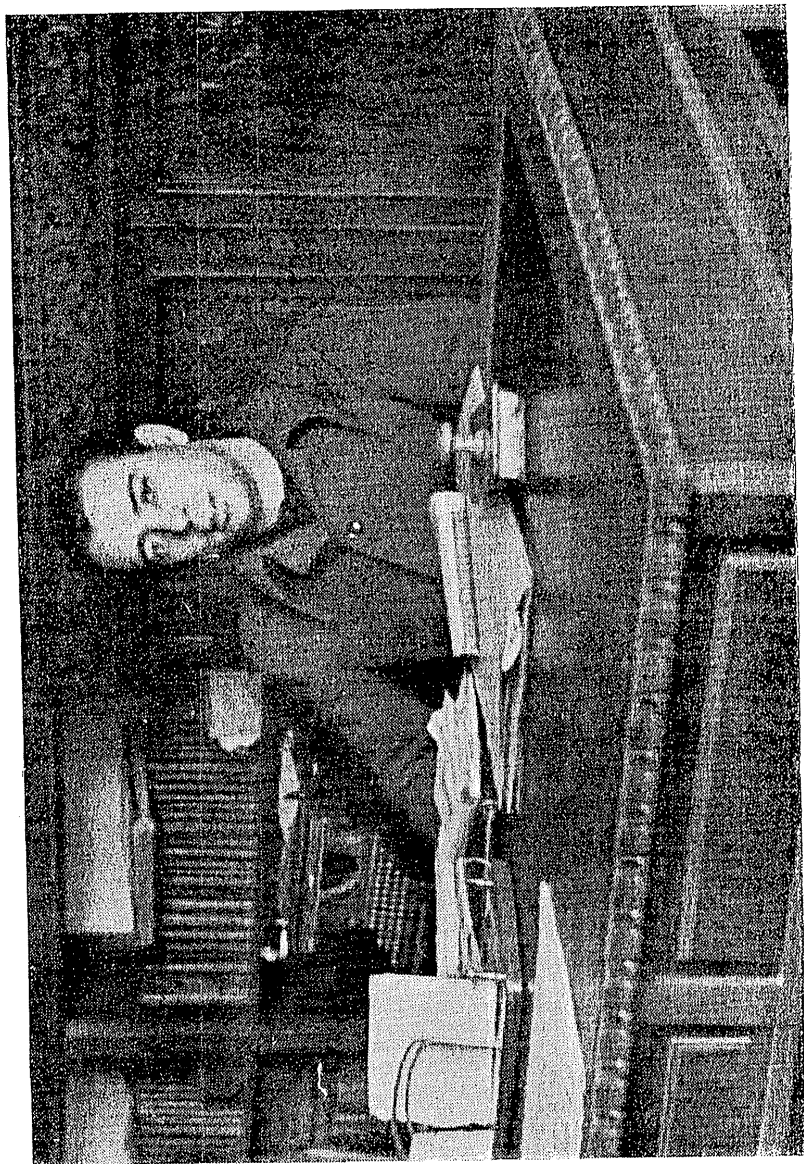
Fracasa la táctica alemana.—Telegrafía sin hilo de trinchera a trinchera.—Los ferroviarios y su tren blindado.

Estaba escrito que la fama de estrategas militares que de toda la vida tienen los teutones, había de fracasar aquí, en Madrid, precisamente, ante un ejército irregular, desconocedor del arte de la guerra, compuesto por hombres de todas las edades, sin instrucción militar, ni ejercitados en el tiro (1).

Ya no hay “coco” que nos asuste a los madrileños; en los primeros días, cuando los facciosos nos atacaban en tromba, solía ocurrir alguna vez, que la gente no fogueada diera una “espantá” y dejara en manos enemigas algún terreno, sobre todo cuando echando por delante los “hipopótamos” nadie sabía cómo defenderse de ellos porque carecíamos de bombas de mano, y cuando atacaban ellos lanzándolas a granel y con esplendidez de afortunados, lograban sorprendernos viéndoles de repente a cien pasos de nuestras líneas.

Pronto terminó el miedo a los tanques y a sus avances al amparo de sus bombas. Hoy sabemos admirablemente despanzurrar a sus “hipopótamos” y tirar al humo de sus explosivos, porque sabemos que tras la cortina momentánea, avanzan ellos. La demostración está bien clara, en el avance que intentaron ayer por el sector Usera, en el que han dejado muchas bajas vistas y tuvieron que meterse en sus trincheras sin orden, a la escapada.

(1) El encuadramiento de las milicias de organización y de partido en unidades de guerra perfectamente articuladas aun no se había logrado.



EDUARDO VAL

Secretario del Comité de Defensa Confederal del Centro; animador de la ex-Milicias Confederales y del actual Ejército Popular

Spring
1911

Después de la zurra soberana recibida llegó la hora de los telegramas de pésame que les venimos enviando desde hace días, modalidad que ha puesto en práctica el buen humor de mi pueblo. Cogemos una piedra, material que nada cuesta y que tenemos por toneladas a nuestro alcance; escribimos en un papel telegramas como éste: "Nosotros buenos, comemos, bebemos y fumamos bien, os convidamos, paso franco, venid fusiles colgados espalda, manos en alto, gritando: ¡Viva República! Batallón X."; lo atamos con una guita y dando un par de vueltas a nuestro brazo, lo lanzamos, como hacemos al lanzar las bombas con honda, hacia la trinchera enemiga. No tardan en llegar contestaciones, entre ellas algunas como ésta: "Deseamos pasarnos de noche, día nos es imposible.—Forzados".

Nuestra telegrafía de "cuerda" está dando magníficos resultados, pues las contestaciones demuestran que nuestros "telegramas" hacen efecto en la moral del enemigo con las noticias que les damos, con los periódicos que les enviamos y se ve la buena voluntad de todos cuando al caer un "telegrama" fuera de la trinchera sale a recogerlo uno sin armas y ni ellos ni nosotros tiramos.

* * *

A nadie parece preocupar la labor que hacen los ferroviarios del Norte y Mediodía, con sus trenes blindados, labor que ya reseñé sobre mis viajes en el "Tren de la muerte" y en el "Conejo de Indias", por la línea de Sigüenza, donde los ferroviarios tienen logradas hazañas dignas de ser contadas como victorias eficaces y terminantes.

Lo que realizan en los sectores del norte de Madrid con su tren blindado madrileño, es una continuación de la ya larga lista de zurras infligidas a los fascistas; cuando cruza por la Casa de Campo y por las cercanías de la

vía las bandadas de "zancudos" que notan la presencia del tren, silencioso y terrible en su avance, levantan el vuelo y huyen hasta perderse de vista. Todos los traidores y vendidos temen al tren de los leales ferroviarios.

Les tengo que visitar en sus estaciones de combate, me gustaría hacer otros viajes como los que hice con ellos en la Alcarria, de los que guardo grato recuerdo. Nadie que no les acompañe en estos viajes tan peligrosos, donde les acecha la muerte constantemente, encerrados en las fortalezas rodantes, puede figurarse lo que se sufre en ellos ante la incertidumbre de la vuelta.

De estos hechos ferroviarios nadie habla, no tienen trovador que lleve sus trovas por el mundo cantando sus glorias en la lucha por la libertad y por el pueblo.

Yo lo seré, camaradas ferroviarios. Me hicisteis sentir el hálito de la muerte tan cerca, cuando volaban los aeroplanos de los "malditos" por encima de nuestras sepulturas blindadas y veloces, admiré tanto las maniobras del maquinista para librarnos de la muerte, que lo recuerdo muchas veces y pienso que nada como el ir encerrado en vuestros blindados, para templar el espíritu de los combatientes. ¡Viajaremos juntos, valientes camaradas ferroviarios!

* * *

En un chalet de los muchos que hay en la Casa de Campo, que valieron para que las niñas de la aristocracia se embarraganaran con sus queridos y hoy valen en el sector enemigo para cuarteles generales de los traidores, han encontrado, al ocuparlo nuestras fuerzas, entre otras cosas, una guerrera de general, que por su medida pequeña, dicen humorísticamente que es del traidor Franco, un fajín de general, cajas de tabaco de Canarias, ropa blanca fina y una verdadera bodega de vinos selectos y escogidos, como los que suelen usar los que venden a España a los usureros fascistas.

“Tout va bien”, decía un combatiente de la Columna Internacional cuando paladeaba una copa de Jerez, del traidor y bandido Domecq.

Todo va bien, repetimos nosotros; cuando las zorras dejan su rabo en un cepo, no vuelven más por el lugar del monte donde lo perdieron.

Mal síntoma para los generales traidores a su patria, al dejar su guerrera y su fajín en manos nuestras. Como la zorra, no volverán por esta parte del monte por donde han puesto una puerta al campo nuestros bravos y valientes combatientes.

30 Noviembre 1936

Gran combate en la carretera de Castilla.—El batallón confederal “Orobón Fernández” y demás fuerzas de la C. N. T. que actúan en este sector se cubren de gloria.

Escribo palpitante de emoción y de alegría; hace media hora nuestra fuerza, nuestro batallón Orobón Fernández, parte de nuestro ejército confederal, se ha batido heroicamente contra fuerzas enemigas considerables compuestas por moros de a pie y a caballo, bandidos del Tercio y soldados traídos de todas partes, algunos de los incorporados a la fuerza por los miserables traidores que están desbordando los ríos de sangre que inundan a España.

Este ataque iba ligado al de esta madrugada, que era continuación del de ayer en su afán de apoderarse de determinada carretera que tanto codician. Después de tener centenares de bajas causadas por las fuerzas que operan en el sector Aravaca-Pozuelo, ha tenido que retirarse la traición, dejando posiciones a favor de los leales.

Nuestras fuerzas de la F. A. I. y de la C. N. T., cien veces heroicas, han tenido un día terrible.

Una mañana dantesca; sus hombres, nuestros compañeros, nuestros hermanos, han caído como caen los convencidos de que hay que dar la vida por la idea. La carretera de Castilla, por la Casa de Campo, ha sido un infierno donde nuestros combatientes han sabido ganar la palma de la victoria ofrendando sus vidas a la causa del pueblo.

Momento hubo por esos campos, que de esparcimiento fueron para los madrileños tranquilos y confiados, en

que parecía que los rastrojos y los pinares ardían; tales eran las explosiones de las bombas enemigas y las de nuestra artillería, que buscaban certeras a los cañones fascistas, impidiéndoles que siguiesen asesinando a nuestros hermanos; nuestros hombres, pañuelo rojo y negro a la cabeza, estilo zíngaro, ofrecían el aspecto, al avanzar por los campos, de una inmensa campiña de raras amapolas gigantes, negras y rojas que se bamboleaban sacudidas por la metralla.

Otros, con la enseña libertaria rodeando el cuello como dogal amoroso, se arrastraban disparando sobre el enemigo a ojo cierto y tiro seguro. Serenos pero terribles, nuestros camaradas han sabido caer; pero han sabido vencer, destrozando el deseo de los traidores, que habían hecho cuestión de vida o muerte el estar hoy, 1 de diciembre, en Madrid, para que sus acreedores, mil veces miserables, que les acosan con la presentación de la letra de la traición al cobro, les dieran unos días para entregarles los dineros de Judas.

Hoy, esta mañana, nuevos compañeros han caído en la lucha; son nuevos engarces a la corona de heroísmo que los trabajadores de la C. N. T. ofrendan a la causa de todos.

Otras milicias que ignoro de qué batallón son, han luchado al lado nuestro, cayendo como valientes; "mi coche", cien veces benemérito por los servicios que lleva prestados a los heridos de todas las ideas, ha sido marcado por las balas otra vez, al conducir heridos de este combate.

Nada nos arredra; el enemigo, anoche y esta mañana ha puesto en juego cuantos hombres y material posee, jugándose una de sus últimas cartas para romper el cinturón de hombres de acero y granito que defienden nuestro Madrid querido.

Nuestros muchachos, terribles en su ataque, son armoniosos en el parapeto; la nota de camaradería, de des-

prendimiento, de solidaridad y de sacrificio es dominante. En ningún ejército como en el nuestro se siente tanto la ayuda del compañero; yo podría describir muchos casos que llenarían de sensibilidad hasta a las almas menos impresionables.

Pero toda sensibilidad desaparece de nuestros muchachos en la hora del ataque. En la guerra, como en la guerra, y si es como la presente, por aplastar la idea fascista, debemos ser implacables.

Orobón Fernández, nuestro malogrado y querido compañero que murió precisamente en un pueblecito cercano a donde combatimos, queda bien honrado por los muchachos del batallón que lleva su nombre, como lazo de cariño fraternal.

No entrarán nunca en Madrid los traidores.

¡Vivos, no entrarán jamás!

1.º Diciembre 1936

Un desesperado ataque del enemigo.—Entrada en acción de los alemanes.

Va aumentando la necesidad del Ejército fascista de entrar en Madrid. Se ve claramente que les acosan sus acreedores, los miserables de otros países, para que les paguen sus servicios de asesinos; esperan buenos resultados del pillaje a que sería sometida la Villa del Oso y el Madroño.

Pero no hay tu "tía", todos los intentos resultan aun no costándoles nada, caros en carne de cañón. Hubo un día que el rey felón dijo, refiriéndose a los militares presos por los moros que "la carne de gallina resultaba demasiado cara"; conocía perfectamente a sus lacayos.

Anoche fué una prueba del acierto de ese juicio. Como siempre, los generalitos echaron por delante a la despreciada chusma que mandan para que fueran pasto de nuestros fusiles, y lo fueron.

¡Pobre gente! Hacen el mismo servicio que los desdichados caballos de nuestras plazas de toros, que sólo salen para que los despanzurren. Estos otros desdichados moros y soldados engañados y prisioneros del militarismo en una modalidad nueva que espanta, mueren como caballos en las plazas de toros porque no tienen la virilidad de morir dignamente. De trinchera a trinchera se lo decimos por el "telégrafo de cuerda". "Estamos a la fuerza" —nos dicen muchas veces en sus "telegramas"—. Pues morid volviéndoos contra vuestros opresores—les contestamos nosotros—; más vale morir rebelándose que caer sirviendo a vuestros tiranos —decimos con nuestros altavoces improvisados con periódicos a manera de embudo.

Los que atacaron anoche en el sector centro, eran de estos indecisos que prefieren morir a nuestras manos como traidores que a manos de sus enemigos de clase que los tienen prisioneros.

Anoche han caído muchos falangistas señoritos y muchos moros "rubios" del Africa del Rhin, los nuevos moros importados por los piratas alemanes. Anoche ha sido el bautismo de sangre de los "camisas pardas" de Hitler llegados a Cádiz, trasladados a Sevilla y trasplantados a Madrid. Aviso a los milicianos que éstos enemigos nuevos van muy bien armados y que, para apoderarse de su correaje y armamento, bien vale tener el ojo certero dejándoles acercar a nuestras trincheras antes de hacer fuego.

Los "moros rubios", "boches" les llamaremos, como se les llamaba en la gran guerra, son las fuerzas de confianza del "führer", que siempre se han distinguido a sus órdenes para asesinar en Alemania a judíos, religiosos y hombres de sentimientos liberales.

Aquí no cuajarán. De nada puede valer la disciplina "boche" y el teatral marchar de un Ejército de estetas; aquí nos gustan los hombres machos como nosotros; los "neutros" no valen para nuestros fusiles nada más que para ensayo de nuestro coraje.

Mal debut han tenido los "moros rubios". En los terrenos cercanos a la Ciudad Universitaria han quedado entre rubios y morenos más de trescientos muertos y heridos. Esta mañana muchos de los que les oíamos pedir socorro por la noche ya habían muerto. Nosotros, llevados de este humanitarismo que no podemos desarraigar de nuestros sentimientos, los hubiéramos auxiliado, pero... ¿y si nuestra humanidad nos la pagan con un tiro, como ya ha sucedido?

Le pertenece gran parte de este éxito a la Brigada Mixta Militar que defiende este sector admirablemente situada, parapetada y defendida; la componen en un cin-

cuenta por ciento, muchachos jóvenes que lucharon en los primeros días de la traición militar y continuaron en el frente de la Alcarria.

Por primera vez en el mundo se da el caso de que en una guerra civil tomen parte fuerzas regulares de otro país, mandadas y dirigidas por sus jefes y oficiales.

¡Hasta dónde llega la felonía de los generales traidores!

Para España es un honor hacer morder el polvo a tanta canalla internacional como se mezcla en la lucha contra este pueblo español, que defiende la libertad de todos.

Vengan a nosotros "macarronis", "boches", "zancudos", bandidos del Tercio, todos los enemigos de la libertad y todos los elementos indeseables del mundo vendibles y comprables. Contra todos iremos los trabajadores españoles.

Madrid, sobre su título de "Muy heroica Villa", sabrá ganarse el título de "Heroína del mundo".

¡Adelante, muchachos!

¡Hay que vencer!

5 Diciembre 1936

Los facciosos vuelven a morder el polvo de la derrota.—Un batallón moro aniquilado en el sector “Pozuelo”.

No pasa día sin que nuestras fuerzas se apunten una victoria más a las muchas ya apuntadas. Ayer intentaron otra vez entrar en Madrid por la Ciudad Universitaria los facciosos, haciéndose acompañar por fuerzas de las que llaman de “hierro”, que son autómatas hasta para morir. Llegaron en verdaderos bloques cerrados, como cíclopes dispuestos a traerse consigo todos los edificios de la Universitaria y a nuestros combatientes que los guardan.

En uno de estos edificios estaban nuestros compañeros del 5.º batallón de ametralladoras de la C. N. T. y de la F. A. I. que lleva el nombre del infortunado camarada Mora, que mandaba las fuerzas de la columna Del Rosal y desapareció sin dejar rastro, en uno de los combates.

Nuestros camaradas, que dentro del ejército confederal, forman en el 5.º batallón de ametralladoras una especialidad en la lucha, esperaron tranquilamente a que se aproximaran los teutones, y cuando comprendieron que era momento oportuno, apretaron el dedo y aun sin apuntar, hicieron un destrozo de carne de “boche” que me hacía recordar escenas de la Gran Guerra.

Para su mal, esta carne mechada por nuestras ametralladoras, desconoce en absoluto lo que es pensar por su cuenta, y así caen ellos a montones. Los desgraciados camisas “pardas”, son los “pardillos” que en otros años venían a Madrid por estos días para celebrar las pascuas y ser víctimas de las bromas de mis saladísimos paisanos;

solamente que las bromas que nuestros camaradas de la F. A. I. gastan a los "pardos" de ahora, son terriblemente pesadas, como que les hacen verdaderamente la "pascua".

Pues en este sentido ha sido ayer todo lo ocurrido en los frentes. En Usera hubo intento de ataque, que fué rechazado por los nuestros sin gran esfuerzo a pesar de que el enemigo empezó empujando de lo lindo; se pasó a nuestro campo, precisamente junto a la casa que nos vale de parapeto, un paisano que estaba en las casas de Usera donde estaban los facciosos.

En Pozuelo ocurrió algo extraordinario, que pudo tener un colofón trágico para los muchachos de mi escolta, para el chófer y para mí. Nos habían dado informes las fuerzas de Pozuelo, de acuerdo con lo que nosotros sabíamos, y nos lanzamos carretera adelante hacia Húmera; cuando llegamos a la puerta de la Casa de Campo lindante con el pueblo, nos llama un grupo de milicianos, que se parapetaban detrás de las tapias. El compañero chófer apretó el acelerador y entramos como una centella en las frondas donde se ocultaban nuestros milicianos.

Todo fueron exclamaciones de sorpresa de no habernos ocurrido algo que nosotros no terminábamos de comprender hasta que, tumbándonos en nuestros parapetos vimos, con algo de escalofrío, que habíamos pasado por las barbas del enemigo a un tiro de piedra. Los muchachos de las fuerzas de "El Campesino" y los del cuarto batallón "Mateotti", simpáticos compañeros que llevan más de un mes en los parapetos luchando de verdad nos indicaron el sitio donde estaban los camaradas de "La Internacional" a quienes buscábamos desde el último combate, hace dos días; pero, pese a nuestro deseo, no pudimos ponernos al habla con nuestros antiguos compañeros de parapeto, porque sus posiciones no eran franqueables por aquel sitio y porque esperaban de un momento a otro rechazar otro ataque que preparaba el enemigo. Cuando un batallón de "moros" rubios inició el ataque, en mala

hora para él, nuestros bravos internacionales, solos, sin ayuda, que no les fué necesaria, destrozaron por completo a los "moros", haciéndoles prisioneros y pasándose a nosotros gran número que gritaban: "¡Camaradas, je sois avec vous!" "¡Nous sommes camarades!", y con nosotros se han quedado, formando grupos con nuestros combatientes y carabineros en este sector de Pozuelo y la Casa de Campo; esto demuestra que no se fusila ni a moros ni a los del Tercio que se pasan voluntariamente a nuestras filas.

Somos hombres, y como tales obramos.

6 Diciembre 1936

Los artilleros y los antitanquistas del Ejército Popular siembran la muerte y el pánico en las filas enemigas.

“No hay artillería sin infantería”, dice un viejo axioma guerrero, y aunque parezca una incongruencia, los que vivimos la vida de la primera línea de fuego, tenemos que reconocer que el adagio es verdad.

Tenemos una artillería incomparable, tan bien servida, leal y certera, que la Prensa extranjera la señala como ejemplo. El fuego de trinchera preparador de un ataque, nuestros artilleros lo realizan con tal acierto, que nuestra infantería no tiene más que avanzar sin preocupación alguna de que el enemigo conserve sus posiciones, y precisamente para que ataque la infantería es la preparación artillera; inútil del todo sería la pericia de nuestros artilleros, el valor de aguantar los disparos del enemigo y el gasto que suponen las granadas lanzadas, si después del fuego de trinchera, la infantería no avanzase a lograr el objetivo señalado por el mando.

En el sector Norte, nuestros artilleros, además del acierto en su puntería, saben localizar la artillería enemiga, haciéndola callar o variar de posiciones a cada instante.

Anteayer y ayer, los muchachos de nuestras milicias tuvieron momentos de decisión, salvando trances difíciles en momentos críticos para nosotros. El valor, ya que no la pericia de los nuestros, batieron una vez más a los montones de hombres alemanes que vienen sobre Madrid como una máquina apisonadora conducida por un vesánico. Ya no es sólo Alemania e Italia las que envían “vo-

luntarios" contra España, es también Portugal que enmascara a sus fascistas en el Tercio de los traidores, según se demuestra con tres prisioneros hechos en ese sector del Norte.

Pero nada de esto tiene importancia para nosotros; de nuestro fondo sale ese general "no importa" que todos los españoles llevamos dentro y que sólo sale en los momentos difíciles, cuando tenemos que luchar contra elementos que parecen invencibles. Ese general "no importa" ha conducido a nuestros muchachos hasta la victoria en estos dos días terribles de combate de día y de noche.

Testigos de esta lucha épica son las lomas de Majadahonda, Las Rozas y El Plantío, donde el enemigo ha dejado enorme número de bajas y considerable cantidad de armamento. En estos combates se ve la diferencia de táctica teutona y la nuestra: (*Abundante intervención de la censura militar.*) Cuatro tanques venían hacia Las Rozas; los muchachos que formaban en las lomas de la derecha, llevaban en vanguardia compañeros dinamiteros, rodeadas sus cinturas de bombas, y la mecha encendida.

Por la izquierda, frente a otro batallón de dinamiteros, avanzan los tanques. Los dinamiteros del batallón A, piden permiso a su responsable para salir al encuentro de los mismos; concedido aquél, doce compañeros, bomba en mano, saltan la trinchera y poniéndose al frente de las fuerzas, avanzan hacia los tanques facciosos que disparan sus ametralladoras sin cesar.

Cae un valiente antes de tener tiempo de lanzar su bomba; otro se acerca y le quita su carga mortífera; otro saca su honda, le pone una bomba, da dos vueltas a los ramales y lanza la muerte entre los carros de asalto, haciendo ladearse a uno; otra bomba disparada a mano, queda corta; otra, disparada a honda, llega a su objetivo y hace hincar de hocicos a otro tanque; los demás, hacen un viraje lo más rápido posible, en el campo labrado y huyen; pero nuestros dinamiteros no quieren dejar

escapar su presa y aguantando los metrallazos que tumban a otro compañero, siguen lanzando bombas hasta que los tanques se ponen fuera de su alcance.

Ha sido la lucha de un puñado de valientes a cuerpo descubierto frente a cuatro tanques, que al fin resultaron vencidos. Los dos tanques "zumbados" seguían tirando con sus ametralladoras hasta que se les hizo callar para siempre. Se pensaba aprisionar a las dotaciones para tratarlos humanamente, como es deber y costumbre entre civilizados, pero no hubo más remedio que "zumarles" porque seguían tratando de asesinarlos.

Mientras tanto, las demás fuerzas, protegidas admirablemente por los disparos de nuestra artillería, seguían disparando sobre el montón de carne viva que nos presentaba el enemigo.

Aún continúa el combate iniciado hace ocho días en este sector de interés fundamental para todos y continuará mientras el enemigo no cese de enviar carne al matadero a montones, como lo hace desde el primer día. Así se explica que por cada una de las bajas que nosotros tenemos tengan ellos cincuenta.

En el ánimo de todos está el resultado de tanta sangre vertida por estos campos, que va a ser para el enemigo extranjero lo que ha sido la Casa de Campo para los traidores.

¡No pasarán!

8 Diciembre 1936

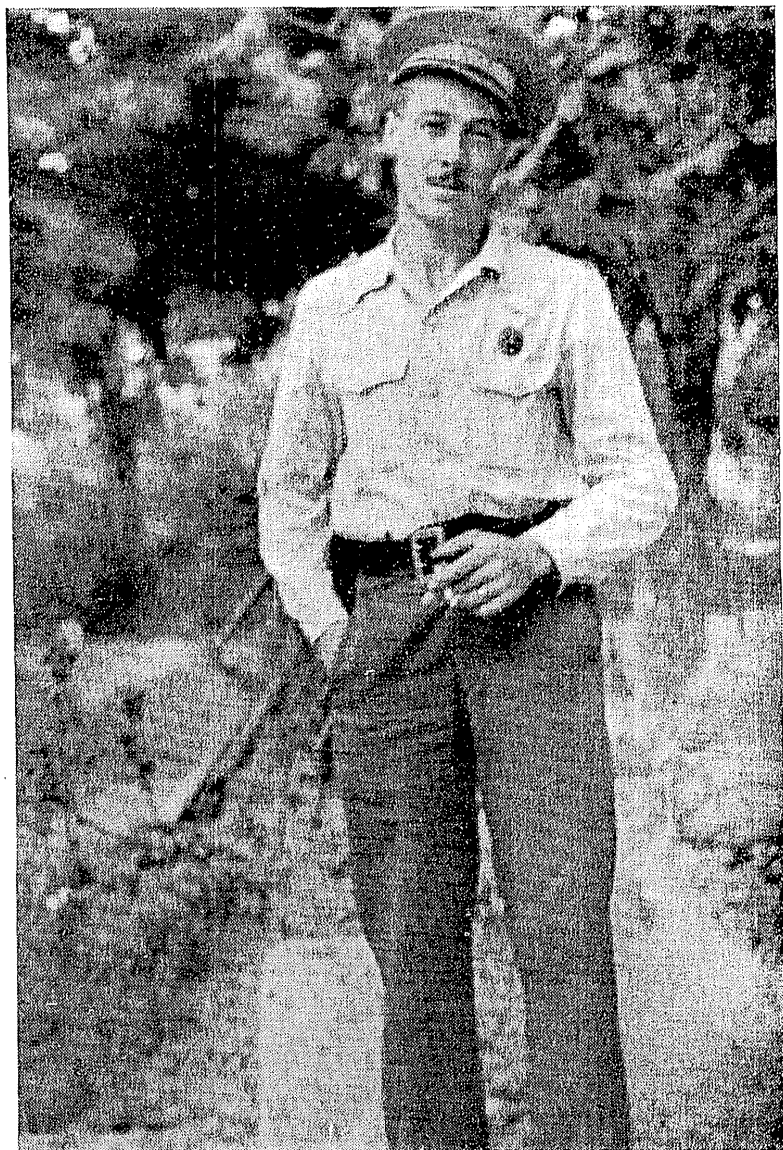
Entra otra vez en liza la Columna Durruti.—El enemigo duramente castigado.

No escarmentan los facciosos. Todos los días se empeñan en que les causemos centenares de bajas.

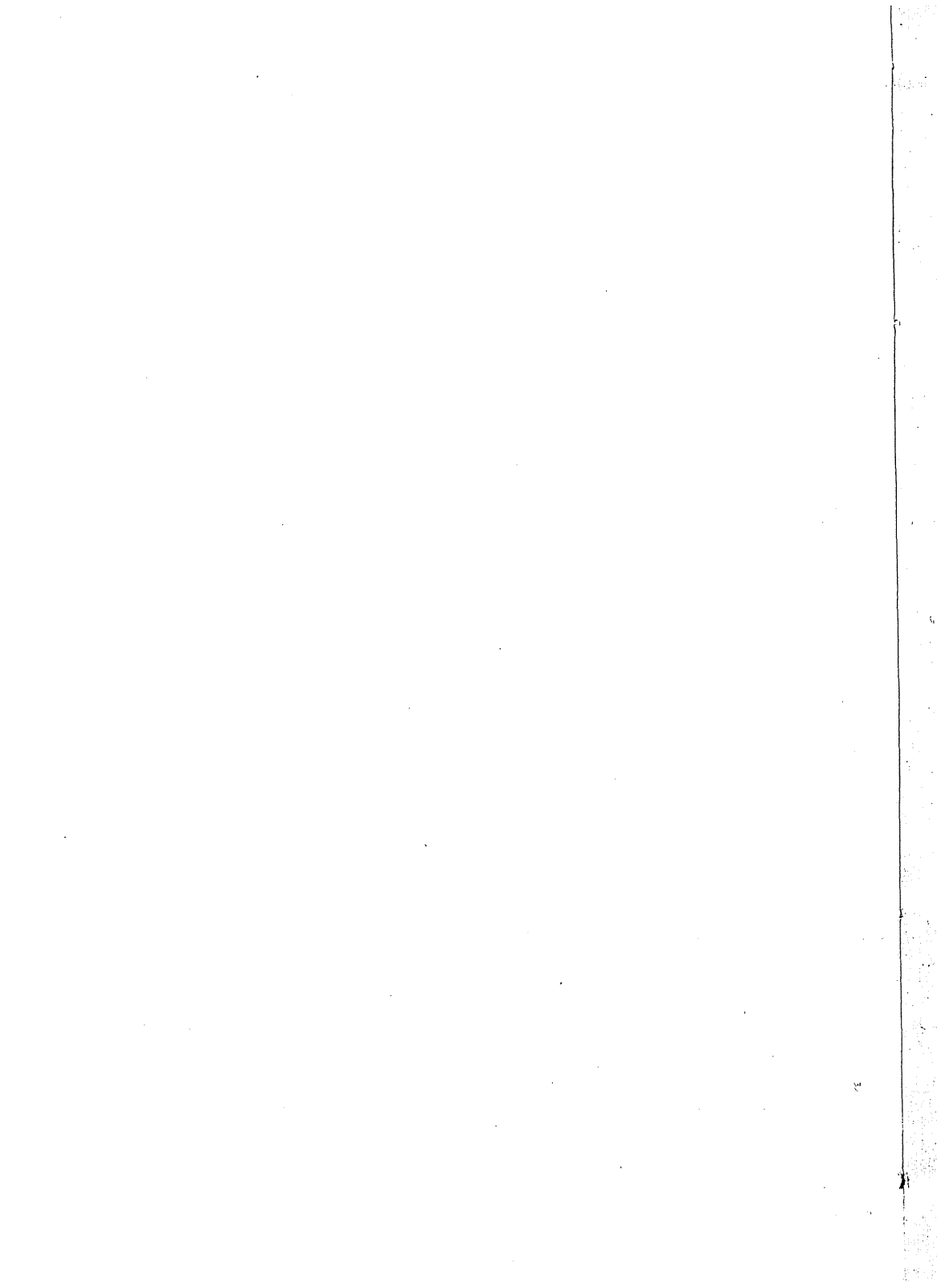
Saben, demasiado lo saben, que los hombres del inmortal Durruti, con todo su espíritu y toda su esencia, como si viviera, guardan, a X metros de X, el paso a Madrid por ese sector y que, contigua a la carretera Z, la primera compañía del quinto batallón de la C. N. T. está alerta y deseando pelea con el enemigo.

Pues los tozudos y mal dirigidos han intentado otra vez pasar por allí y, claro, los nuestros, aunque hemos tenido cincuenta bajas, ni una más ni una menos, no nos duele prenda, han causado al enemigo más de trescientas bajas y les han hecho correr, así, *correr*, hasta más allá de la vía.

Los nuestros fueron ayudados y protegidos admirablemente por los camaradas del batallón de choque del tren blindado, todos ferroviarios. Fueron hechos veinticinco prisioneros que se llevaron en su tren los "Tiznaos", como les decimos por estos andurriales, y después de entregados fué capturado otro, un sargento de Regulares que se había quedado sin gente y había enviado aviso de que le enviaran doscientos "zancudos" más, porque los "rojos" se le habían merendado toda la fuerza; el sargentito, al ver que los nuestros iban a su caza, como si se tratara de un "zancudo" más, levantó los brazos todo lo que pudo y gritaba con voz de cavernícola: "¡No tiréis, compañeros, todos somos hermanos!", y los nuestros, humanos, no tiraron.



CAMARADA GAGO
Capitán Jefe de Estado Mayor de la 39 Brigada



Los carabineros de la quinta Brigada Mixta tomaron parte en este combate por su sector, portándose como siempre, valientemente, no desmintiendo el pensamiento liberal del Cuerpo en toda su historia. Se han pasado a nosotros cuatro soldados del enemigo con cuatro fusiles ametralladores, entre ellos un moro, pero a éste, le tuvieron que obligar los otros tres españoles a que se pasara con ellos, y el compañero Alejandro Sesé tiene la ametralladora tomada a un "zancudo" que no tuvo tiempo de ahuecar el ala y quedó para el arrastre.

En la carretera X ha ocurrido un caso corriente, pero dentro de él, otro caso conmovedor y humano. Avanzaba un camión cargado de pan y cebollas para el enemigo, conducido por un chófer y guardado por dos soldados y un falangista que a la vez vigilaba a los soldados; el chófer se equivocó de camino y al llegar a... los camaradas de Durruti y fuerzas de Mera les hicieron prisioneros y, al intentar huir el falangista, que resultó ser un cura, fué herido.

Uno de los soldados prisioneros, al comprender que eran los leales los que les daban el alto y verse llamado por su nombre por uno de los aprehensores, reconoció en él a un compañero suyo de luchas e ideas y tirándose del camión se abrazaron los dos camaradas y entre lágrimas de alegría exclamaba el prisionero: "¿Pero es verdad, de verdad que estoy entre camaradas?, ¡qué alegría tengo!, ¡cuánto he esperado venir con vosotros!" La escena conmovió a todos los compañeros y no fueron sólo las lágrimas del compañero libertado de las garras del fascismo las únicas que rodaron por las mejillas de los combatientes.

Una nota simpatiquísima que no podemos menos de referir; hemos visto en las fuerzas de la columna Durruti: en un refugio muy bien hecho, tienen establecida una pequeña biblioteca entre cuyos libros, en francés y español, he visto ejemplares muy estimados y muy buenos.

Les he ofrecido libros, que les he llevado hoy, y espero que cundirá el ejemplo, entre todos los compañeros.

Si hay compañeros que quieran enviármelos, deben hacerlo a la Redacción de C N T, calle de Larra, 8. Yo me cuidaré personalmente de llevarlos, repartiéndolos equitativamente entre todas las fuerzas confederales sin predilección especial para ninguna.

¡Siempre adelante!

11 Diciembre 1936

El barrio Usera, continúa siendo una fortaleza inexpugnable.

En el mes y medio que hace que defendemos a Madrid de las tarascadas fascistas, hemos compartido nuestro luchar con fuerzas de Asalto, Carabineros y Milicias de todas las ideas. Todos, absolutamente todos, han contraído amistades personales con nosotros y simpatías para nuestro diario. Frecuente era la busca y "captura" de este corresponsal por los laberínticos zig-zags de las trincheras para referirle hechos ocurridos en el extremo sector del frente.

Cuando hay tranquilidad en nuestro "puesto", nos encogemos como lombrices para pasar por algunas trincheras hechas sólo para flacos, como los del batallón "Pérez Carballo", compuesto casi todo de estudiantes de la F. U. E., largos como tallos y delgados como espinacas; mi humanidad de noventa kilos se lleva por delante la tierra y los cascotes como si pasara un tanque.

—¡Corresponsal!—se oye llamar desde un nido de morteros—. ¿Llevas C N T? —y como no lo llevo se incomodan y me dicen fuerte—: Es el único periódico que no llega a este frente.

—Bueno, yo le haré llegar —les contesto.

Otro más allá me llama por mi nombre y me dice:

—Ya leí el libro que me diste y le he hecho circular por la trinchera.

Todos son a llamarnos, a decirnos alguna cosa o advertencia llena de cariño para nuestro C N T y de simpatía para nuestra labor de combatientes y periodistas. Muchas veces, en medio del estallido de las explosivas,

se entablan polémicas razonadas sobre reconstrucción y formación de la nueva estructuración social que ha de salir de la victoria.

La juventud despierta y enterada en este bello amanecer con una aurora que se va pareciendo a una aurora boreal magnífica, es una juventud tan distinta a la de hace cuatro meses, que asombra la evolución tan rápida y tan certera con una concreción tan completa, que parece haber transcurrido dos siglos desde la fecha heroica para España de la traición de los malos españoles contra su patria.

* * *

La columna "España Libre", es la primera brigada confederal que, como unidad exclusivamente nuestra, ocupa las avanzadas de Usera. Se encuentran con un sector muy combatido desde el primer día del asedio a Madrid por donde intentaron entrar los primeros tanques y las primeras fuerzas enemigas. De estas trincheras salió el heroico Coll en la primera victoria contra los "hipopótamos" y en esta trinchera murió también el héroe, pasados unos días de su gloriosa hazaña.

Hoy ha variado todo a como estaba en los primeros días, pero los procedimientos del enemigo son los mismos. Repiten sus ataques sin poner nada nuevo. Ayer repitieron el bombardeo a mano entre nuestras trincheras y las suyas para avanzar protegidos por la columna de humo, pero nuestros muchachos, a pesar de ser nuevos en este sector, están fogueados desde hace tiempo y cuentan en su historial momentos épicos, y como conocen este procedimiento fascista no se movieron de sus parapetos abriendo fuego graneado a través de la barrera de humo, causándoles bajas que obligaron a retirarse al enemigo sin apenas iniciar el ataque. Sin duda, fué una prueba para conocer si los nuestros eran veteranos o bisoños.

Desde las trincheras que ocupan nuestros camaradas, se puede hablar a voces con los fascistas. El encargado del "teléfono sin hilos" es un compañero que tiene una voz de bajo privilegiada y les lanza cada "conferencia" que enciende el pelo a los facciosos. Alguna vez sus palabras son escuchadas con atención por el enemigo, contestando y dando la razón a lo que se les dice.

Merece referirse que uno de los que contestaban a nuestro "charlista", era un teniente enemigo que daba pelos y señales de quién era y dónde vive su familia en Madrid, rogándonos les llevemos noticias a sus familiares, diciéndoles que, aunque está bueno, le compadezcan, pues es un forzado y no puede romper sus cadenas.

Va teniendo éxito clamoroso el telégrafo de "honda" y el teléfono "inalámbrico"; muchachos, probarlo es aceptarlo; no se engaña a nadie y, además, lo doy gratis; cura la inercia, enfermedad contagiosa en los parapetos; hace brazo y pecho a los canijos. Pedidlo en todas las trincheras y parapetos de todos los frentes que estén a cien metros del enemigo.

¡Probad y os convenceréis!

He recibido veintiocho libros del compañero Francisco Villarín, del Sindicato Gastronómico, que agradezco en nombre de los combatientes y que hoy mismo quedarán repartidos en el frente.

¡Salud y adelante!

13 Diciembre 1936

Fuerte cañoneo del enemigo en la Ciudad Universitaria.—Ingeniosos sistemas de comunicación con los fascistas.

Ayer no hubo grandes combates en ningún sector de Madrid. En la Ciudad Universitaria el enemigo cañoneó bárbaramente, no a las posiciones donde están nuestras fuerzas, sino a las casas colindantes, entre ellas a la fábrica de la perfumería Gal, que ya lleva sufridas varias tarascadas, sin otra razón guerrera que destrozar la edificación madrileña, pues esta hermosa fábrica no ha sido empleada para nada desde que dejó de trabajarse en ella a consecuencia de la guerra.

Las pobres casas de vecindad son las que sufren las consecuencias de la barbarie fascista, y con ellas las pobres víctimas inocentes de estas salvajadas.

Nuestras fuerzas de ese sector, apenas molestadas, viven alerta siempre para evitar una sorpresa, a las que el enemigo es tan aficionado.

En Pozuelo, sitio elegido por los traidores para su intento de romper nuestro círculo madrileño, a cada momento quieren saber el coraje de los nuestros, a pesar de que reciben cada tunda que les enciende el pelo. Para no desmerecer de los anteriores, quisieron pasar hoy, y los nuestros les cortaron el pelo al cero a cañonazos. Total, nada, veintidós bajas que nos han dejado, como siempre, para que hagamos de sepultureros.

Nuestro telégrafo de "cuerda" ha dado grandes resultados, desmoralizando a los facciosos y haciéndoles reflexionar sobre su infortunio. La materia prima, las pie-dras, ya dije que las teníamos a mano a toneladas; pero

no así las cuerdas para lanzar nuestros "telegramas", de las que hemos agotado las existencias, sacándolas de donde podíamos. Hasta los cordones de nuestras botas han salido en danza; pero nuestros enemigos, en vez de devolvérselos, se quedan con ellos y nos envían sus telegramas atados con juncos, lo que motiva que, al romperse el "telégrafo", se pierdan las misivas.

Viendo esta dificultad, he puesto en práctica, con excelente resultado, gran economía y facilidad, el telégrafo de "honda", que los muchachos han acogido favorablemente y practican con admirable maestría.

Nada más fácil: se coge una bota inservible, se corta un trozo de cuero en forma de óvalo, se le hacen dos agujeros en los extremos, se le pasa una cuerda por cada uno, se las ata; se hace un lazo corredizo al extremo de una de ellas para meter el dedo índice..., y ya tenemos el telégrafo de "honda", maravilla de comunicación de trinchera a trinchera.

Su aceptación ha constituido un éxito, pues el enemigo, a quien galantemente le enviamos el primer telegrama, nos ha contestado en seguida. En el primer paquete les obsequiamos con cinco números de C N T para que se enteren de la hazaña de nuestros camaradas de la F. A. I. del batallón Mora, en la zurra tan fenomenal que dieron anteayer a los "moros rubios", y para que sepan que los que se pasan a nosotros no son fusilados ni maltratados, pudiéndolo probar con varios jóvenes alemanes hechos prisioneros, muchachos recién llegados a este sector, y con otros cuantos compañeros de ellos que se han presentado pidiendo pasar a la Columna Internacional. Suponemos que a estos soldados alemanes presentados seguirán otros, pues tenemos antecedentes para saber que el pueblo alemán odia a Hitler, y el pueblo italiano odia a Mussolini, como los españoles odiamos a los generales traidores.

Por estos datos conocemos que el enemigo prepara un

combate fuera de serie para esta noche, porque como mañana es el día de la Purísima Concepción los fascistas quieren dar una misa de réquiem en San Francisco el Grande, en memoria de todos los suyos a quienes hemos zumbado.

Luego, un pasodoble torero en honor del "Guerra".

Luego dirán —cantarán, mejor dicho— una Salve con los coros de los requetés pamplonicos, y, por último, las damas afrodisíacas de la nobleza "harán bollos" para alegrar a los estetas asistentes.

Todo un programa.

Pero es seguro, segurísimo, que nosotros esta noche les estropearemos el pasodoble y no podrán cantar la Salve y la misa de réquiem.

¡Alerta, muchachos! Esta noche hay que estropear al enemigo su pasodoble torero.

14 Diciembre 1936

En Boadilla del Monte caen en nuestro poder seis tanques del enemigo.—En el barrio Usera avanzamos medio kilómetro.

Hace dos días la censura tachó estas palabras al final de mi artículo “Mañana me lo dirás”, y efectivamente hoy puedo decir lo que entonces no, pero tampoco valía la pena de que la censura lo tachase.

En el sector sur hemos tomado esta madrugada una trinchera a quinientos metros delante de las nuestras, que nos vale enormemente para seguir batiendo al enemigo. En algunos sitios hemos rebasado su línea, dejándole en un lado en el que no podrá mantenerse, porque le cruzamos con nuestros disparos.

La operación ha sido limpia y sencilla.

La oscuridad de la noche nos favoreció y la sorpresa fué enorme para el enemigo, que cuando ha querido recordar nos ha visto entrar en la trinchera; no hemos tenido una sola baja, a pesar de la resistencia tenaz del enemigo para defender esta posición que nos coloca en una situación admirable para seguir avanzando cuando el mando lo ordene.

* * *

En Boadilla, ayer tarde, nuestra artillería ha tenido un éxito enorme batiendo a las fuerzas alemanas, que por este sector son las que sostienen el ataque enemigo. De nada valió a la artillería facciosa, ayudada por la aviación negra, el disparar alocada granadas en todas direcciones, batiendo el aire y llenando las tierras, recién sembradas, de hoyos que destruyen el trabajo del campesino.

Nuestros muchachos, perfectamente serenos, han operado como lo pudieran hacer los soldados de un ejército profesional y aguerrido. Han esperado con tranquilidad pasmosa a que el enemigo se pusiera a tiro para no prevenirle de lo que le esperaba y para no gastar municiones en disparos sin blanco seguro.

Nuestros cazadores de tanques, solos, distribuidos con claros perfectamente calculados, esperaron a pecho descubierto la llegada de los "hipopótamos" y, cuando los han tenido a mano, sin importarle los "resoplidos" de las bestias, les han lanzado sus bombas, dejando inutilizados a dos con las primeras bombas. Los otros cuatro, al ver esta cacería, pararon y abriendo sus puertas, se lanzaron fuera los tripulantes, emprendiendo la carrera de la liebre, que no les evitó el ser cazados a su vez por nuestros tiradores.

Sin ese elemento de ayuda eficaz, la infantería alemana, mandada por oficialidad alemana y armados con armas alemanas (cuidado con los señores de la "no intervención"), fué rechazada sin gran esfuerzo, causándoles muchas bajas.

Ya hemos visto los primeros "macarroni" de infantería fascista italiana, vistiendo el traje peculiar en ellos de camisa negra, pantalón gris, bota alta y puñal al cinto. En honor a la verdad, no hemos visto contingentes de "macarronis", pero sí a oficiales del fascio italiano. Pensamos que vienen con las fuerzas "boches" para convenirse de que no vamos a dejar uno como ha pasado con los "zancudos" y los "terciarios".

Nuestros hombres no se duermen, y lo mismo valen para cazar tanques —como los seis del sector de Boadilla, de los que nos hemos apoderado muy valientemente—, que deshacer escuadrones de caballería mora como ha pasado en el sector de Villanueva de la Cañada, donde les hemos dado una zurra a los caballistas "zancudos" que les hemos encendido el pelo.

Nada, está visto que somos los encargados de tirar por tierra las mejores famas guerreras. Antes, la caballería mora era la mejor del mundo, ahora frente a nosotros han quedado, no para correr la pólvora, su fiesta preferida, sino para correr, para huir sin pólvora ninguna delante de nuestros muchachos.

Ayer ha sido un día de los más buenos para nosotros, de los más victoriosos, y estamos dispuestos a tener muchos como ése.

21 Diciembre 1936

El ejército extranjero en franca derrota.—Labor anónima y heroica de los enlaces de guerra.

Nuestros muchachos de todas las milicias conservan a toda violencia sus posiciones. Ayer nuestra artillería deshizo cuantas concentraciones enemigas se preparaban para el ataque; nuestros bravos milicianos siguen sosteniendo con fuego intermitente todo intento de ataque del enemigo, a pesar de la gran cantidad de ametralladoras que los alemanes han emplazado en algunos lugares.

Por la tarde, a eso de las tres, nuestra artillería concentró sus fuegos sobre objetivos admirablemente señalados por el mando y empezó el ataque de nuestras fuerzas, ayudados muy eficazmente por nuestros tanques, abriendo camino en las dificultades de avance de nuestras guerrillas, que sin cuidar de cubrirse, en su ansia, no ya de conquista sólo, sino de venganza contra ese ejército invasor, que quiere cobrarse en el suelo español sus servicios prestados a los generales traidores, que no tienen nada de españoles.

Las fuerzas han iniciado el avance con éxito tan enorme, que los alemanes, italianos y portugueses que componen el ejército invasor se retiran más de prisa que avanzaron, perdiendo camiones y material de guerra que nuestros muchachos, en el acto y sobre el terreno, utilizan contra nuestro enemigo.

Hemos atacado con ese coraje que tenemos los españoles, los pueblos de Las Rozas, Majadahonda y Villanueva del Pardillo (censor *colega*, estos nombres los pu-

blica toda la prensa de la mañana y los dió anoche la radio oficialmente), consiguiendo ir retirando al enemigo hacia su punto de partida.

* * *

Nadie dedica atención especial a la juventud que cumple su misión peligrosa de enlaces. Son estos muchachos en casi todos los casos los que con su actividad o su tardanza pueden ser la causa de una victoria o una derrota y el que fuerzas situadas en puntos determinados acudan o realicen un objetivo imprescindible.

Hoy hemos tenido la satisfacción inmensa de encontrar en la línea de fuego y traerles a su Comandancia, al enlace y un ametrallador del Batallón de Artes Blancas, a los que se consideraba perdidos desde hace tres días. Jóvenes los dos, a pesar de la odisea, el frío, el hambre pasada y no haber podido dormir en cuatro días se encontraban animosos y optimistas en el resultado de las operaciones de avance iniciadas por nuestras fuerzas. El enlace de Artes Blancas, con una sencillez que le hace simpático, cuenta su odisea pasada hasta encontrarse con mi coche.

Su batallón ocupaba un pinar cercano a un pueblo situado en las tapias... El enlace tenía que acompañar a los compañeros que llevaban el suministro para guiarles hasta el sitio donde se encontraba la fuerza. Cuando iniciaron el ataque los alemanes e italianos, el pueblo que ocupaba el batallón de Artes Blancas era uno de los primeros objetivos a ocupar y los muchachos que lo componen se batieron todo lo posible hasta tener que iniciar la retirada ordenada. Cuando me encontré con este batallón, compuesto en absoluto con compañeros de mi Sindicato de Artes Blancas, su cansancio llegaba al agotamiento, pues a más de las horas de combate, habían perdido contacto con el enlace y no habían podido comer durante dos días; sin embargo, su moral estaba entera a pesar de tener su capitán herido, que les acompañaba

sin retirarse hasta el último momento. Bastaron unas palabras más cambiadas con estos valientes muchachos para convencerles del sitio que debían seguir ocupando hasta el amanecer del día siguiente, que las circunstancias determinarían la situación.

El enlace, cuando llegó con el suministro al pinar del pueblo, ya no encontró a su batallón, y cuando pensaban qué hacer, se vieron sorprendidos por los fascistas, que desde las trincheras les llamaban para que se fueran con ellos; los valientes compañeros del suministro y el enlace, atacaron a tiros, y tirando lo que les estorbaba para defenderse, iniciaron la retirada defendiéndose de las tarascadas fascistas y de los tiros de ametralladora y mortero que les perseguían. A pesar de su cansancio al llegar dijeron en la comandancia lo que ocurría, dando su opinión que hacía falta atacar para ayudar a replegarse a las fuerzas que, casi sitiadas por el enemigo, había en posiciones nuestras.

Cien hombres decididos, entre los que figuraban los compañeros de Artes Blancas, salieron para ayudar al repliegue de las fuerzas que no podían retirarse. Se consiguió el objetivo, pero dos compañeros de Artes Blancas se vieron copados por el enemigo y han sido hechos prisioneros.

El compañero enlace y el ametrallador, al llevarlos hoy en mi coche a su cuartel de Madrid, han sido estrujados y maltrechos entre apretones y abrazos de los compañeros que han sido relevados de la línea de fuego y creían perdidos para siempre a estos dos camaradas.

Un susto y una retirada que todos estamos deseando convertir en un energético y glorioso avance.

12 Enero 1937

En la Ciudad Universitaria y Pozuelo.—Estrechando el cerco a los fascistas.

“Ya escampa el chubasco”, decía un necio, y caían chubascos de punta. Así dicen algunos “colegas”, que ven las cosas que ocurren desde el centro de Madrid. Decía yo ayer, y repito hoy, que nuestro avance por el noroeste sigue implacable, sin dejar respirar al enemigo, a pesar de la crudeza del tiempo. Además del Cerro de los Gamos, entre el bosque Remisas, cerca de la estación de Pozuelo, que dice el parte oficial de anteayer, ayer se le ocupó al invasor parte del bosque y terrenos del término de El Plantío, que son para nosotros muy útiles y provechosos para nuestras comunicaciones.

Atravesando el bosque de marras, donde los milicianos de una guardia pensaron que yo fuera un jefe alemán y por poco me “zumban”, he visto la manera de avanzar segura, aunque no rápida, de nuestros muchachos. Un enlace del batallón me indica por dónde puedo llegar sin gran peligro a las avanzadillas de las fuerzas nuestras. Como el terreno me es desconocido, aunque no el punto que me indica este enlace, prefiero interrogarle y descansar de mi “avance” a través del monte, que si mi escolta—muchachos jóvenes—soporta con facilidad, a mí me sofoca de verdad, ya que voy cargado como un “mierdeira” con mi corraje y cartucheras, la máquina fotográfica, los prismáticos, la pistola y el fusil, que me aprietan y me cansan hasta hacerme sudar.

Pero todo lo paso con tal de poder contar a mis lectores lo ocurrido sobre la marcha y en el terreno de la acción, que da amenidad a C. N. T. y entera a todos de la verdad que interesa conocer.

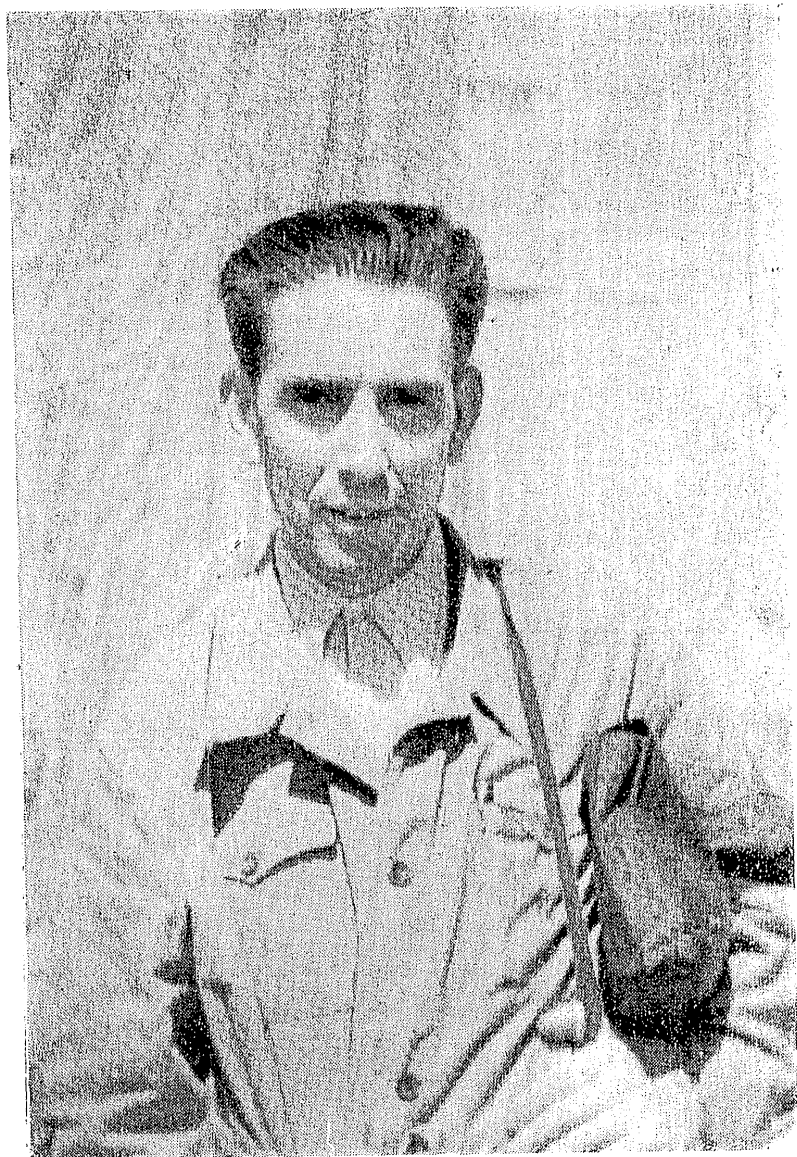
El joven enlace ciclista me mira como queriendo saber quién soy, y, cuando se entera, abre su confianza y me cuenta odiseas sufridas, peligros, y, sobre todo, humorísticamente, las ansias que tiene de cazar a un "boche" para apoderarse de su chaquetón de cuero forrado de piel, que no le vendría mal a él.

Confiesa que, después de llevar un parte, a la vuelta, sin prisa, se salió del camino y, llevado de su deseo, dejó la máquina escondida, y, a gatas, se internó en un matorral por donde sabía acampaban los alemanes, dispuesto a esperar si un "boche" se ponía a tiro de su fusil y le zumbaba, "requisándole" entonces las botas superiores y el magnífico cuero, del que estaba deseoso hasta la obsesión.

—Pero si tú llevas un buen cuero —le digo—. Si no es por ambición, compañero —me contesta—, es que deseo tener un cuero de un "boche" para guardarme éste y usar el conquistado y para entrar con él puesto en el cuartel para que se animen a cazar otros cueros los compañeros. Reíamos todos la salida, cuando el tableteo de las ametralladoras, que pronto comprendimos son las nuestras, nos hacen poner atención.

Pronto lo averiguamos: son los "boches" que han querido sorprendernos emplazando un mortero en una trinchera de la vía del tren y han sido descubiertos por nuestros muchachos que tumban a tres de ellos y los hacen enseñarnos los talones al emprender la huida a los restantes; cuando las avanzadillas nuestras hacen un reconocimiento, encuentran a un "portugués" muerto junto al mortero y demás elementos, que era la carga que le correspondía en su vida de acémila.

Después, la noche extendió su manto negro nimbado de niebla y los muchachos se prepararon a resguardarse de la escarcha como mejor pudieran, esperando, vigilantes, el momento del amanecer el día para seguir su resolución de atacar.



FELICIANO BENITO
Comisario Inspector del Ejército del Centro

* * *

Esta mañana he estado en el sector del Parque del Oeste viendo el avance de ayer de nuestros muchachos. El Palacete, el Templete, la Cascada que conocemos todos los hijos de Madrid, me parecían nuevos, de otra manera, qué sé yo, algo desconocido para mí, porque la alegría no me dejaba ver bien.

Cuando estalló la mina que los nuestros han puesto para hacer saltar el Hospital Clínico, el estampido fué tan espantoso que los facciosos que había en el Paseo de Camoens y en el de Ruperto Chapí, en el Parque del Oeste, salieron huyendo, y los nuestros en el avance les tomaron cinco ametralladoras, un mortero, armas, municiones y otros efectos de guerra.

En la Ciudad Universitaria se ha tomado la Casa de las Oficinas, y trincheras de importancia.

Todo va bien, aunque no lo de prisa que anhelamos los que deseamos termine el empobrecimiento económico de España.

15 Enero 1937

Nuevos combates en el Parque del Oeste.

El enemigo prepara un ataque jugándose todo su esfuerzo para entrar en Madrid. Anoche, con la desesperación que da el tener que atacar empujado por las ametralladoras que les enfilan y fusilan si no avanza, los mercenarios de Franco quisieron reconquistar las posiciones perdidas en el Parque del Oeste el día anterior. Se les ve que sólo por la amenaza de ser fusilados atacan.

Lo ocurrido lo explicó un "terciario" prisionero:

El jefe que les mandaba, un comandante, tenía la orden escrita y repetida de palabra de que la fuerza que llevaba tenía que tomar las posiciones perdidas, a todo trance, costara lo que costara. Observadoras implacable de lo que ocurriera, serían tres ametralladoras puestas sobre las tapias de la Casa de Campo que nada podían hacernos a los leales, puesto que nuestras posiciones no podían ser batidas.

Cuando empezó el ataque con toda arma, incluso con artillería, que no nos causó daño alguno, se veía a los que avanzaban a través del bosque que con sus morteros y ametralladoras nos querían hacer dejar nuestras trincheras para así ocuparlas ellos sin gran esfuerzo; nuestros muchachos, admirablemente parapetados resistieron el desesperado ataque faccioso y contestaron con bombas de mano y disparos rápidos de toda arma, haciendo al enemigo numerosas bajas y obligándoles a variar la dirección del ataque para que dieran frente a donde a nuestro mando le convenía.

Logrado esto y encauzado el ataque contra la parte que deseábamos, nuestros cañones hicieron un estrago

terrible entre el enemigo, que se vió obligado a huir a pesar de saber que sus propios amos les esperaban para asesinarlos.

Nuestros muchachos recogieron después del combate a los heridos enemigos que pudieron, y al amanecer de hoy hemos podido ver el cuadro terrible de numerosos muertos, no sólo en el sitio de donde pudieron llegar y les hicimos retroceder, sino fuera ya del alcance de nuestros fusiles por la situación del terreno. Sumada esta visión a los gritos oídos anoche y los metrallazos que duraron buen rato escuchamos, nos permite dar crédito a los informes (censura) constatando que la desesperación en el campo enemigo es tal (censura).

El ataque enemigo de anoche se barruntaba desde por la tarde a pesar de que nuestra artillería estuvo impidiendo con sus certeros disparos las concentraciones que querían formar los grupos enemigos.

Cuantos prisioneros caen en nuestras manos todos dicen lo mismo; si no logran el objetivo, son fusilados.

Nosotros no cesamos de decir a nuestros enemigos, que lo sean forzosos, que se pasen a nosotros y termine el infierno fascista para ellos.

16 Enero 1937

Fracasan los terribles esfuerzos fascistas para hundir nuestro frente por la Ciudad Universitaria.

Los muchachos que ocupan las trincheras que rodean la Ciudad Universitaria tienen que pasar la noche pegados a los agujeros de sus parapetos, oteando en la oscuridad hasta que la vista se acostumbra a ver casi con la misma intensidad que los ojos de un gato.

Sobre todo, los compañeros que ocupan la parte Este de la Ciudad tienen que afinar el oído, porque allí es el único sitio que puede pasar el enemigo, y precisamente es donde hay que evitarlo.

Nunca será bien ponderado el esfuerzo de las fuerzas que guardan este sector tan peligroso, y por esto merecen que se les trate con toda consideración, dándoles el café y la comida lo más calientes posible, ya que tan larga es la trinchera que toda precaución es poca para que el alimento llegue caliente al último puesto.

El Mando va disponiendo la voladura metódica de los diferentes cuerpos del edificio, porque la voladura total, de una vez, no sería posible, además de suponer un peligro para la población cercana a ese sector, habitada aún, a pesar de todas las disposiciones y órdenes. En cada voladura, ¿qué duda puede haber de que bajo los escombros quedan numerosos enemigos, imposible de saber su número exacto puesto que los enormes bloques del edificio caen como montañas?; y, por otra parte, nuestros muchachos bastante tienen con su servicio permanente para dedicarse a desescombrar cascotes que para nada les perjudican, sino todo lo contrario.

Cada trozo de edificio del Hospital Clínico destruido nos deja ver sus entrañas, e impide que el enemigo en-

cerrado en él ocupe posiciones que antes eran excelentes en estrategia, en comodidad y en defensa para ellos, pero, ¿no sería posible hacer que la voladura termine con la verdadera defensa del enemigo: los sótanos? En ellos se guarece en el momento más crítico y peligroso para él.

Cuando nuestros muchachos, decididos, en sus ataques llegan a entrar dentro del edificio, pasado el momento del ataque vuelven a sus posiciones de antes, después de infligir un duro castigo a los facciosos, pues facciosos y no extranjeros son casi todos los que ocupan el edificio, como último refugio de los vendidos en la ciudadela de los generales traidores. Como el enemigo tira con bombas de mano y balas, ni que decir tiene que nos causa bajas, aunque mínimas en proporción de las que les causamos nosotros; y ahí iba mi artículo de ayer, tan maltratado, sin merecerlo, por el censor; decía yo, y deseo—este deseo está en el ánimo de todos los que luchamos de verdad—terminar cuanto antes con ese peligro del Hospital Clínico, que nos entretiene ya demasiado tiempo y nos cuesta bajas y cañonazos que pudiéramos ahorrar.

Así, como este pensamiento mío, piensan —me consta— jefes, oficiales y soldados, sin excederse en lo más mínimo en comentarios.

* * *

Ayer noche estuve cerca, muy cerca de Las Rozas y disfruté largamente, enormemente, hablando con los muchachos del Batallón A, que, valientes, desde el primer día de los ataques de los “boches” están resistiendo las tarascadas con éxito variado del enemigo. Con verdadera minuciosidad me cuentan y entretienen con alardes de heroísmo que no me los deja decir el censor a pesar de la elevación de ánimo y contagio de valentía que supone el darlos a conocer.

Allá va uno presenciado por mí, con permiso del lápiz. Ciento cincuenta muchachos del Batallón A. B., se encuentran en situación apurada; se han retirado las demás fuerzas nuestras que enlazaban con ellos y su enlace no ha podido llegar a tiempo a comunicarles la orden de retirada por haber sufrido un accidente.

Los ciento cincuenta muchachos se defienden como vulgarmente se dice, como "panaderos"; el enemigo no logra avanzar un paso, pero los va rodeando dejándoles un paso que les es imposible ocupar a pesar de sus ataques; ese paso es la salvación de los de A. B., el último recurso para caer antes que entregarse. De pronto una bandera blanca agitada por un sargento enemigo pide parlamento y dicen a voces, ¡no tiréis; queremos pasarnos a vosotros toda la compañía! Por unanimidad rara entre los ciento cincuenta hombres que se ven combatidos, uno, sin consultar con los demás, se quita el pañuelo rojo del cuello, lo atá a su fusil y moviéndole en sentido negativo dice, ¡no!, ¡nunca! (palabra muy usada entre los panaderos), y todos a una repiten, ¡no!, ¡nunca!, y hacen fuego desesperadamente contra los que a la sombra de la bandera blanca, en momentos tan difíciles les querían, sin duda, traicionar.

Después, se retiraron como pudieron pero no dejando un herido en poder del enemigo. Tuve la satisfacción de abrazarlos, si no sanos del todo, por lo menos salvados de aquella situación tan llena de dolor.

Hoy, esta mañana, he tenido ocasión de ver cómo la audacia de unos muchachos llenos de valor, retiraba de fuera de nuestros parapetos a dos compañeros muertos en uno de los ataques de ayer.

¡Y con qué cariño los traían, una y otra vez, exponiéndose a los disparos enemigos que podían acabar con ellos!

Los "destripacerros" del Batallón de Fortificaciones.

"Compañeros, ha sido herido uno de los nuestros construyendo una trinchera, ¿queréis llevarlo en vuestro coche al puesto de socorro?"

Nos han parado en la carretera un grupo de luchadores sin uniformar, sin armas, sin apariencia de combatientes y sin semejanza a ninguna de las milicias que luchan en el frente. Sin embargo, en el frente estamos, en el frente ha sido herido este camarada que nos acompaña lleno de sangre y de dolor; hablo con los que lo trajeron, me dicen dónde están con sencillez, como quien no da importancia a su trabajo, a su sacrificio.

Regreso de llevar al mal herido y les visito.

Un balazo, luego otro y más, pegan a pocos pasos de nosotros; una decena de hombres ocultándose tras montones de tierra que forman ellos mismos, hincan sus picos sobre el terreno y empuñan las palas desahogando las zanjas de la tierra que las ciega. Un mortero del enemigo nos hace escondernos en los agujeros que después de contruídos, serán seguros refugios para los combatientes.

Más tiros de fusil; ahora tabletea la ametralladora que no permite a ninguno de nosotros asomar la cabeza fuera de la trinchera. Los fortificadores que allí están preparando trincheras, parapetos y refugios, para los combatientes que las ocuparán en momento oportuno, no tienen más armas que sus herramientas, no son hombres de combate, sino de construcción; sin embargo, contribuyen con su sangre, con sus vidas al terrible tributo de

la guerra por la libertad, al triunfo de la Revolución Social.

Yo gusto el visitarles en sus peligrosísimas líneas situadas delante de las avanzadillas; y hay que estar con estos compañeros, verlos dar los primeros picotazos en la tierra sin protección alguna y teniendo que trabajar tumbados sorteando y aguantando los balazos enemigos sin protección alguna, porque no llevan fusiles; ¿para qué diablos pueden quererlos si ellos van a pelear de otra manera que nosotros? Ellos van a soportar todo hasta caer si es preciso, pero van a preparar el avance de unos kilómetros más, o de unos metros más solamente, a los que luego seguirán jugándose la vida para conservar el trabajo de sus compañeros, hecho para evitar que el enemigo lo tome.

El otro día vemos en pleno monte a los "destripacerros" atacar con furia y a toda prisa el terreno blando y húmedo entre los carrascos; de repente, dejan los picos y palas y se extienden por el monte tumbándose en el suelo; no hubo que preguntar nada, los síntomas eran tan indicados, que sin mirar al cielo, con sólo escuchar, aunque nada se viera, se sabía que encima de nosotros, la aviación enemiga preparaba su crimen.

Imitamos a los compañeros fortificadores y no habíamos extendido nuestra humanidad en el suelo, cuando siete terribles explosiones, abrieron imponentes embudos en la tierra destruyendo encinas seculares y destrozando carrascos llenos de fruto, del que gustábamos a nuestro paso.

Pasado el peligro, sentados en el suelo nos miramos y palpamos; no faltamos ninguno; tampoco hay heridos, pero algo más lejos los compañeros del batallón de fortificaciones corren hacia un barranco; corremos también nosotros y cuando llegamos, un pobre compañero nuestro, que no tuvo la suerte que nosotros, yace casi deshecho; le ha tocado una bomba que cayó en el barranco en

sitio más bajo que el compañero eligió para salvarse. No hubo necesidad de auxilio para el desdichado.

—¿Cómo se llama? ¿Dónde vive? —pregunto—. Nadie lo sabe. Le conocían de trabajar con él, y bajo el nombre de “compañero, compañero”, que tanto se ha generalizado. Un anónimo ha dado su vida oscuramente a la causa de la libertad.

Abajo, en la carretera, la ambulancia sanitaria espera la llegada de heridos. Llega mi “destripacerros” herido en un costado ayudado por otro compañero que le sostiene; ambos traen los picos, su herramienta, su arma. Como un herido combatiente defiende su fusil, éstos defienden su herramienta.

El herido es acomodado para conducirlo en el coche; el compañero que le ayuda, sucio de sangre, pide le permitan acompañarle, y más ahora, que le entregan el pico del herido y no puede caminar con el peso después de las horas que ha tenido que venir a campo traviesa con el herido a cuestas. Los compañeros sanitarios se niegan a complacerle; nadie que no esté herido puede ocupar un lugar en el coche-ambulancia; el compañero, fatigado, maltrecho, castigado con el peso de las dos herramientas, ruega, disputa; los sanitarios se incomodan, intervingo yo para evitar que se acaloren y, cuando el compañero, convencido, inicia la retirada, da un grito y cae al suelo; le levantamos y vemos, terriblemente impresionados, que de su rodilla izquierda mana, con borbotones peligrosos, la sangre, que empieza a cuajar en el suelo.

El puesto de socorro le cura, y, acondicionado con su compañero, parten en el coche-ambulancia hacia el hospital.

Un cabo de Asalto que presencié todo, dice, entre humorista y sentimental:

—Se ha salido con su deseo el hombre; le han llevado en el coche-ambulancia hasta Madrid...

* * *

Ayer, en el monte de El Pardo —no en el pueblo, como informaciones incompletas hacen creer a los alarmistas—, el enemigo atacó. Otro intento que no les vale más que para perder hombres, unos que les tumbamos y otros que les dejan, pasándose a nosotros. Precisamente cuando más llovía, por la tarde, estábamos mis muchachos y yo repartiendo jerseys entre los compañeros del batallón Toledo, de la C. N. T.

No hubo más.

27 Enero 1937

Audacias de los impacientes.—Fantasía andaluza.

Los muchachos parecen ranas esperando que salga el sol; los parapetos imposibles de ocupar han sufrido una transformación debido a la inventiva individual; han surgido espontáneamente como las setas, una cantidad enorme de ingenieros de carreteras, canales y puentes y de cada sector, si la quietud dura mucho, van a surgir nuevas ciudades, admirablemente canalizadas.

Un muchacho, andaluz por más señas, ocupaba un parapeto admirable, orgullo de arquitectura, incluso árabe, y claro, estaba orgulloso de ser él su propietario (la propiedad es un robo, pero esta clase de propiedades están fuera de toda catalogación), pero cuando ha llegado este temporal de lluvias, su admirable parapeto, construido sólo con tierra y ramas de carrasco, haciéndole parecer un bello parador, más que un nido de balas, se le ha venido al suelo dejándole al descubierto. Y lo que es peor, además de no haber más remedio que reconstruirle, hay que hacerlo desde la parte de fuera, a cien metros de las posiciones enemigas y exponerse a los tiros de los alemanes que no entienden de arquitectura ni de delicadezas.

La fantasía andaluza se ha dejado ver y nuestro compañero ha logrado lo que quería y no le ha pasado nada. Ni un tiro le han disparado los "boches" en la media hora larga que le ha durado la reparación resistente de su parapeto. Para engañar a los "boches", codornices sen-

cillas, se ha disfrazado de árbol, de carrasco, que son los árboles de ese monte, cubriendo su cuerpo de ramas. Con medio carrasco bajo el brazo saltó anoche fuera del parapeto, clavando fijamente en el suelo, la rama frondosa frente a su parapeto; a los lados, como si fuera la continuación de la trinchera, unos montoncitos de tierra.

Hoy, bajo el diluvio que ha caído durante toda la mañana, el muchacho, con la ayuda de sus compañeros, ha salido fuera del parapeto vestido de carrasco; su espalda era una verdadera encina, hasta con bellotas, y teniendo las manos libres ha empezado a construir su parapeto desde la base a un bello minarete con que lo ha hecho más interesante y más nuevo. Después de bien terminado, a prueba de agua, había que probarlo para saber si también estaba hecho a prueba de balas, y con gran sorpresa de las "codornices sencillas", el carrasco que a ellos no les había hecho sospechar nada, saltaba dentro del parapeto y el otro carrasco fijo en el suelo se alejaba a rastra de su punto, acercándose a la trinchera hasta que desaparecía dentro, desde donde nuestros muchachos, interesados todos en la obra de uno, tiraban de una cuerda con la que el carrasco vivo había atado al carrasco muerto para una vez no necesitándole, quitarle de delante del parapeto para poder ver con claridad.

Los "boches" pensaron que todo aquello tenía algo de sobrenatural y empezaron a tocar las castañuelas disparando su chocolatera contra el parapeto.

Detrás de él, todos nuestros compañeros comprobaban con afán de técnicos si las balas pasaban a través del parapeto y no habiendo pasado ni una, proclamaron el más insigne ingeniero de trinchera al audaz andaluz que tan bien supo burlar al enemigo.

Después yo, saqué mi telégrafo de "honda", que no suelto ni aun cuando duermo, y me dediqué a lanzar a la trinchera "boche" la revista "Libertad", en alemán, que

me envían en paquetes los antifascistas alemanes de Barcelona y que yo reparto en la Columna Internacional. Los mensajes eran recibidos sin novedad por sus destinatarios y veíamos claramente con qué avidez leían su prosa revolucionaria y antifascista.

28 Enero 1937

Un esfuerzo más, y dominaremos todo el Parque del Oeste.

Se ha dado cuenta en la prensa de la victoria de nuestros muchachos en la madrugada del viernes, en el Parque del Oeste.

Anoche, a eso de las ocho, el enemigo contraatacó por el Parque del Oeste, queriendo reconquistar las posiciones perdidas por la madrugada.

Precisamente, decía yo hace varios días en un artículo, que el sargento Acha, de las Milicias Vascas, se portó muy bien con sus muchachos por este mismo sitio; que cuantos contraataques intenten por ahí nuestros enemigos, se convertirán en terribles castigos para ellos, porque sin conseguir nada perderán numerosas bajas.

Anoche se volvió a ver lo que afirmo. El enemigo, obligado sin duda por la represión que hacen sobre ellos los requetés y los de Falange, atacó violentamente en la creencia de que sería eficaz su ofensiva; pero se equivocó de medio a medio.

Nuestros muchachos, que les gusta la actividad, y en este sector la actividad es la norma, están muy contentos, pues aunque el agua les empapó hasta los huesos y el barro les clava en el suelo de las trincheras, sabiendo que van a tocar los fusiles un pasodoble de avance, nada se nota; la mojadura es como un baño ruso y el barro algo así como andar por la Gran Vía en día de "sirimiri" madrileño.

Pues anoche ocurrió eso; el enemigo atacó pensando sorprendernos como les ocurrió a ellos, y bastó un cohetazo para que los nuestros, sin tener que salir de los parapetos, zumbaran de tal manera a los atacantes, que les hicieron escapar más que a paso.

Como la vigilancia que nuestros muchachos ejercen por todas partes, es muy rigurosa, el tiroteo se extendió a todo el sector y durante tres horas los madrileños habrán pensado que se hundía el mundo. Fué tan sólo el ataque por el Parque del Oeste, porque ya llevaba el enemigo pensado lo que tenía que reconquistar, por ser posiciones muy conocidas.

Mal va el asunto para los facciosos; ya no les queda en el Parque nada más que una pequeña trinchera donde cubrirse antes de hacerles cruzar la carretera y tirarles al río de cabeza, y el mismo río, en estos días, es un peligro enorme para ellos, porque rebosan las aguas la pasarela que les permitía cruzarlo. De ahí el afán enemigo de pasar a todo trance y querer recuperar lo perdido por ese sitio. Un empujón más y haremos desaparecer el tapón del Puente de los Franceses y podremos pasar por la carretera de La Coruña sin cuidado alguno y el vecindario madrileño podrá bajar desde el paseo de Moret y Rosales al paseo de Camoens a curiosear dónde estuvieron nuestras trincheras, y se darán perfecta cuenta del verdadero peligro que hemos corrido.

El Batallón de Artes Blancas, compuesto por compañeros de mi Sindicato, se han portado admirablemente; como siempre, la acción directa es el alma de la lucha de los obreros panaderos. Podremos tener divergencia en cuanto a ideario, pero en el momento crítico de jugarse el pellejo contra el capitalismo o contra el fascismo, todos a una.

¡Prepararse, muchachos! Hay que echar definitivamente al enemigo del Parque del Oeste. Un empujón y se les tira de cabeza al río y como el Manzanares viene ahora corajudo, no les permitirá pasarlo y aprisionándolos los dejará ahogados en las riberas del canal, para pasto de las ratas.

¡Adelante!

Entre combate y combate.—Historia de un perro de las trincheras.

Esta mañana he tenido un disgusto muy gordo. Advierto, antes de seguir con este hecho rigurosamente cierto, que no pertenezco a la Sociedad Protectora de Animales, pero que no me gusta hacer mal a ningún animal útil.

Los perros fascistas, esta mañana a la hora de su relevo han matado al perro "Franco". ¡Qué pena! Un "lulú" precioso, inteligente, tan comprensivo, tan servicial, que le habíamos ascendido a jefe de estafeta de las trincheras y cartero rural tan experto, que no sólo no se le perdía una de nuestras cartas, sino que como un "continental" traía la contestación, sin exigirte propina, sin darte una mala contestación, sin abrir las cartas, nada que pudiera hacer un hombre perro cuyas intenciones fueran perras.

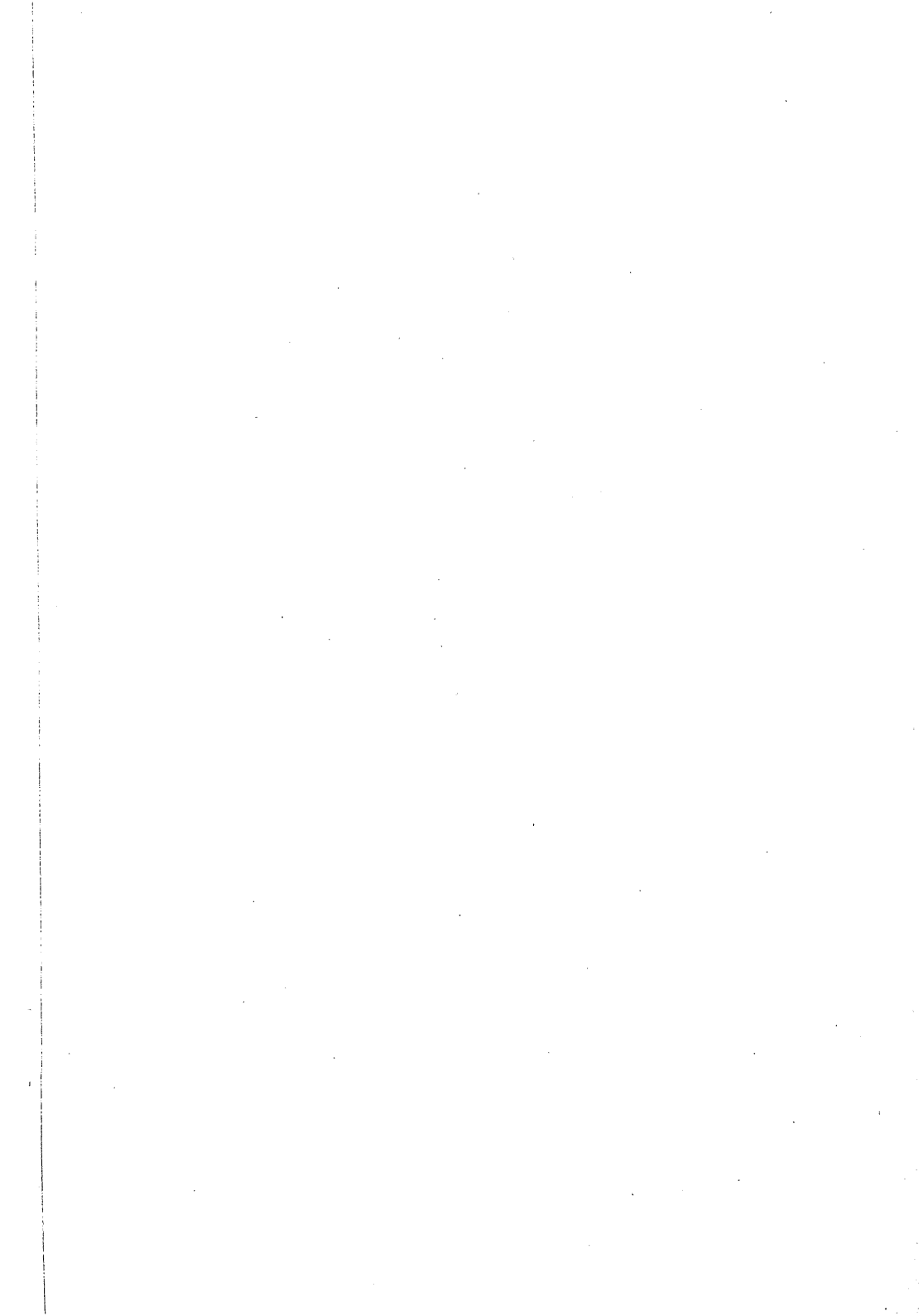
Pero, ahora me doy cuenta que no hice la presentación del personaje de la tragedia de hoy, animal conocido de los lectores de nuestro diario de Valencia, "Fragua Social" y sobre el cual escribí una crónica perfectamente merecida.

"Franco" era un perro de trinchera que tenía sentimientos humanos, mucho más que sus amos los fascistas, y por eso le han fusilado esta mañana. "Franco" era un "lulú" de lujo, de largas y bien cuidadas lanas, que aparecía condecorado con cintas monárquicas, de manos sobre la trinchera, pidiéndonos noticias diariamente y



COMANDANTE MIGUEL PALACIOS

Jefe de la 5.^a División, a la que pertenece la heroica brigada 39,
de brillante actuación en la Casa de Campo y El Pardo



preguntando con interés si teníamos algo de comer para él, y pedido con tanta política, claro que le dábamos de comer tirándole pedazos de carne y queso que siempre cogía bajando a la trinchera a comerlo, perdiéndose de nuestra vista mientras le duraba el yantar. Esta actitud nos hizo sospechar que algún fascista tuviera enseñado al perro a pedir y que lo conseguido no se lo comiera el perro solamente, pues nuestros "vecinos" pasan un hambre que se les cae el pelo.

Determinamos tirarle carne atada a un hilo fuerte, en el centro del terreno, entre las trincheras, para que saliera y lo comiera allí; salió fuera, cogió la carne y marchó hacia su trinchera; pero cuando fué a saltar dentro tiramos del bramante y la carne se le fué de los dientes. El animal, sorprendido, tardó en explicarse lo ocurrido y repitió la suerte, con el mismo resultado para él. Por fin, comprendiendo, se decidió a comerlo fuera de su trinchera, y un día más cerca y otro más, terminó por acercarse tanto a nosotros que un castizo de los barrios bajos que fué "perrero" le echó el lazo y lo metimos con nosotros en los parapetos, dándole de comer y beber bien; tabaco no, porque no fumaba. Le quitamos todos los cintajos y le pusimos una corbata roja y negra con un recuerdo cariñoso para su tocayo el traidor, y le soltamos hacia su trinchera.

Desde ese día "Franco" era más nuestro que de los fascistas. Le hicimos un "trajecito" con grandes bolsillos laterales, y en ellos enviábamos la "correspondencia" a nuestros "vecinos" de "azotea" a treinta metros de distancia. El noble, inteligente y buen animal, iba y venía, cumpliendo rectamente en el cargo de jefe de la cartería única que habíamos montado en este lado del río. Nadie hubiera osado entre nosotros disparar sobre "Franco", que desde el día que le bautizamos solemnemente, atendía por este nombre como si se llamara así.

Cuando había que tirotearse la "vecindad" por desar-

monías de corredor, "Franco", con las orejas tiesas, inquieto y tembloroso, se quedaba dentro de los parapetos de la "casa" donde estuviera; a nosotros, cuando esto ocurría, parecía preguntarnos con sus ojos, rojos como un rubí: ¿pero qué pasa en el patio para que os peguéis?

"Franco" han querido llevárselo algunos nuestros, egoístas, para ellos, y se ha defendido a mordiscos por quedarse con todos en la trinchera. "Franco" nos ha prestado excelentes servicios, incluso indicándonos dónde había heridos después de una "bronca" de "vecindad".

"Franco" era el animal querido como un ser humano, que viviera entre nosotros como un combatiente más.

Ayer tocaba relevar a los miserables al servicio de la traición, nos lo habían dicho ellos por conducto de nuestro excelente "cartero rural", y de viva voz, nosotros por "correo" perruno y por telégrafo de "honda" les habíamos pedido el perro, hasta llegar a ofrecerle veinte duros al amo del animal, para que lo dejara entre nosotros; se negó a complacernos. Esta mañana "Franco" estaba con nosotros y escuchó el silbido peculiar con que le llamaba su amo, y desprendiéndose de nuestras manos saltó fuera del parapeto y cruzó rápido el "corredor".

Segundos después oímos unos disparos de pistola y el chillar dolorido del animal. Alarmados preguntamos a voces: ¿Qué pasa? Uno nos contestó que el perro no quería marcharse con su amo y éste había matado al animal.

¡Protestamos! Un segundo después, unos brazos "perrunicidas", lanzaban el cuerpo ensangrentado de "Franco", inerte, al terreno neutral, donde vivió.

¡La que se armó, compañeros! Nos liamos a tiros con los asesinos de "Franco"; nos contestaron; nuestros muchachos querían salirse fuera y traer por las patas al autor del crimen.

Media hora duró el fregado y nosotros, que no sufri-

mos ni un arañazo, tuvimos la satisfacción de vengar a "Franco", pues les hicimos siete bajas vistas a nuestros "vecinos".

¡Qué lástima no se decidieran a hacer lo mismo con el otro Franco, el traidor que está ensangrentando a España!

4 Febrero 1937

Tres meses de lucha.—Las trincheras de Usera en Noviembre.

Hoy es un día que marca una fecha gloriosa en la historia del proletariado madrileño.

Hoy hace tres meses, el pueblo armado de escopetas, fusiles, pistolas y bombas de mano; sin un mortero, sin ametralladoras, sin cañones, sin uniforme, sin militarización, sin mando único, sin otra consigna que el pelear por la libertad contra el fascismo, legiones de hombres, entre los que había unos doscientos marinos voluntarios, sin jefes, sin órdenes, incontrolados también por el mando, contribuyeron poderosamente a parar los pasos de Franco.

Estaba yo en el frente de la Alcarria, en una lucha de retroceso que ninguno de los combatientes comprendíamos, y al enterarme del peligro inminente de mi Madrid querido, recogí a mis muchachos y nos plantamos aquí el día 6 de Noviembre, dispuestos a morir antes que dejar pasar al enemigo.

El día 7 pasamos la primera noche en la trinchera que, de prisa y corriendo, se abrió a través de los terrenos del barrio del Carmen. Noche terrible de dudas, de ansias, de emociones, de miedo —¿por qué no decirlo?— entre los centenares de “incontrolados” guerrilleros bisoños, que no habían tirado un solo tiro en su vida, que no conocían el manejo del fusil y que en sus manos era un peligro para los que ocupábamos la trinchera. Tuve que

hacer de instructor de armas, enseñarles a disparar y cargar hasta que aprendieron.

Por la mañana del día 8, el enemigo, confiadísimo en que su paso por el puente de Andalucía sería cuestión de minutos, avanzaba parsimoniosamente con sus tanques en vanguardia.

Una rociada de metralla nos estuvo enterrando en las trincheras, que iban quedando llanas como una senda. A sesenta metros de nosotros, las pobres casas de los trabajadores del barrio Usera volaban destruidas, como si fueran de cartón, por la artillería fascista. Mil hombres de todas las edades, armados como pudieron, sin tener quien les atendiera en las municiones, sin camillas para evacuar heridos, sin hospitales de sangre, con la duda horrible de si se salvarían, pero con la convicción absoluta de morir combatiendo al fascismo, estábamos tumbados en el fondo de la trinchera, que ya no era más que montones de arena.

Terminó aquel infierno de metralla que nos había impedido disparar un solo tiro, y nadie, ninguno de los combatientes "incontrolados" pretendió salir fuera de las trincheras para escapar. Tres tanques avanzaban lentos, levantando pelladas de tierra alrededor nuestro con sus disparos de ametralladora. Nosotros, agazapados, silenciosos, esperábamos sin saber en realidad qué esperábamos. Suena un tiro de nuestras filas y, como si nos valiera de timbre de llamada, despertamos y, apretando los fusiles, nerviosos, sin apuntar apenas, empezamos a descargar tantos tiros que a los facciosos debió parecerles que éramos un número triple al real; y pararon su avance.

Seguido de los míos, salí fuera de la trinchera, corriendo hacia una casa aislada en el campo, donde un grupo de compañeros se defendía. Desde allí disparamos hacia la "cola" de los tanques, logrando hacer huir a los fascistas que, protegidos, acompañaban a los carros

de asalto, prontos al ataque. Los tanques quedaron solos, aislados; y, temiendo la audacia de los "incontrolados" —capaz de cualquier heroísmo— retrocedieron hasta la Huerta de los Almendros, donde esperaron, sin dejar de disparar contra nosotros.

Volvió a tronar la artillería enemiga sobre las casucas de Usera, convirtiendo el barrio en unas ruinas. Aprovechamos el descanso para comer lo que podíamos, para dormir al aire, bajo la explosión de los obuses, sin enterarnos; el enemigo, por aquel día, no parecía tener intención de atacarnos.

Cuatro compañeros de los Carabancheles llegan a nosotros pidiendo un centenar de hombres. Atravesando los altos de Usera, cruzando el barrio de los "Dos Amigos", nos internamos en Carabanchel Bajo. En el límite de Carabanchel Alto, unos bravos que no llegarían a ciento, impedían desde las casas el paso de los tanques por las calles.

Se abrían comunicaciones de casa a casa, de las casas a las calles, y lo contrario; desde las ventanas, troneras improvisadas sin sacos terreros, que suplían los colchones que encontrábamos, para parapetarnos, hubo que contener a las Banderas del Tercio que, como brazo de mar que arrastra todo, luchaban por tomar las casas. Las bombas de mano del enemigo —nosotros no teníamos ninguna aún— abrían gran hueco entre los nuestros. Pero no importaba; nosotros también hacíamos estragos en sus filas; los muchachos carabancheleros, conocedores de los rincones callejeros, caían sobre los del Tercio y los abrazaban.

¡No pasaron, no, ni ellos ni la guardia civil! Con sus tricornos odiosos tenían la virtud de exaltar nuestro valor hasta el infinito.

Nuestros tiros eran dirigidos especialmente a esos mercenarios del capitalismo; su hitoria negra, tétrica, con crímenes tan terribles como recientes; su linaje de ver-

dugos serviles al capital, hacían que, cada vez que caía uno, sin poder reprimirnos, decíamos: "¡Toma!" "¡Caíste, hijo de perra!"

.....

Y los dejamos al fin de la jornada tan parados, sin dejarles avanzar como a sus compañeros de traición en el barrio del Carmen y en Usera.

¡No pasaron, no! ¡No pasarán tampoco!

El pueblo, los combatientes "incontrolados", supieron dar cima al corte de un avance que pudo costar la esclavitud del pueblo a una casta maldita y odiosa de militares traidores.

¡Glorioso día 8 de Noviembre de 1936!

Tú serás señalado en la historia de las luchas del pueblo por su libertad.

¡Heroica e invicta Villa de Madrid, madrileños!

¡Viva el Pueblo!

7 Febrero 1937

Reconquista total del Parque del Oeste.

Por necesidad de ajuste de nuestro periódico y terminar mi trabajo informativo después del mediodía, no pude, en mi crónica de ayer, dar el resultado del ataque de nuestros muchachos en el Parque, consiguiendo el objetivo completo, como se propuso el mando, y como se previó desde un principio, dada la actividad de nuestros milicianos, que con una sagacidad de veteranos, supieron sorprender al enemigo y asaltarle antes de darle tiempo a prepararse y menos a reponerse de su sorpresa.

Nuestros muchachos, todo dinamismo, siguieron tumbados sobre la humedad del Parque el tiempo que estimó necesario el mando. Algunos de los asaltantes se hacía difícil el verlos por su inmovilidad absoluta, que les hacía confundirse con el suelo; otros, tumbados en la misma senda, con sus uniformes caqui parecían pequeños montones de tierra en medio del paseo; otros, más inquietos, se revolvían en el suelo, buscando mejor postura a su quietud, pero todo dentro de un silencio absoluto.

Nuestras ametralladoras y morteros seguían zumbando de lo lindo, haciendo saltar en pedazos el tejado de la Fundación Del Amo, hasta hacer retirarse de sus parapetos el enemigo del interior. Con esto ya estaba preparada la tranquilidad del avance, para que nuestros muchachos no tuvieran bajas, o las menos posibles.

Pero al filo del paseo de Camoens, en su vuelta, en cuesta hacia el Puente de Castilla, paralelo al Puente de los Franceses, por debajo de él, hay un edificio conocido por la Casa del Guarda. Nuestra Artillería se veía imposibilitada de zumbarla, porque tenía que disparar por elevación y a cien metros del objetivo están nuestros mu-

chachos, que guardan admirablemente el Puente de los Franceses, hasta el extremo de no permitir que a tiro suyo pase ni una rata.

En esta situación, la Casa del Guarda había que tomarla a pecho descubierto. Dentro de ella, desde el día del primer ataque al Parque, había una partida insurrecta, que con sus ametralladoras malograban todo ataque de conjunto por ese lado, porque al subir la loma donde está situada, barría rápidamente a nuestros muchachos.

Tuvieron que ingeniarse éstos para tomarla, pues el deseo se convirtió en tesón y toda la voluntad se unió para conseguirlo. No por un ataque en masa, que aunque hubiera logrado el objetivo, habría hecho caer a los nuestros como chinches bajo una zapatilla, sino cautamente, ladinamente, sorprendiendo al enemigo para que fuera él el castigado. De ahí la forma del ataque de ayer y las horas que se invirtieron hasta lograr lo que se pretendía.

Nosotros seguimos a esta juventud triunfante porque el corresponsal de guerra que quiera serlo de veras, tiene que ser un combatiente más; sólo así puede sentir la emoción del peligro y trasladar a las cuartillas, después, sus bellas emociones vividas al unísono del palpar constante de los luchadores de la libertad.

Pero no era este sólo mi objeto, sino también, confieso mi falta, ver cómo se portaba la guapa muchacha que como un efebo se destaca de la rudeza de los muchachos. Yo he visto morir muchachas en esta guerra con el fusil en la mano, portándose como valientes. En Huérmeces, en la Alcarria, a mi lado cayó una buena, linda y educada muchacha, hija de un comandante de infantería. Se llamaba Mercedes Tot y pertenecía al batallón 20 de Julio, y otras que no recuerdo, y que murieron en la lucha combatiendo por la libertad del pueblo.

Yo, claro está, como español hidalgo, estaba dispuesto a realizar una heroicidad con tal que no le pasara nada a la "chavala", pero no hizo falta, porque cuando quise

recordar dió un salto como una corza y ayudando "macanudamente" a sus compañeros de guerrilla, atacó como los hombres.

La acción fué tan breve como larga en su preparación. Nuestros muchachos, que saltan de la loma, que avanzan como rayos hurtando el cuerpo al tableteo de la ametralladoras de los traidores; un momento de plante lleno de majeza de los cuerpos viriles de esta juventud libre e incomparable, cuatro segundos para lanzar las bombas que entran o pegan contra las ventanas del fortín y estallan, destrozando todo lo que alcanza y unos saltos de tigres de los asaltantes, hasta entrar dentro de la casa y acabar con los facciosos.

La emoción fué enorme; la alegría, inmensa; los vivas de todos los gustos no terminaban...

El Parque del Oeste ha quedado totalmente limpio de enemigos.

Anoche el enemigo quiso recuperar lo perdido atacando con bombas de mano, pero no nos causaron baja alguna, siendo rechazados.

Ahora podremos cortar el paso a los facistas a la Ciudad Universitaria por el río y la carretera.

¡Son mucha hombría nuestros muchachos, es mucho hombre en la guerra esta miliciana de Avila, Julia Díaz!

¡Muchacha! ¡Compañera! Te has ganado el diente que te falta; te aseguro que no faltará quien te lo pague o te lo ponga.

12 Febrero 1937

Las fuerzas confederales toman una loma en la Cuesta de las Perdices y se apoderan de una ametralladora.

El sábado, parte de nuestras Milicias atacaron a la loma de la Cuesta de las Perdices por las tapias de la Casa de Campo, para evitar que una ametralladora enemiga emplazada en una casa siguiera "paqueando" a los coches que pasan por la carretera; sobre todo la citada operación, mejor dicho, golpe de mano del Quinto Batallón, a mí me ha favorecido enormemente, porque todos los días dos veces, cuando aparecíamos por el monte desde la Playa a la cuesta de la Dehesa de la Villa, no dejaba de tabletearnos, y si no nos ha causado baja alguna en tantos días nos la podían causar.

Los muchachos confederales avanzaron la tapia de la Casa de Campo arriba, sin tirar un tiro, hasta estar sobre la loma, donde arrearon una paliza colosal que obligó al enemigo a enseñarnos las culeras. De entre todos se destacó un compañero que, honda en mano, lanzaba las bombas a más de cien metros, logrando con esto que la casa donde estaba el enemigo fuera tomada, así como la ametralladora.

Otro muchacho hizo prisionero a un soldado alemán, que no se resistió, y cuando le conducían entre dos de nuestros muchachos hirieron en un brazo a uno de los que le llevaba con toda clase de consideraciones, y entonces el alemán quiso apoderarse de su fusil, viéndose obligado nuestro compañero, que le hizo prisionero, a matarle.

Hoy ya podemos pasar por la carretera sin cuidado de los "pacos" de la ametralladora.

* * *

En la carretera de los Carabancheles, nuestras Milicias han volado el Cine, donde se encontraban varios centenares de fascistas alojados; entre los muertos al tomar el Cine nuestras fuerzas, encontraron a dos jefes del Estado Mayor del fascismo. Posteriormente, las mismas fuerzas, por medio de minas, han hecho volar otras tres casas, causando también buen número de bajas al enemigo.

Como se ve, esto es trascendental, porque acusa una firmeza de ánimo entre nuestros muchachos, que están deseando pelear.

* * *

Pero lo más significativo es lo ocurrido en el sector de la carretera de Toledo, donde los combatientes están a cincuenta metros. Entre las dos trincheras hay un centenar de muertos fascistas, sin enterrar, que molestan terriblemente a todos. Se convino una tregua para enterrarlos; salieron de las trincheras sin armas, charlando los muchachos y cumplieron su tarea; pasearon después fumando como si fueran camaradas. Se dió un caso de dos muchachos de nuestras Milicias, que preguntaron si había un paisano de ellos entre los fascistas, y salió uno, tan amigo de los dos nuestros, que parecían hermanos allá en el pueblo. Se abrazaron llorando, lamentando el del campo fascista su mala suerte. Fraternalizaron todos.

Por la noche... sonó un tiro de los fascistas, y otro, luego. Respondieron los nuestros, y se armó un zipizape tremendo, cruzándose insultos entre los "camaradas" de por la tarde. El cuento de la lechera se repetía en el frente de combate.

¿Qué había pasado?

Pues que los fascistas creyeron que se habían pasado a nuestras filas algunos de los que fraternizaron con nuestros muchachos.

¿Que esto parece un cuento?

Pues yo afirmo que esto es ciertísimo, y por eso puedo dar nombres de los personajes de lo que parece una fábula, y con ellos, con sus oficiales, hemos presenciado este caso.

¿Comentarios? Hágalos quien quiera, pero cuando fraternizan los ejércitos enemigos, mala suerte para los traidores; así empezó en Francia la verdadera derrota de los alemanes; cuando los soldados de una y otra trinchera salían de ellas para fumarse cigarrillos.

15 Febrero 1937

Hundimos las líneas enemigas en la Cuesta de las Perdices.

Ayer, anoche, esta madrugada, nuestros muchachos, obedeciendo órdenes del mando, han atacado briosamente al enemigo que ocupa la parte izquierda de la Cuesta de las Perdices, hacia la puerta de Aravaca, por la carretera de Castilla.

No se puede escribir lo que se ve tal como es porque pierden en emoción y en presenación los hechos de valor y coraje de los atacantes.

En la oscuridad de la noche, agazapándose entre la maleza y huecos del terreno, pero a pecho descubierto, los que han dejado de ser milicianos confederales para integrar una División del Ejército Popular, pero que siguen llevando consigo el espíritu revolucionario de la C. N. T. y la F. A. I., avanzaron como lo hicieron siempre: sin tirar un solo tiro hasta llegar a veinte metros de las trincheras enemigas y entrar en fuego los dinamiteros, que a la cabeza, fusil en banderola, atacaron como jabatos, llenos de fe en la victoria y odio en el corazón, deseosos de vengar la muerte traidora de Pedro Orobón y otros nueve compañeros que la aviación extranjera, pilotada por cobardes y malnacidos, nos ha causado en Madrid, de noche y con la impunidad del criminal nato, que escoge momentos fáciles en que no pueden ser batidos, para bombardear poblaciones indefensas.

Se inició el ataque con nuestras fuerzas situadas en la parte de El Pardo, que cruzando la carretera de La Coruña, avanzaron rápidamente, arremetiendo con presteza la subida de la loma que va a la "Fuente", ya conocida

de nuestros muchachos, porque fueron nuestras estas posiciones. El enemigo no esperaba el ataque, y al recibir los primeros zambombazos de nuestros dinamiteros, que les cogió durmiendo, no pensaron sino en huir, pero las otras fuerzas enemigas, situadas cerca de las tapias de la Casa de Campo, abrieron un fuego terrible contra nuestros muchachos, que avanzaban feroces en busca del triunfo.

Varios muchachos, pañuelo rojinegro al cuello, provistos de hondas, lanzaban sus bombas a cien metros de distancia, con tal acierto, que estallaban sobre las trincheras, dos metros sobre las cabezas de los enemigos, causandoles numerosas bajas.

Los muchachos de mi escolta, de los que tan orgulloso me encuentro, no olvidan que son también combatientes, y como están bien entrenados en el lanzamiento de bombas, ayudaron cuanto pudieron a conseguir la finalidad del ataque.

Las tres de la mañana eran. Habían pasado cuatro horas desde que empezó el combate, y aun nuestros muchachos seguían empujando en el avance, conquistando terreno, sin reparar que habían cumplido el objetivo.

Numerosas son las bajas causadas al enemigo; pero las nuestras, si no numerosas, son sensibles, porque, al caer uno de nuestros muchachos, no cae un autómatas, no cae un vendido, sino un verdadero luchador revolucionario, que pelea con la fe de un convencido.

La loma de la izquierda de la Cuesta de las Perdices entre las tapias de la puerta de Medianil y de Aravaca, a la hora que escribo esta crónica, es nuestra; con esto volvemos a ser dueños de las alturas desde las que el enemigo, con su paqueo y sus ametralladoras, hacía imposible el paso de fuerzas por las carreteras de El Pardo y de La Coruña.

Sólo otro empujón como éste y nos conducirá a apoderarnos de la vía, para que pueda circular otra vez el fa-

moso tren blindado, con sus valientes y heroicos muchachos, que, con su batallón de choque, era el terror de los "zancudos" y los "terciarios". El enemigo invasor, en este sector, aun no ha probado a lo que saben las terribles zurras de los "tiznaos", que en su castillo rodante llevan consigo la muerte para el invasor y para los traidores.

Ya empezó el ataque tan esperado por todos. Ya llegó la hora de probar quiénes son los disciplinados y quiénes son los que se llenan la boca de llamarnos incontrolados y otras palabras "cariñosas" por el estilo.

Ahora, con la movilización forzosa, hemos de ver a muchos agazapados en covachuelas oficiales en el frente, y algunos conozco, más zorros que los que viven en los montes, a cuyo lado tendré el gusto de ir en los momentos de atacar, para ver cómo se portan y contar sus epopeyas o su cobardía.

Ya estamos todos contentos. El ataque general ha empezado.

¡Al avance! ¡Adelante hasta la victoria!

19 Febrero 1937



CARLOS SANZ
Comisario de la 5.^a División, que manda nuestro camarada
el Comandante Palacios

Solos, en el ataque, los batallones de la C. N. T.
y de la F. A. I.

He sufrido un terrible disgusto; mi sentimiento de lo justo quizá llegue a la exageración, pero no puedo remediarlo, y me sobresalto, me disgusto y lleno de improprios a los causantes de ciertas cosas que nos cuestan muchas bajas pudiéndolas remediar.

El esfuerzo y el sacrificio de nuestros muchachos realizado ayer de madrugada, no ha tenido más valor que el de uno de tantos golpes de mano cuando no era eso lo que se pretendía, puesto que se llevaba objetivo marcado. Nos ha costado ochenta bajas a las Organizaciones de la C. N. T. y F. A. I. este ataque que quedó reducido a golpe de mano, teniendo que volver nuestros muchachos, tan bravos, tan valientes, a sus posiciones como si no hubiera pasado nada.

Yo sé, me consta, que al mando de nuestras fuerzas confederales no se les puede echar sambenito alguno; han cumplido con la firmeza y seriedad que les tiene caracterizados. Pero ¿eran sólo las fuerzas de la 39 Brigada las que tenían que atacar? Compañeros solventes y con responsabilidad dicen que no, que había otras fuerzas que tenían que hacerlo. ¿Por qué no lo hicieron? ¡Ah! Esto es cosa del secreto profesional, pero el sentido común dice que porque no lo hicieron unos, debió darse orden para que tampoco lo hicieran los demás, puesto que solos, los que han atacado no podrían sostener las posiciones ocupadas.

Gente de los Batallones 5, 6, 7, 9 y 11, como fuerzas de choque de lo que fueron Milicias Confederales, con

ayuda de otras fuerzas, eran las encargadas de iniciar el avance.

No sé, no soy yo el encargado de investigar si hubo alguna responsabilidad por parte de alguien que debió ayudar a nuestros muchachos y no lo hizo.

Se ha vuelto a repetir el caso en otro avance en el interior de la Casa de Campo hace dos meses, avance que costó a las Milicias de la C. N. T. - F. A. I. un cuarenta por ciento de bajas; recuerdo perfectamente el trabajo extraordinario de mi chofer llevando constantemente heridos de nuestros Batallones, de nuestros combatientes sólo, puesto que no hubo otros, a pesar de que las fuerzas comprendidas en aquel sector recibieron del mando la misma orden de ataque.

“Compañero comandante X; a tal hora, por tal sitio iniciará el ataque con las fuerzas de su mando, sirviéndole de guía el depósito de agua situado en X; objetivo señalado por este mando. Conseguido éste, tome las medidas pertinentes para conservar las posiciones.”

Nuestros muchachos, despreciadores de la vida hasta la exageración, a pesar de estar en un bajo y tener que atacar a una loma, no dudaron, y cuando el compañero Mera dió la orden de atacar salieron de los parapetos siendo barrida por las ametralladoras enemigas la primera compañía; la segunda corrió la misma suerte, y la tercera, por fin, pudo subir y hubo quien se abrasó las manos al coger el cañón de las ametralladoras enemigas.

De nada valió aquella demostración de coraje ante la soledad de ayuda en que quedaron nuestros muchachos, y hubo que dar la orden de retroceder a nuestras posiciones, cosa que hicieron con todo orden, con toda disciplina (a pesar de que entonces éramos *indisciplinados* e *incontrolados*), sin dejar un compañero herido, ni un muerto en poder del enemigo.

Nuestra indignación fué enorme. Al otro día, nuestro compañero Cipriano Mera, responsable de las fuerzas,

preguntó a un teniente coronel de las fuerzas en contacto con las nuestras:

—Compañero, ¿no recibiste ayer una orden como ésta?

Y le mostraba la orden del Estado Mayor recibida por él.

—Sí— respondió el teniente coronel.

Entonces, ¿por qué no atacaste?

—Porque no se habían puesto en concordancia nuestras fuerzas— contestó el jefe militar.

—¡Ah!...— dijo sólo el compañero Mera y le volvió la espalda y nos marchamos.

Nosotros teníamos otro concepto de la obediencia al mando, el que tenemos hoy, enérgico e inflexible en obedecer la orden de ataque.

Recuerdo esto, en este caso, porque no sé si alguien alegará que no tuvo concordancia tampoco con nosotros, pero el sentido de los muchachos comprende perfectamente y no vale jugar con la vida de los hombres, que además de luchar contra el invasor y los traidores, luchan por un ideal donde la base que les sostiene es el lema de "¡Justicia igual para todos!"

¿Comprendes, Fabio?

20 Febrero 1937

En la Ciudad Universitaria, la Internacional desaloja de enemigos la Escuela de Agrónomos, el Instituto de Higiene y ataca al Clínico.

¡Bien por nuestros muchachos!

Duraba mucho la paciencia que tenía el mando de la 40 Brigada aguantando que nos molestara el enemigo desde el edificio de Higiene con sus ametralladoras. Los muchachos éstos, que saben cumplir con creces los deseos del mando, animados por el espíritu decidido del teniente coronel Ortega, han dado esta madrugada otra prueba más de lo que valen.

Había que atacar a fondo y apoderarse del edificio de Higiene, que aunque medio destruido por nuestros artilleros, servía de guarida al enemigo, que desde sus bajos nos soltaba cada morterazo que nos entretenía y nos hacía guardarnos, sembrando la intranquilidad entre nosotros.

Esta madrugada fué el momento elegido por el mando para el embite. Los bravos camaradas de la Internacional no tardaron en iniciar el ataque por la parte de la ciudad Metropolitana, tomando rápidamente la Escuela de Ingenieros Agrónomos. Ha sido un ataque terrible de estos muchachos antifascistas internacionales. No hace falta alicientes para que se porten como héroes; mi entusiasmo ha sido enorme, sin poderlo remediar he repetido varias veces en voz alta un *¡Brave les gars!* que me salía del fondo del corazón.

¡Avante les garuçons! ¡Monter! ¡Haut! ¡Haut!

Y los bravos muchachos, convertidos en tigres, soltaban cada zambombazo con las bombas de mano que les freían el pelo a los enemigos, encerrados, fortificados en los edificios de la Universitaria.

Los traidores se defendían con ametralladoras y bombas, porque no les daba tiempo a disparar con los fusiles, iban iniciando la escapada, pero inútilmente; ya lo decía yo ayer cuando me referí al gato cazado por el compañero Alvaro.

Los "rusos", como llama el enemigo a los internacionales, aunque sean de la República de Andorra, se metían por puertas y ventanas saltando como leones, tirando los sacos terreros que estorbaban al paso, y después de colados dentro, tiraban a los enemigos como fardos que nada valen, por los huecos que en su asalto habían hecho nuestros bravos.

Después de esta limpieza, atacaron el edificio de Higiene y al Clínico por la parte posterior de las fachadas, causando un verdadero terror en los traidores.

Al mismo tiempo, nuestros muchachos atacaban por la parte del Parque del Oeste, hacia el edificio de Higiene y los muchachos de las trincheras de Hilarión Eslava, al Clínico. El enemigo se defendía desesperadamente, pero a pesar de ser nosotros los que atacábamos, y por lo tanto a pecho descubierto, y en inferiores condiciones que el enemigo, las bajas que hemos tenido no han pasado de cincuenta; en cambio las del enemigo son incontables, pues muchos de ellos han quedado bajo los escombros, a que nuestra admirable artillería ha dejado reducidos estos enormes edificios.

Toda la Brigada 40, todos los compañeros que ocupan este enorme sector, merecen el parabién de los madrileños, no por los ataques de todos los días solamente, sino por el desvelo y la vigilancia que tienen que tener para que no entre ni salga un enemigo de los edificios ocupados por los traidores.

Unos batallones hay ocupando unas posiciones cercanas a los edificios atacados que en el corto rato que he estado con ellos durante el ataque a pesar de ser su acción de ayuda, me han gustado; combatían con un interés y una valentía como deseando tomar parte también en el ataque.

Cuando repartían los muchachos de mi escolta copas de coñac y pipas entre los combatientes, en un momento de descanso, el buen compañero, teniente Mora, me advirtió que iban a iniciar el asalto.

Quince minutos después se inició éste con gran éxito; los morteros del enemigo, tratando de impedir el avance, destrozaban los hermosos árboles del Parque del Oeste, Nuestros valientes, sin temor a la fatal caída, avanzaban como lagartijas, zigzagueando por la loma, entrando y saliendo por las sinuosidades del terreno, trepando por montículos y saltando parapetos enemigos, abandonados y medio destruídos, por nuestras secciones de morteros.

De estos muchachos de los morteros, la artillería de la infantería, hay que hablar despacio por lo que significa su labor colaboradora en estos avances tan peligrosos para nuestra infantería. Son los encargados de los morteros los que tienen que ir limpiando de enemigos los sitios por donde avanzan nuestros muchachos, ya que la artillería no puede emplearse, por combatirse a distancias de diez a doscientos metros, y precisamente los morteros son los encargados de abrir brecha antes que entren en fuego los compañeros dinamiteros; de ahí la responsabilidad y vista de los calculadores en los morteros, antes de soltar el mortero.

Mediaba el avance por el Parque del Oeste, cuando un compañero del Batallón X me advierte que unos metros más allá, en las trincheras, esperando la orden de ataque, está el batallón, aguardando la vez de que les toque el reparto de pipas y el coñac. Allá me encamino y al pasar por un puesto de socorro me encuentro a un compañero

de Viena, que como teniente-médico asiste a los heridos; sus manos sucias de sangre, estrechan las mías, sucias del barro; su sobrenombre, "Barbero", como todos le llamamos en el oficio, suena, en estos sitios, y en estos momentos, como no sonó nunca.

Sigo trinchera adelante y me encuentro a mis compañeros de Sindicato, valientes como jabatos, dispuestos a salir del parapeto cuando lo ordene el mando. Abrazos, apretones de mano, pullas, y me topo con otro teniente y toda la plana mayor, que ocupan sus puestos con la misma facilidad y voluntad que los que no tienen responsabilidad de vidas y de acciones.

Les reparto sendas castañas de coñac y a pipa por cabeza, y los muchachos agachando las gaitas cubiertas con cascos, cada vez que estalla un morterazo, beben a la salud de los donantes, que se ocupan de enviar "cosas" a los que combaten en los frentes. La tranquilidad se extiende, vuelven a las trincheras las fuerzas no necesarias, cesa el fuego; sólo el paqueo habitual sigue su ¡pac...o!, y después ¡chas!, el reventar de la explosiva.

Son las once de la mañana; empezó el ataque a las cinco, seis horas de fuego. Tienen los muchachos bien ganado el descanso.

.....

Me retiro en busca de un refugio algo tranquilo para escribir, pero no lo encuentro. Cuando pasamos por una trinchera de comunicación, dos compañeros panaderos que me guían, dicen:

—Agacharos cuanto podáis y cruzar a la carrera.

Lo hacemos; parecemos en el andar el gato de marras, pero aun así, una ametralladora enemiga clava su ¡chas... chas!, hasta seis veces sobre la tierra de la trinchera por donde nos arrastramos.

Salimos a la calle de Ferraz, llenos de sudor y tierra, sucios y las manos negras de la pólvora; y respiramos

con afán el aire limpio al arrullo de unos rayos de un sol bello y hermoso, precursor de la primavera.

Una epopeya más de nuestros muchachos y una hoja más escrita por la heroicidad de un ejército del pueblo, de trabajadores de todas las ideas.

23 Febrero 1937

El ataque de esta noche a la Universitaria.

Los corresponsales de guerra que nos gusta meternos en el terreno del combate, tenemos ángeles custodios para que no nos pase nada; tenemos telefonía sin hilos que nos avise de lo que va a pasar, para que nos encontremos a tiempo en los sitios del sucedido y podamos tomar parte en el "fregado", para poder informar como debemos.

Un teniente amigo, que la censura no me ha dejado dar su nombre, me avisa que va a ocurrir algo nuevo, pero no sabe si por el Parque o por la Universitaria.

Corro a la Ciudad Metropolitana, hablo con mis amigos marxistas de otro batallón, y no saben nada; pero al oírme a mí, toman la resolución de prepararse, y así, cuando les llega la orden, a media noche, ya estaban listos para el ataque.

Efectivamente, ha sucedido lo que habían dicho cuatro muchachos del enemigo, que se han pasado a nosotros el lunes. Por cierto, que se pasaban trece muchachos de los que estaban en el Clínico: cuatro que lo lograron, cinco que fueron cazados, matándoles los fascistas al pasarse, y cuatro que no pudiendo llegar a nuestros parapetos, tuvieron que refugiarse en una desigualdad del terreno y esperar hasta la noche, para poder llegar hasta nosotros.

En estos casos se ve hasta dónde llegan los sentimientos humanos de nuestros combatientes. Los cuatro muchachos que del enemigo se pasaban a nosotros y, no pudiendo llegar se escondieron, caso del que nos avisaron los otros cuatro que se pasaron, pusieron en tensión a

nuestros milicianos, y en seguida se trató de averiguar dónde estaban escondidos. Conocido el sitio, se las apañaron nuestros valientes para ponerse al habla con ellos y enviarles comida, pan y vino. Todo sin que se enteraran los fascistas, que, ojo abierto, vigilaban para descubrir dónde se habían metido los que persiguieron a tiros y no pudieron cazar.

Para llevarles la comida y el vino, tres muchachos decididos se arriesgaron, sabiendo que tenían que quedarse allí hasta que todos pudieran unirse a nosotros, que forzosamente tenía que ser de noche. Pues bien; aun sobraron voluntarios que se ofrecieron para exponer su vida.

Hoy, mejor dicho, anoche, pues aun no habían dado las doce para pasar al nuevo día, los enemigos han querido sorprendernos. ¡Desgraciados! No caen en la cuenta del sitio en que se encuentran y de los momentos que pasan, y, claro, han llevado lo suyo.

Desde media noche hasta las nueve de la mañana ha durado la zurra fenomenal que les hemos dado. El enemigo, que sigue habitando los enormes sótanos del Clínico, al quedar enterrados, han abierto, a la desesperada, unas salidas al exterior, y por ahí hacen sus escapadas.

Por lo pronto, las posiciones ocupadas por encima de lo que fué Asilo de Santa Cristina tienden a cortarles la ruta abierta a la luz y subterránea que desde el río les vale para comunicarse y proveerse de todo. Hasta que no tomemos el pinar que está por encima de lo que fué Campo de Tiro Nacional, no se habrán terminado los golpes de mano de nuestros muchachos; y que lo consiguen eso es cosa sabida, habiendo, como hay en abundancia, verdadera de héroes entre los componentes de la 40 Brigada.

El jaleo ha tenido más resonancia de la que se merecía. Total, una paliza más, y morrocotuda; de las que se dan por estos barrios de Vallehermoso.

Cuando todo ha pasado, llega a mí un sargento de las Vascas y me dice todo alborozado:

—Camarada, el aviso de los muchachos que se pasaron ayer y que tú te has callado aunque lo conocías, de que se iba a pasar una compañía completa a nuestro campo, era cierto; ¡ya se ha pasado!

—Entonces —digo— iré a verlos.

—No te molestes; deben de haberlos llevado a la Comandancia X; vete allí si quieres.

—No puedo ir tan lejos, compañero; tengo que ir a pie a través de todas las trincheras, y no me tengo de cansancio y de sueño. Así, pues, hasta la tarde, si no hay alguna noticia que me haga venir al saberla.

25 Febrero 1937

Los "topos" de Usera han tomado cinco casas más sin disparar un tiro.

Estoy entusiasmado con el frente del barrio de Usera, y no es extraño; fué el primer frente que tuvo Madrid, y el primer tropiezo serio del enemigo.

De entonces acá, los campos de esta barriada se han visto asaltados por una legión de topos humanos que, con tanto silencio y cuidado como los animales de los cuales les doy el nombre, han construído una ciudad subterránea que, avanzando en todas direcciones, se mete por debajo de algunas casas y atraviesa otras de parte a parte, abriendo boquetes en sus paredes para cruzarlas.

Un hormiguero humano parecen estas trincheras. Centenares de "destripacerros", mano a la faena, dirigidos por sus responsables de batallón, descubren y remueven todos los cerros que dominamos, hasta conseguir echar al enemigo de los lugares que ocupa. De esta manera, una buena noche, o un buen día, que para estos muchachos es igual en estos casos, los escuchas enemigos oyen un ruido cerca de ellos, y dan la voz de alarma y se preparan para sorprender a los topos en cuanto saquen su hocico al aire; y cuando están esperando, fusil o pistola en mano, la caza del topo, se abre un agujero, pero, en vez del topo, sale una bomba de mano, que cuidadosamente queda depositada cerca agujero, y he aquí que la bomba estalla y se lleva por delante a los cazadores, haciendo que el boquete se haga tan grande que por él salen docenas de topos armados hasta los dientes que, en un santiamén, dejan más limpia la trinchera de traidores que un monaguillo el cepillo de su iglesia.

Después sigue otra vez la labor fortificadora de los "destripacerros", transformando la trinchera de ofensiva en defensiva; es decir, cambiando la situación de la tierra y parapetos de un lado a otro para que ahora valga a nuestros muchachos.

"Espartacus" es el nombre de un batallón compuesto por andaluces de los más andaluces que tenemos en la tierra de "María Santísima", como dicen los viejos trajinantes, los aperadores, los pegujaleros y toda esa morisma con sombrero ancho, que no sabe escribir, pero que sabe sentir muy hondo y pelear de corazón por la libertad y por el comunismo libertario.

Hace dos días estaba yo en Madrid, en medio de la calle, charlando con dos combatientes de "Espartacus" (dos "mositos" de cuarenta años) y acertó a pasar una mocita pimpante y guapa como una madona, y uno de mis conversadores, cortándose lo que decía, se vuelve a la mocita, diciendo con ese decir andaluz que no hay quien lo iguale en el mundo:

—¡Ezo e una mujé! ¡Vaya mujé!

Se relamía los labios y chasqueaba la lengua. Después, quitándose el kepis reglamentario en estos batallones, dice al público:

—¡Quitaros de ahí toos! ¡Ezo no e mujé! Tú no ere zólo mujé, arma mía; tú ere má, mucho má que la Virgencita de lo Merinale que hay en mi pueblo.

La mocita, que se había parado a oírle, roja como una amapola, pero orgullosa de merecer el requiebro, dió las gracias y siguió pimpante su camino, saltarina como un gorrión.

Pues a este ejemplar magnífico de andaluz, ya lo dijo él: de los Merinales, al día siguiente le vi en las trincheras de Usera escurriéndose, como un ratón montaraz por entre los jarales, colándose por los boquetes de las casas, entrando por aquí, desapareciendo por allá para volver

a reaparecer al otro lado de la carretera, siguiendo el retorcerse de las sendas de la muerte.

Le seguían unos veinte tan rápidos como él. Todos son como el tipo andaluz es en general: magros, negros, derechos y fuertes, resistentes y tan parcós en el comer que llegan al grado de abstemios.

—¿Dónde van?— pregunto.

—Van a tomar una casa que ocupa una sección de fascistas, tan cercana que se les oye todo lo que hablan.

—Pues allá voy— les digo, y me acompañan.

La trinchera es tan estrecha como hecha para estos hombres; yo arañó las paredes al pasar y las trincheras me arañan a mí, levantándome la piel de las manos.

En una casa de dos pisos, pared por medio del enemigo, al que, efectivamente, se le oye lo que habla, hay un centenar de “espartaquistas” en espera del asalto. Debajo de la casa, a un metro de hondo, dos muchachos se entretienen en poner una mina.

Minutos después aparecen con una mecha en la mano, que encienden, y todos los que estamos nos escondemos en nichos preparados para ello. Pasan cinco minutos terribles de espera angustiada y, de repente, un estallido tremendo, terribilísimo, que se ha oído en Madrid, hace saltar la casa y los que la habitaban.

Los “espartaquistas”, como ratones de campo saliendo de los agujeros de debajo de la tierra, saltan, y como una tromba se lanzan hacia adelante, perdiéndose entre la intensa humareda, que tarda en disiparse un buen rato.

Han entrado en la trinchera enemiga como una corriente de agua de un río desbordado por un canal. Todo lo han arrollado; han pasado por cuantos obstáculos se les han puesto por delante, y, lo más raro es que, fuera de la enorme explosión, no se ha oído un tiro.

—Ahora, no —me dicen—; dentro de un rato, cuando se repongan del susto, vendrán a contraatacar pero ya será tarde. Mira —y me señala a unos compañeros que

están cortando la trinchera—, les estamos tapiando, y ten por seguro que de ahí no pasarán.

El compañero teniente Antonio, que con fraternal cariño atiende a todos, me acompaña de regreso, y como si no hubiera pasado nada, me dice:

—Tengo ahí unos libros que darte para que los repartas entre los compañeros...

26 Febrero 1937

BRILLANTE ACCION DE GUERRA

Nuestros muchachos de la 70 Brigada hospitalizados en Madrid.—Un ataque lleno de heroísmo, una victoria y una odisea terrible.—El infierno del Cerro de Pingarrón, en el Jarama.

Ayer, el compañero comandante Villanueva, restablecido de sus heridas, recibidas en Pozuelo hace un mes, me para y me dice:

—Estoy muy incomodado y como yo muchos compañeros, con la Redacción de C N T porque no os ha merecido ni cuatro líneas la verdadera hazaña que nuestros muchachos han realizado en el Jarama, con su brigada número 70, asaltando y ocupando las posiciones designadas por el mando en el Cerro Pingarrón (1).

”No parece preocuparos nada —sigue subiendo en agitación— lo que hacemos nosotros, no parecéis compañeros de...

(1) *El asalto al Pingarrón ha sido una de las acciones más duras de esta guerra. Nuestro ejército batió un record de heroísmo al asaltar tres veces consecutivas las posiciones del enemigo, cubiertas por fuerzas alemanas en su mayoría, logrando los objetivos señalados por el mando.*

Se recordará que, fallados los esfuerzos para entrar en Madrid de frente, el Estado Mayor faccioso varió de táctica y atacó por el Jarama, amenazando las comunicaciones de Madrid con Levante. El éxito de esta ofensiva hubiera supuesto el casi total aislamiento de la ciudad, que habría tenido que batirse en terribles condiciones de abastecimiento. La posición más importante de ese sector es el cerro Pingarrón, que domina con su altura todo el campo de batalla. Los fascistas lo ocuparon y lo fortificaron, nutriéndolo además con gran número de fuerzas. Se libraron grandes combates en todo el sector. Pero la situación no sería despejada mientras no se eliminase el peligro enorme del cerro Pingarrón, ocupado por los facciosos.



EUSEBIO SANZ

Comandante-Jefe de la 70 Brigada de choque, que se destacó en el ataque al Pingarrón, en Guadalajara y en todos los sectores donde ha actuado. Esta Brigada pertenece a la 14 División



—¡Para, para! —le interrumpo—. Serénate y dime el capítulo de quejas que tengas contra nosotros, pero no nos echas culpas que no tenemos porque, además de ser injusto, perderías el tiempo.

—Sí —me dice más tranquilo—. Si el heroico comportamiento de los compañeros, confederales en un noventa y cinco por ciento, lo hubieran realizado otros, los partidos políticos a que pertenecieran, hubieran hecho una campaña enorme...

—Ya lo sé —le digo interrumpiéndole otra vez—. Ya lo sé —le repito—. Pero has de tener en cuenta, querido compañero, que nosotros no somos como ningún partido político lo primero, y lo segundo, que yo ignoro en detalle lo ocurrido en el Jarama, porque yo no debo ir a ese frente, porque tengo el frente de Madrid, desde Villa-verde hasta Las Matas, y yo no soy don Ubicuo, que pueda estar en todas partes.

—Pues si quieres saberlo vete a ver los compañeros que, heridos, han sido traídos a los hospitales de Madrid.

—Haber empezado por ahí; eso ya es terreno mío y debo ir a la caza de la noticia sensacional, que aun cuando a mí me gusta vivirla, cuando no hay otro remedio, la escucho.

Le regaló una boquilla y a todos los que le acompañan les largo una copita del excelente coñac que todos conocen, y tomando el coche salgo disparado para Madrid.

.....

Al ataque de esta posición fortificada y magníficamente defendida que había que escalar a pecho descubierto se lanzó la ya gloriosa Brigada 70, mandada por nuestro compañero Sanz, unidad de combate que forma parte de la no menos gloriosa División 14, dirigida por el Comandante Mera, viejo militante anarquista.

No hablaremos del valor de estos héroes. La operación costó 1.100 bajas a la brigada que más tarde había de poner a prueba nuevamente su coraje derrotando a los italianos en el frente de Guadalajara. El peligro inminente quedó conjurado. Las comunicaciones con Levante estaban aseguradas. La Historia registrará la gran hazaña de los bravos soldados de la C. N. T.

Está el compañero en cama y al vermé, me mira con el único ojo que le han dejado y me da un apretón de manos, que me dice infinidad de cosas, no dejándonos hablar.

—¡Una infamia! —me dice—. ¡Una infamia!— repite.

Se van acercando compañeros heridos; todos quieren escuchar, todos queremos saber por qué nuestro compañero llora con lágrimas de fuego con el único ojo que le queda.

Empiezo tranquilizándole; no he de ser quien pregunte cosas que ignoro; ha de ser él quien me narre toda la tragedia tremenda sufrida por los muchachos confederales, que ese día supieron tomar a pecho descubierto, sin tanques, de los que disponían otras fuerzas no confederales, en número suficiente para haber sido ellos los que tomaran el cerro sin haber tenido el enorme número de bajas que tuvieron los nuestros.

—No te lo diría, viejo camarada— empieza mi joven luchador— si no lo hubiéramos pasado todos; nunca pude pensar que en el frente, en un momento en que luchamos por la libertad y por España, hubiera partidismo para hacer que unos hombres se jueguen la vida, sabiendo que van a perderla, mientras otros que deben evitar la pierdan, tengan consigo todo lo necesario y no se les dé a los que lo necesitan.

—Bueno, compañero —le digo para serenarle—, relátame los hechos, tal como fueron.

—Te diré hasta el momento en que yo fuí herido.

Los compañeros estábamos en la mejor disposición, en el mejor ánimo y con una disciplina, impuesta por nosotros mismos, porque nuestros mandos y nosotros nos compenetramos admirablemente. Llegado el momento de avanzar, lo hicimos correctamente y sometidos en absoluto a las órdenes de nuestros jefes.

Teníamos deseos de medirnos con el enemigo mano a mano, para demostrar al invasor y a ese otro interno y

cobarde que nos calumnia a nuestras espaldas, que la disciplina, en nosotros, la aceptamos a ciegas, cuando es necesario aceptarla.

Queríamos batirnos, no suicidarnos; queríamos atacar a una enemigo fuerte y armado con armas y máquinas de guerra de lo más moderno, con otras armas parecidas, o mejores, que tenemos nosotros; y...

Le tapo la boca con una boquilla de las que me dieron para los combatientes.

—No digas más, compañero, no podría publicarlo; hay un camarada que me tiene “tirria” en la Censura, y en cuanto cree que me extralimito, “zás”, me lo tacha. ¡Figúrate si pusiera todo lo que me estás diciendo!

—Pues te lo diré, para que tú sepas todo lo ocurrido, y publica lo que te dejen o lo que tú quieras. Cuando subimos hasta el cerro Pingarrón, dejando un reguero de compañeros caídos, no hubo uno, ni uno de nosotros, que pensara volver la cabeza atrás; cuando hicimos contacto con el enemigo, al ver aquellas dos alas tan inmensas, tan nutridas de fuerzas alemanas e italianas, no pensamos más que en destrozarlas.

”Y no una vez, dos, tres veces, rechazados —sigue este nieto mío. en las ideas—; otras tantas veces hemos atacado, hasta destrozar a un enemigo cien veces más numeroso. Díselo al censor, que lo sepan todos, que nosotros, a pecho descubierto, en el campo, en el cerro, en...

Mi joven camarada se muerde las manos, llora, se desespera. Sin duda en su corazón hay algo que quiere decir, y tan infame es, que no encuentra palabras con que lanzarlo.

Un practicante me llama, me indica la conveniencia de retirarme. El muchacho herido, sufre, más que por su ojo perdido, por la herida de su corazón, que sangra.

Inicio la salida silenciosamente, y cuando ya bajo por la escalera oigo que me dice:

—Dilo a vocés, que a pecho descubierto, fué escalado el cerro Pingarrón, que debe ser un volcán en la conciencia de algunos odiadores y cobardes.

Cuando llego al recibimiento, aun oigo un estentóreo grito de mi pobre compañero:

—¡Viva el Comunismo Libertario!

27 Febrero 1937

La visita a los bravos muchachos de la C. N. T. en el Pingarrón.—Derrota del enemigo en terreno abierto, que le ocasionó miles de muertos que infestan el aire puro de los cerros.

Tenía una deuda contraída con estos muchachos que por tres veces seguidas, sin importarles la muerte, habían conseguido quitar a un enemigo muy superior en número y en técnica militar, las principales posiciones del cerro, ya famoso, llamado de Pingarrón, en los altos de Morata de Tajuña.

Tenía yo deseos de darles un franco apretón de manos, que no es otra cosa, sino un apretrón de los corazones hermanos, unidos hasta la muerte. Pero como un viaje tan largo y tan molesto, lejos de mi sector del frente madrileño, no lo puedo hacer todos los días, no quise ir con las manos vacías: les llevé cuatro arrobas del riquísimo coñac (ya no hay más) que la sección de Vendedores del Sindicato Unico Mercantil y el Ateneo Libertario de Guindalera y Prosperidad habían donado para ser repartido a los combatientes en el frente.

Cerro arriba, por paisajes y vericuetos que volvían mis recuerdos, nada gratos, a los primeros meses de la guerra por terrenos serranos de la Alcarria, tropezando con riscos y piedras que ponen en peligro constante las narices del que camina, llegamos a un boquete abierto a punta de pico en la falda del cerro.

Es la Comandancia, cuyo interior publicó ayer C N T, en foto de Fernández Vega, que me acompañaba. Llamamos; de la cueva, a gatas, sale el comisario, nuestro querido camarada Guevara, que al mismo tiempo que cumple

su deber, se repone de la herida sufrida en el frente madrileño.

Después de un abrazo de antiguos veteranos y camaradas de combate en las crestas alcarreñas, me invita a entrar dentro de la "Comandancia".

Empiezan para mí las dificultades. ¿Podré pasar por aquel agujero, a ras del suelo, que parece madriguera de alimañas, más que habitación para personas?

Probamos. Por lo pronto, hay que introducirse contra lo costumbre y lo habitual. Hay que entrar como Quevedo en uno de sus momentos humorísticos. Como primer saludo al comandante, hay que mostrarle el trasero con la irreverencia de un cangrejo.

Cuando ya estoy dentro, sigo como entré, a gatas, porque la horrible cueva impide estar de otro modo. Allá en el fondo, que no le veo, envuelto en una manta, medio tumbado, hay alguien. Guevara me lo presenta: es el comandante Sanz y aún no hemos hablado, sigo a cuatro pies, conozco que es un hombre "zumbón", amigo de "quedarse" con todo el mundo.

No llevamos diez minutos, y ya ha puesto a los periodistas como un trapo, y todo porque lo ha sido él, y además, es verdad lo que dice. ¿Si conocerá el paño habiendo sido sastre? Pero yo, en esa clase de "mus", le digo "¡paso!".

Por fin, he logrado sentarme a estilo moro y charlamos, pero me prohíbe hablar de lo que debo hablarle. "¡Silencio! —me dice—. A pesar de ser de roca, las paredes oyen." Una copita de coñac quita a los habituales de esta guarida el frío que tienen. Parece que estamos en un café moro del suburbio de Melilla. En la cueva no hay quien pueda rebullirse. Tenemos que salir fuera, y a ras-tras, ayudándome con las manos, donde el olor tan sano y agradable del tomillo nos abre el apetito que, ¡ay!, tenemos que cerrarle, porque no hay ni una mala lata de sardinas con que untarse el hocico.

Frente a mí, a poca distancia, chato y feo, se alza el cerro y una casita deshecha a cañonazos. Quiero encaminarme hacia allí y me detienen.

—No —me dicen—. No esperes subir al cerro; su aire mata envenenando al valiente que se asome. Miles de cadáveres de enemigos se pudren al aire y al sol; los cuerpos negros y fétidos de los somalis, guerreros de anillo de metal o hueso con que se adornan atravesándose la nariz; “moros rubios”, “macarronis”, “mierdeiras portugueses”, “zancudos”, “terciarios”, falangistas, “malditos” y requetés, toda la fauna de compra y venta de la traición, se pudre como merece, sin que una mano piadosa se extienda hacia ellos para darles sepultura.

”Lo extraño —sigue mi informante— es que entre los muertos hemos visto mujeres, y esto es lo que no hemos podido descifrar.

”Mira —me dice, señalándome una trinchera en la falda del cerro, a cien metros de la cresta y trescientos de nosotros—, allí están los muchachos que fueron héroes conquistando el cerro, que batieron a un ejército formidable como nunca fueron batidos, ni en los momentos más trágicos de la Gran Guerra, por un ejército popular y bisoño, mandados por oficiales que nunca fueron militares y que, sin embargo, saben llevarlos a la victoria.

Caminamos hacia el “observatorio”, y nada más tumbarnos en el suelo ocultos por unas piedras, las balas enemigas empiezan a buscarnos. Nos retiramos; si seguimos allí, los obuses italianos no tardarían en perseguirnos.

Me enseñan un cuadro grande de piedras que cercan un trozo de tierra. En la cabecera un cartel rústico dice: “C. N. T. - F. A. I. Aquí yacen los valientes compañeros que dieron su vida en la conquista del cerro. Todo por la Libertad y por el Pueblo.”

Guevara me habla del compañero capitán Antonio Luengo; cuenta y no acaba del compañerismo y bondad

de este luchador que hasta el momento de morir pedía ser enterrado con los demás compañeros. Y allí yace, en el último abrazo con los valientes.

Han ido llegando numerosos camaradas combatientes y destripacerros; nos preguntan, nos acosan con simpatías a los forasteros. Ignoran que somos portadores de las cuatro arrobas de coñac, y cuando las suben del coche oigo decir alborozados: "¡Ya tenemos optimismo!" No comprendo, y Guevara me lo aclara:

—Es que aquí al coñac le llamamos optimismo.

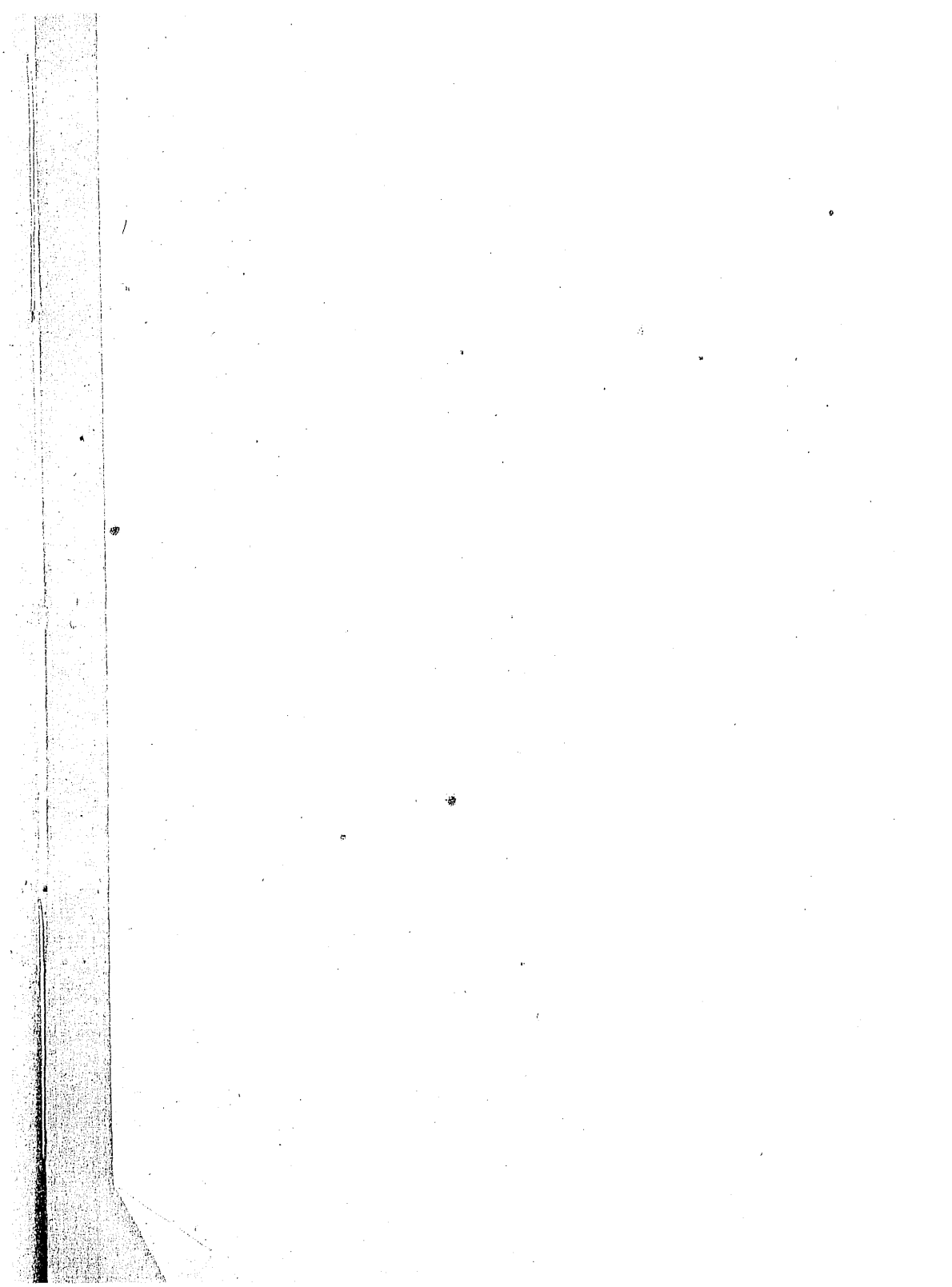
—Entonces —le digo— estar optimista aquí es estar...

Y le hago señas de beber. Todos se ríen, ... empieza con su "zumba" sobre los periodistas. En esto llega el comisario de batallón, X, uno de los comisarios nuevos que han salido del célebre campamento del Puente de Toledo, el limpiador de todos los vividores políticos del antiguo régimen. Magro y negro, este muchacho da la sensación de lo que es el nuevo ejército salido de la Escuela Militar.

Suenan voces; los "optimistas" se impacientan; quieren probar el "optimismo" para librarse del airecillo serrano que nos "pela". Mientras ellos prueban el "optimismo" especial para los combatientes que les he traído, el comandante y los dos comisarios charlan conmigo de lo que estamos de acuerdo y de lo que no se podría hablar en la Comandancia porque las paredes oían.

Vega tira unas fotos de la sepultura y de los "nichos" donde, enterrados, viven nuestros muchachos.

Empieza a zumbar el cañón enemigo al mismo tiempo que la noche va extendiendo su manto. Es el paquéo de los "macarronis", que de día no se atreven a disparar por miedo a nuestra artillería, que con su puntería certera fué la que decidió la victoria, llenando de muertos las trincheras enemigas, hasta el extremo que, cuando llegaron nuestros muchachos para ocuparlas, no pudieron entrar en ellas.



A lo lejos suenan motores. Nos recogemos prudentemente en los refugios. Es la aviación negra, que, ¡cobarde!, sólo se atreve a venir de noche, temiendo la llegada de nuestros "chatos".

Nos despedimos. Con los muchachos de mi escolta tomamos cerro abajo, trompicando con las piedras serranas que tanto heroísmo han visto en estos días.

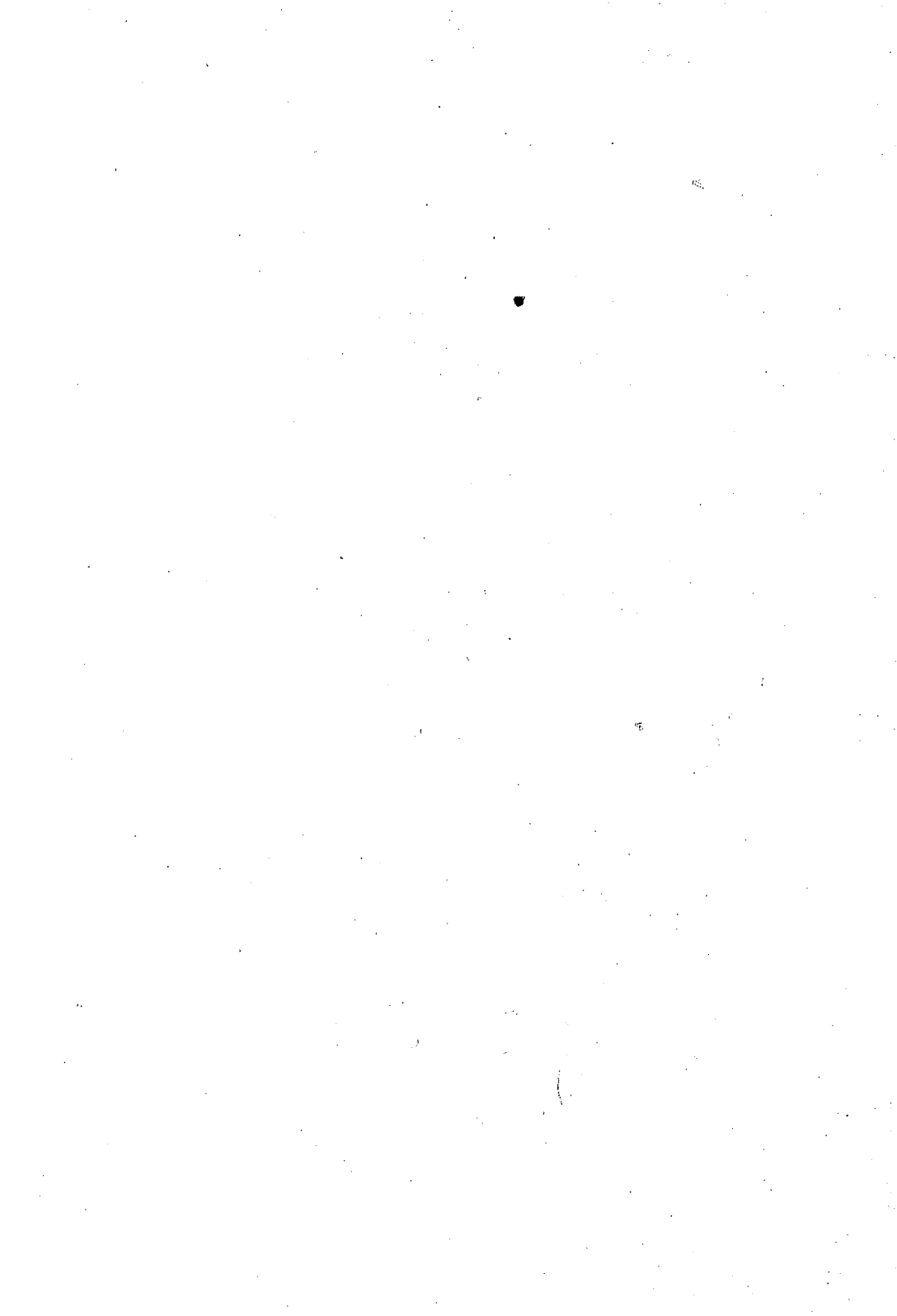
* * *

Nota muy interesante. — Al delegado de Transporte del reparto de Prensa, a la Delegación de Prensa de la Junta de Defensa: Nuestro diario C N T *no llega al frente de Madrid por ningún sector*; me lo dicen, me lo repiten los combatientes todos los días. *Hay sitio donde no llegó nunca*, y debe llegar a todas partes, como llegan otros. ¿Quién es el culpable?

6 Marzo 1937

SEGUNDA PARTE

**LAS DIVISIONES ITALIANAS VENCIDAS EN EL FRENTE
DE GUADALAJARA - LA ALCARRIA**



LA OFENSIVA ITALIANA EN GUADALAJARA

Diez mil italianos atacan por Cifuentes en intento de avance hacia Guadalajara, costándoles centenares de bajas.

El ejército invasor, viendo que no ha podido pasar el Tajuña, el Jarama, el Tajo y el Manzanares, intenta llegar a Guadalajara para cortar la comunicación con Levante por la carretera a Cuenca.

Más de diez mil aventureros, italianos y algunos portugueses acompañados de 20 tanques han atacado por Abánades, corriéndose hacia Algora y Mirabueno, con deseos de apoderarse de la carretera de Francia y poder lanzar por ella sus secciones motorizadas y adueñarse de los pueblos Gajanejos y Trijueque, para parapetarse en ellos y situar sus servicios secundarios, acentuando el ataque. Al mismo tiempo, desde Abánades ha lanzado sus fuerzas de infantería precedida de sus tanques, sobre la carretera de Cifuentes, hacia Brihuega.

La aviación facciosa estuvo bombardeando nuestras líneas durante tres horas, al mismo tiempo que su artillería lanzaba una lluvia de obuses que convertía en un infierno los valles de junto a la sierra de Mengarrón y sierra de Canredondo.

Todo lo resistieron estoicamente nuestros muchachos; hasta a los tanques aguardaron a que se acercaran a treinta metros, para zumbarles en la barriga de hierro y he-

rraje y tumbarlos, haciendo diez prisioneros italianos, que eran conductores de las máquinas de acero.

Nuestros muchachos, sin atolondrarse por ese ataque en tromba y en forma de cuña del enemigo, resistieron enormemente, obligándole a achatar la punta de su cuña, dirigida hacia Brihuega.

Desde Alcolea del Pinar, donde los facciosos han situado sus almacenes generales de pertrechos de guerra y de hombres y emplazado su artillería en el pequeño pueblo de Torrecuadradilla, han bombardeado Cifuentes, lanzando después sus tanques, teniendo que parar su ataque, porque el fuego de nuestra artillería les ponía una cortina que les impedía en absoluto el avance, mientras nuestros muchachos ametralladores les hacían un fuego sesgado que, cogiéndoles de flanco, quebraba la punta de la cuña, que es la manera peculiar en sus ataques.

Dos veces rechazados, los enemigos dieron por terminados sus intentos por el día y dedicándose a disparar obuses sobre la carretera general, para destrozarla, impidiendo el paso de nuestra motorizada.

De nada le vale toda su acción y todo su aparato. El Ejército popular le ha parado en seco como en El Pardo, como en el Jarama, sitios abiertos donde hemos luchado y vencido a esos ejércitos que pasaban por invencibles, demostrándoles que somos superiores en armamento y hombres. Y la táctica nuestra es igual aquí que en el Jarama: primero, el parón al ataque; luego, el empujón hasta hacerle retirarse donde a nosotros se nos antoje.

Precisamente, lector, en el momento que lees estas líneas, se habrá dado al enemigo una cantidad de "tomate" regular para que tengan para varios días y, si no relamerse precisamente, condolerse de la zurra recibida.

Para contemplar el envío de "tomate" y "pepinos" hecho al enemigo, ha venido hoy a visitar este frente el presidente de la Junta de Defensa y jefe del Ejército del Centro, general Miaja.

Le hemos visto, primero en el frente, recorriéndolo con su Estado Mayor, entre los cuáles van dos delegados de la C. N. T.

Después, he conversado con el general en el comedor popular económico que el Sindicato Unico de Guadalajara tiene en el café de las Columnas.

El plato de hoy, "judías blancas y huevos fritos", lo ha comido el general y su Estado Mayor. Como siempre, se ve lleno este comedor económico, de precio único, a una peseta y cincuenta céntimos el cubierto, en las horas de las comidas y de las cenas. Cuando entró el general Miaja y fué conocido por los milicianos y obreros que comían, le dieron una formidable ovación y vítores distintos.

Después de comer, hablé con el general y nuestros delegados. La sonrisa del general era esperanzadora y su opinión está reflejada en los manifiestos que dirige al pueblo; el optimismo más seguro está con él, y, sobre lo que vió en este frente esta mañana, dió su afirmación de que, en horas, tomaría otro cariz más favorable para nosotros la situación.

Hablé después con diferentes delegados de las escenas de abnegación y heroísmo de los muchachos de la Internacional y de nuestros soldados improvisados de nuestro también improvisado Ejército popular.

La sección de ametralladoras de Mirabueno, cuentan estos compañeros, al ver venir sobre sí la avalancha de invasores y carros de combate, lejos de huir y tirar las máquinas, reculaban de espaldas, dando siempre cara al enemigo y parándose con sus máquinas, para, disparando, mantener a raya al enemigo.

Cuando los muchachos pudieron llegar defendiéndose y hacerse fuertes en la casilla de camineros de la carretera general, el enemigo no tuvo más remedio que replegarse y admirar el valor de estos muchachos, que dejaban a compañeros suyos, muertos en un exceso de pun-

donor y heroísmo, sin perder ni una máquina de las que a ellos estaban encomendadas.

Por otro sitio donde se combatía, ocho muchachos de "Espartacus" rodeaban a un tanque italiano y, a tiros, por las troneras del carro de asalto, hacían rendirse a la tripulación y lograr el tanque para nuestras fuerzas. Yo he visto esta mañana temprano a muchísimos muchachos de nuestros batallones populares, maltrechos, sucios de barro y derrengados, cansados hasta andar cojeando y, como corriera el rumor de que íbamos a contraatacar nosotros, todos los males que les afligían desaparecieron, quedando dispuestos para el ataque.

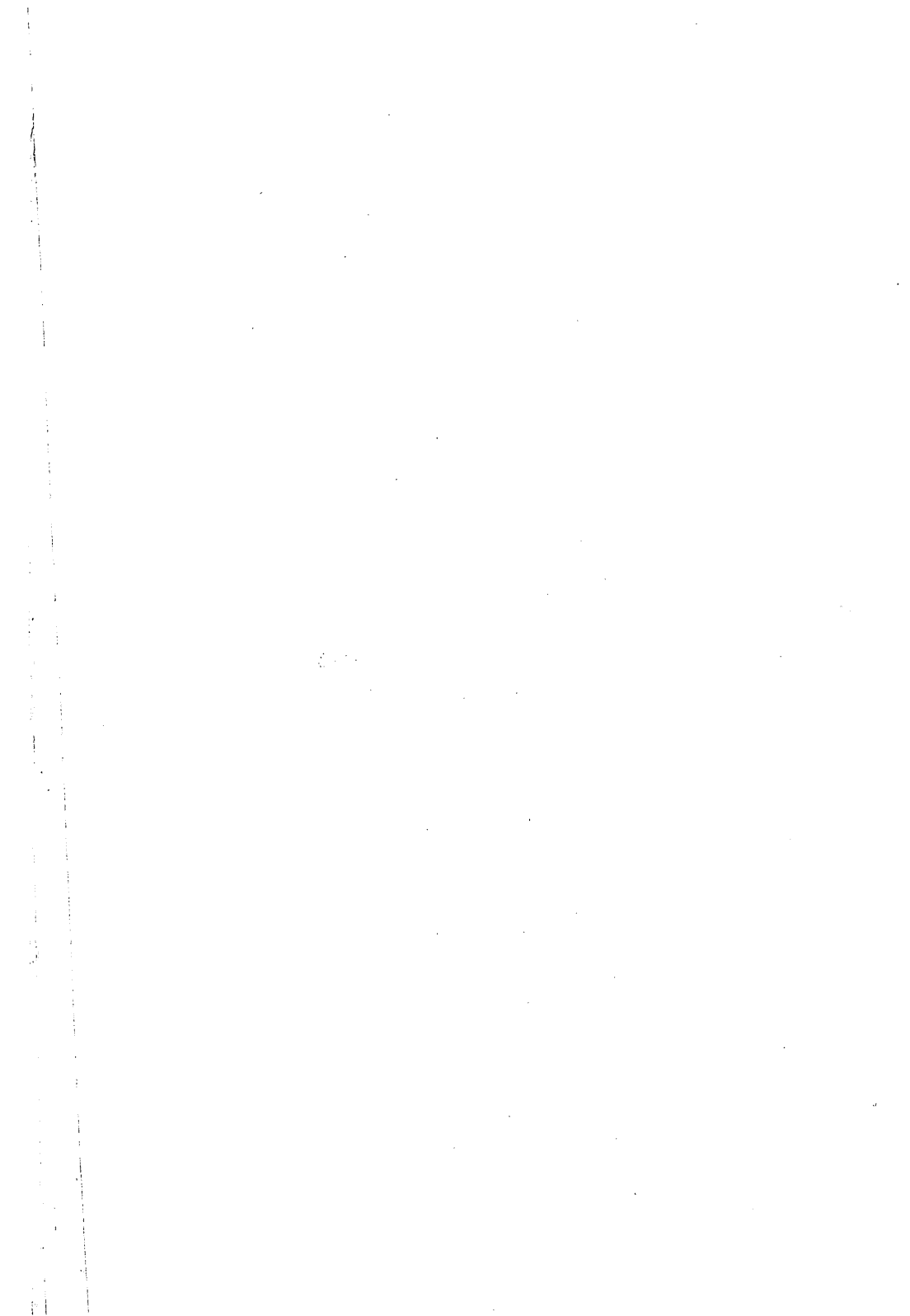
Esto no ocurre nada más que entre esta clase de muchachos, luchadores de fe e ideas y precursores de una vida de libertad y derechos, por la que luchamos.

11 Marzo 1937



COMANDANTE PEREA

Jefe del IV Cuerpo de Ejército (Guadalajara), una de las cabezas firmes de la defensa de Madrid



La artillería leal trabaja admirablemente en éste como en otros frentes.—Después de contener el ataque, hemos hecho retroceder al enemigo varios kilómetros.

Tenía hoy que hacer mi crónica del Frente de la Alcarria, pero de madrugada apareció feo el día, y con ese pensar, a las siete de la mañana, con un frío de enero, ya estábamos andando por los montes de Brihuega.

El duelo de artillería nos dejaba sordos mientras calentábamos los estómagos con el excelente jerez que nos dió el Ateneo Libertario del Sur a los artilleros, repartiéndolos con la famosa copita que ya ha corrido más de cien kilómetros de frente y servido a miles de camaradas.

El oficial y los muchachos lo agradecieron, pues a pesar de estar con el capuchón y los cuellos de los tabardos subidos, tenían frío de veras. Recorrido el monte, hablé con los bravos de la X y pude encontrar al alemán que había perdido una carta escrita a su novia en su idioma y firmada con un corazón, y varias fotos y que he buscado por todos los frentes, para entregárselas, durante semanas, hasta encontrarle hoy.

Inútil mi grueso capote y mis forrados guantes ante el frío terrible que hace; “mis muchachos”, como yo, con las orejeras de nuestra gorra, marca “Durruti”, bajadas, nos librábamos del frío en la cara y caminando hacia las avanzadas íbamos cuando un obús enemigo del veinte, cayó a unos metros de donde habíamos dejado el coche y me hizo temer por la vida de mi chofer, que como siempre, nos esperaba sentado en el “baquet”.

Cuatro “pepinazos” extranjeros más caen a nuestro al-

rededor obligándonos a tirarnos al suelo, al mismo tiempo que la naturaleza nos envía un chaparrón que nos hace buscar abrigo; cuando más llovía aparece nuestra aviación "zumbando" durante un buen rato al enemigo y volando tan bajo, que temimos por nuestros aviadores, que muy fácilmente podrían tropezar con las encinas gigantes del monte.

Como a nuestra izquierda se seguía escuchando intenso cañoneo y nuestros artilleros de este lado habían enfundado los cañones y nuestros "chatos" se habían marchado, cruzamos el monte hasta salir a la carretera general de Zaragoza y Francia. Por la carretera, con la "prudencia" (de alguna manera hemos de llamar al miedo) que en estos casos usa mi chofer, avanzamos más solos que un "uno", bajo el chaparrón que parece eternizarse; nuestra artillería, por este lado, no obstante el agua, seguía "zumbando" y, como viéramos que el enemigo empezaba a localizarnos con sus "pépinos", retrocedimos para llegar a tiempo de comer a Guadalajara.

Comiendo me enteré de que en Madrid han ocurrido acontecimientos y como por hoy, ante la inclemencia del tiempo en este frente no puede ocurrir nada, ponemos el coche a ciento treinta y a las cuatro de la tarde entro en las trincheras de la Ciudad Universitaria. Me acompaña un vasco, teniente muy simpático casi de dos metros de alto; por toda arma lleva una garrota de pastor y me dice alegre como unas pascuas:

—Hemos volado medio edificio de la Escuela de Arquitectura dejando enterrados muchos enemigos.

Por la tronera, entre los sacos terreros, veo cómo trabajan los "destripacerros". Están cerca de los fusiles enemigos que disparan contra ellos, estrellándose las explosivas contra los tanques que les resguardan. El que hayan entrado tanques nuestros al terreno de la Universitaria es un signo admirable de que ya podemos caminar por terreno tomado al enemigo.

A pesar del peligro que supone exponerse a los disparos de los facciosos, nuestros muchachos trabajan ante mis ojos para desenterrar varias ametralladoras que con más de ciento cuarenta muertos de nuestros "vecinos", han quedado sepultados en los escombros del edificio.

—Es una lástima que no hayas estado aquí—me dice el teniente vasco—hubieras podido sacar unas fotos únicas, como las que tienes de otros frentes.

Yo me echo a reír.

—¿Lloviendo? —le digo.

—Es verdad —responde sencillamente mi amigo—; pero de todas formas, algo si hubieras visto.

El "echador" de mi escolta, que oficia de monaguillo escanciando el vino en la copa que llevamos, que parece un cáliz, le da una copa al bravo, que toma paladeando y que le hace reconocer es un excelente jerez. Los muchachos se reconcentran en un refugio para librarse del chaparrón que otra vez se deja caer y beben relamiéndose los labios, alegrándoseles los ojos y respingando la nariz.

En este momento se escuchan los disparos enemigos más extendidos y nos lanzamos todos a las troneras a ver la causa. No es nada; uno de nuestros tanques que enfila la calle pasando ante las narices del enemigo en busca del material que precisan en fortificaciones para dejar en condiciones de defensa la casa tomada, para que valga de avanzadilla esta noche.

El chaparrón continúa y tengo que ir a El Pardo antes que anochezca y cuando llego a la Cuesta de las Perdices, los muchachos de Perea y de la C. N. T., me cuentan lo ocurrido en aquel sector durante la jornada. Un golpe de mano nuestro, que le ha costado al enemigo varios muertos y heridos, mientras nuestros muchachos templan su ánimo con estos golpes, esperando llegue la hora de avanzar, que colmará sus deseos.

12 Marzo 1937

Día grande el de ayer, en el que nuestro Ejército Popular y los “chatos” dieron lo suyo al enemigo.—Tanques y camiones fascistas inutilizados, y gran número de bajas causadas en las filas invasoras, es el resumen de la jornada.

Lo decía en mi primera crónica después de mi segunda visita a este frente: primero el parón, después la paz, y así ha sido. Ayer hemos tenido un verdadero éxito a pesar del tiempo tan frío y tan malo que hace por estas alturas. Por la noche cayó una nevada que no tardó nada en cubrir los cerros y esta llanura inmensa de un manto blanco, resistentes al fortísimo aire que hacía. Nuestros muchachos envueltos en mantas y dando patadas en las trincheras, aguantan al frío y al enemigo. Nuestros tanques pasan y pasan arrollando todo lo que se les pone por delante, árboles, carrascos, encinas, cercas, trincheras y hasta a los tanques “pulgas” de los “macarronis”, que huyen como alma que lleva el diablo en cuanto divisan los nuestros.

Ayer, a pesar del frío, la lluvia y la tierra encharcada, llenos de barro hasta las orejas, nuestros muchachos atizaron un “tomatazo” a los invasores; nuestros tanquistas les han dado lo suyo; los invasores ocuparon por la noche el pequeño pueblo de Trijueque y nuestro Ejército Popular, sin darles tiempo a calentar el sitio, les atizó “candela” y los hizo salir más que deprisa.

Nuestros artilleros, con un acierto asombroso, hacían caer sus obuses en medio de las masas compactas de “macarronis”, causándoles gran número de bajas. Nuestros

muchachos avanzaron a la carrera, para sacudir el frío, y en medio de la lluvia y la nieve, les hemos visto hacer heroicidades.

Ciento cuarenta hombres de un batallón, gente sin foguear, se vieron extraviados en la llanura, cegados por la nieve, en medio de tierras blancas que no presentaban señal alguna para orientarse, sin más jefe que un sargento; pues bien, en vez de amilanarse ocuparon una trinchera que había sido enemiga y en ella se dispusieron a esperar acontecimientos.

En esa situación hube de encontrarles yo en este mi afán de méterme por todas partes y los muchachos, al saber quién era, se alegraron mucho de tener quien les ayudara a juntarse con los suyos.

Les repartí una copa de jerez que les calentó el cuerpo y acompañándome uno de los muchachos lo conduje doce kilómetros fuera de la línea de fuego, donde encontramos quienes pudieran determinar su situación. El comisario político y el comandante de este batallón, tuvieron gran contento al saber de sus muchachos, perdidos en el fragor del combate y yo fuí premiado con un franco apretón de manos de los jefes y soldados.

Continuando deambulando por otra parte del frente, llegué a Trijueque, y desde allí pude precisar cómo nuestra artillería sembraba sus "pepinos" entre los enemigos. Yo no había visto correr en tropel, nunca, a los "macarronis", pero os aseguro que no pude contener la risa; parecían una bandada de "aves frías" volando a ras del suelo cubierto por la nieve.

Veo venir un tanque lleno de barro rojo que es el color de estas tierras alcarreñas, le hago señas y para y nos encontramos con antiguos compañeros de armas en estas mismas tierras, pero poco más al Norte, lindando con Soria. Hablamos, como no; me dicen: Ahora vendrán otros seis tanques nuestros, de este mismo tipo y serie, todos somos compañeros de la F. A. I. que nues-

tro capitán, compañero también, ha buscado entre nosotros. Armonizamos admirablemente y puedes asegurar que nuestro capitán es el hermano mayor que nos conduce a la victoria.

Hoy hemos estropeado ocho tanques "pulgas" de los italianos —sigue diciéndome—, y hemos hecho volar varios camiones de municiones, pero hemos visto con dolor que el enemigo no corresponde a nuestra delicadeza con los prisioneros, porque los fusila sin formación de causa. "Rojo" que cogen, "rojo" que matan.

Estábamos hablando, seguiríamos hablando aún, cuando pasan nuestros "chatos", tan bajos, que el aire de sus hélices casi nos desnuda, y yo salgo corriendo en busca de mi coche, y salimos desbocados en busca de un sitio que me permita ver la zurra de los nuestros a los "macarronis". Quiero verlos correr otra vez, como "aves frías" sobre la nieve.

Nuestros aviones de bombardeo empiezan a descargar; las explosiones se escuchan, aumentadas por el eco, en esta tierra de nubes bajas; por fin llego a un sitio de altura, un cerro que, para seguir en él, tenemos que agarrarnos en ristra, como los ajos, mi escolta y yo, porque el aire nos lleva; pero vemos correr a los "macarronis" y vemos a nuestros "chatos" cómo atizan "candela", para "calentarles".

Se han cogido nuevos prisioneros. Se pasan también a nuestras filas muchos "camisas negras".

En la plaza de la República del pueblo donde pernotamos, se exhibe, como a bobos caídos en cepo, a los "macarronis" cogidos. La lluvia —¡qué lástima de foto! (hoy no ha venido conmigo el compañero Vega)— impide que yo tire una placa.

Pero, bueno, llevo en el corazón las fotos de la jornada, y con ayuda de mi pluma, las trazo en las cuartillas.

La más tremenda zorra que se ha dado a los italianos.—Magnífico botín de guerra.

En mi crónica del frente de la Alcarria del sábado, decía: "Los invasores ocuparon por la noche el pequeño pueblo de Trijueque, y nuestro Ejército Popular, sin darles tiempo a calentar el sitio, les "atizó" candela y les hizo salir más que de prisa."

No pude dar la noticia sensacional de la tremenda victoria obtenida y del enorme botín recogido porque a la hora de cerrar nuestro periódico se combatía aún en la carretera de Aragón, donde la furia española causaba a los italianos una derrota que asombrará al mundo.

Nuestros muchachos estaban terriblemente irritados contra el enemigo alevoso y cruel que, siendo un ejército regular, no respeta las leyes de guerra salvaguardando la vida de los prisioneros que hace, mientras nosotros no sólo respetamos la vida de los prisioneros, sino que curamos a sus heridos y enterramos a sus muertos.

Los italianos, cuando ocuparon Trijueque por sorpresa, sorprendieron a veinticinco muchachos de "Espartacus" y los fusilaron. Fué así.

Iniciada por los leales la retirada de Trijueque, obedeciendo a conveniencias estratégicas, por una parte entraban los invasores y por otra los de "Espartacus", que, al ver tres compañías y creyendo que eran de nuestros internacionales por su gran parecido en el uniforme y porque levantaban el puño gritando: "¡Viva Rusia!", se confiaron. En este momento evolucionaron dos compañías, dejándolos encuadrados de espaldas a una pared, donde, después de desarmados, les fusilaron.

Dos de los muchachos, al hacer la descarga, se dejaron

caer al suelo y, como no remataron a los heridos dándoles el tiro de gracia, estos dos compañeros siguieron tumbados hasta que entraron los nuestros a las pocas horas y se presentaron.

De ahí se comprende el odio con que atacaron nuestros muchachos, pues la noticia del horrendo crimen de los italianos corrió como el agua por toda la línea de fuego.

El enemigo, después de su entrada en el pueblo, tan "fácilmente" conseguida, pensó que todo era así de fácil, y sólo se preocupó de prepararse para hacer de Trijueque la base de alimentación y aprovisionamiento de municiones para su ejército.

Pero no contó con la huésped. El general Miaja visitó el frente, y no hay cosa que entusiasme más al Ejército que saber que sus jefes están con los soldados en el momento del peligro y que les alientan y les entusiasman.

Cuando la satisfacción de la visita del jefe superior del Ejército Popular entre los soldados era grande y se esperaba la orden de atacar, llegó un muchacho de "Espartacus" que había podido escapar del crimen de los italianos, trayendo sobre sus espaldas a un compañero herido. Por él se supo lo ocurrido en el pueblo ocupado por el enemigo y su salvaje comportamiento con los prisioneros tan traídoramente cogidos.

Desde ese instante parecía imposible sujetar el coraje de los muchachos; momentos hubo en que parecía que iban a lanzarse al ataque sin esperar la orden del Mando.

Todo llega, y cuando llegó la orden nuestros muchachos avanzaron hasta el kilómetro ochenta y, rápidamente, tomaron los dos caminos que en la carretera de Aragón tiene el pueblo: uno antes de llegar y el otro al pasarle, que termina en la ermita. De esta manera quedó cortada la retirada a la motorizada enemiga, mientras que nuestros tanques avanzaban a todo meter y con toda holgura por la carretera.

Sorprendidos los italianos, fueron materialmente cazados en su huída. Digo huída, no retirada, puesto que dejaron cuanto tenían y llevaban y escaparon por donde pudieron. De ahí que se vean sus muertos diseminados por los campos en todas direcciones, entre mantas, macutos, fusiles y diferentes útiles abandonados sobre las tierras recién sembradas y embarrizadas.

Junto al cuerpo de un capitán italiano y atada a un botón de su guerrera, cogí una caja de cargadores de fusil ametralladora. En la caja hay una inscripción que dice textualmente:

N.º 5

*Caricatori di Cartucce a pallottola. Mod. 91-95
per Mitragliatrici leggera Solenite.*

*Callandata a Campo Tizzono
1.057-0,10-D. N. A. 4, 936-XIV*

(Hay un sello que dice: *Campo Tizzono. J. M. I.-1936.*

Veinte balas tiene cada cargador, que no valen para nuestro fusil.

Cogidos los dos caminos del pueblo, fácil fué todo lo demás. La artillería del veterano de este frente, capitán Peralta, no tuvo más que tirar a cero y hacer caer como moscas a los italianos que huían, corriendo cuanto podían para meterse entre los chaparros del monte y ocultarse a la vista de nuestros artilleros.

Cuando se encontraban en esta situación tan apurada, apareció nuestra aviación que, descargando sus bombas sobre el enemigo, hizo una verdadera sarracina en las filas de los invasores. Tal era el miedo que llevaban en su afán de librarse de nuestros muchachos, que en un peñascal que hay en el monte no vieron un pequeño pero hondo barranco entre las encinas, que quedó lleno de

muertos. De allí se sacó a un "camisa negra" herido gravemente en un muslo, y que se expresaba en español, aunque es italiano.

Tres horas duró la zurra.

Cuando nuestros muchachos se cansaron de perseguir a las "liebres" y regresaban al pueblo, un capitán me decía:

—¿Qué te parece, corresponsal, esta paliza?

—Que ha resultado —contesto yo— una sopa a la italiana, que debemos llamar "tómate al macarroni".

Una risa general acoge mi "bautizo" y cuando celebramos mi "salida" vemos llegar a un grupo numeroso. Nuestros muchachos han hecho varios prisioneros que formados, con toda consideración y respeto, que no merecen, son llevados a Torija, donde aun está el general Miaja.

Prohibido el hablarles antes de ser interrogados por el general, suspendo mi interrogatorio que había empezado con un italiano que con sus gafas tiene aspecto de intelectual. Habla seis idiomas.

Visitamos el material atrapado al enemigo y mientras el compañero Fernández Vega tira unas "fotos", yo tomo la "partida de nacimiento" de los cañones, que es ésta:

Franchi-Gregorini, 1918

BRESCIA

Canone de 75 mod. 1911

Se nos escapa a la vista tanto material. Revisamos las ametralladoras, más de sesenta y cuando seguimos nuestra investigación a caza de "partidas de nacimiento" de máquinas y camiones, llegan unos artilleros y ametralladores, cogen máquinas y municiones y se largan con ello, tirando de los cañones sus propios tractores que emplazan en sitio conveniente y volviéndolos contra sus desposeídos propietarios.

Llega la aviación enemiga y cuando nos han largado un par de "castañas" aparecen nuestros chatos" que les acometen como rayos, haciéndoles huir cobardemente.

Un avión nuestro, es destrozado por el aire tan terrible que hace, arrancándole la cola y un ala y vemos al aviador que salta del aparato lanzándose a tierra, donde cae como una piedra sin habersele abierto su paracaídas.

Luego nos enteramos de que era el teniente que hace poco llegó del campo enemigo al aeródromo de Barajas con un avión lleno de bombas, pasándose a nuestras filas. Un valiente más, caído en la lucha.

No podemos circular por la carretera. Vamos llenos de barro, de los pies a las orejas, el amigo Vega ha librado mejor que ninguno, apenas se ha ensuciado de barro y eso que, como nosotros, tuvo que tirarse en plena tierra arada para librarse de las "castañas" de los "negros", que tiraban a dar.

Cuando regresamos a Torija, es ya de noche; no hemos comido, ni sabemos dónde ni cuándo, porque no encontramos quien nos venda ni un pedazo de pan. Todo lo tiene la Intendencia y nuestra Brigada 39 no está aquí.

Salimos en busca de algo que comer y deseando ver al compañero Mera, que manda su División cerca de aquí; al comisario de guerra compañero Barea, o al delegado de la C. N. T. compañero Paredes. No los encontramos.

A la desesperada queremos comprar algo en Guadalajara y todo está ya cerrado y como las tripas nos llaman, adoptamos el regresar a Madrid, comer, cenar y dormir, que bien lo merecemos, y mañana será otro día.

15 Marzo 1937

... y una vez que ya no quedaba nada más que hacer, se fue a dormir a su casa.

Un combate ganado por los “destripacerros” y la caza de “macarronis” por los montes de Ga- janejos.

La zurra dada a los italianos por nuestro Ejército popular, además de pasar a la historia, trae cola y la traerá durante varios días hasta que avancemos y la repitamos, si es posible aumentada.

Nuestros “destripacerros”, que tan bravamente se portan delante de la primera línea, construyendo trincheras para que las ocupen nuestros muchachos, han ganado un combate sin tirar un tiro.

Dos batallones, pico o pala al hombro, caminan por el monte, evitando la carretera batida por los obuses de la artillería italiana; caminan en guerrilla, para no formar masa compacta en la que pueda hacer bajas la metralla.

Ven grupos enemigos, que en vez de enfrentarse huyen.

Los “destripacerros” llevan una tropa de protección con fusiles y bombas de mano, pero a mi juicio, escaso el número de hombres combatientes. Continúan su marcha “escamados” de los grupos de “condottieri”, que ven de vez en cuando.

Un enlace de los “destripacerros”, vuelve atrás con petición de su jefe de que le envíen una sección de soldados con una ametralladora en servicio de protección; mientras vuelve el enlace empiezan a construir la trinchera, que ha de valer para ellos hasta que puedan seguir adelante a construir otra.

Los muchachos de protección, vigilan atentos.

Nuevos grupos aparecen y desaparecen entre los carrascos, como ladinos o temerosos de presentarse. Como

vale más una seguridad amarga, que una duda, los “destripacerros” se deciden a realizar una descubierta por su izquierda para ver si los grupos son numerosos. Efectivamente, grupos de quince o veinte enemigos, sin gana de pelea, huyen al ver a nuestros bravos de fortificaciones.

Llega un refuerzo de veinticinco hombres acompañados del enlace; se les dice lo que hay, y el teniente dispone se haga un movimiento envolvente, contando con que el enemigo no pasará por este lado.

Siguen trabajando los “destripacerros”, sin hacer caso de algún que otro disparo que escuchan cerca.

Suena luego nuestra ametralladora y al poco rato se oye venir a la carrera a muchos. Nuestros hombres preparan sus pocos fusiles, sus muchos picos y palas, y algunos, cuchillos y navajas.

Les dan el alto a los que llegan huyendo, y una voz, en español macarrónico, dice:

—¡Camaradi! ¡Camaradi! Somos amigos de spagnoli.

—¡Altò!— se oye detrás de ellos, y aparece un grupo de las fuerzas nuestras que salió antes en busca de enemigos.

Los italianos tiran el fusil y alzan los brazos.

—¡Camaradi! ¡Camaradi!— repiten temerosos de ser asesinados como ellos asesinaron a nuestros muchachos.

Los nuestros les cachean y les quitan los cuchillos y algún arma más que llevan. Por un bajo se ve llegar a otro grupo de nuestras fuerzas que también trae prisioneros; cada uno trae su fusil; cada uno de nuestros muchachos traen los cerrojos de los fusiles enemigos, así cargan con su peso los “macarronis” y no cansan a nuestros muchachos.

—Más lejos— dice un italiano, señalando hacia Guadalajara— hay más compañeros deseando entregarse.

Yo miro desconfiadamente al autor de la confidencia.

Será posible que hasta ese extremo les lleve el deseo de libertarse de Mussolini y en Italia no haya ninguno que se erija en justiciero.

Nuestros muchachos forman los prisioneros para llevárselos, pero muy cerca aparecen otros grupos.

—Llámalos —dice nuestro teniente al italiano—. Diles que se entreguen, que no les hacemos nada; que dejen los fusiles en el suelo y que vengan.

El prisionero así lo hace y advertimos dudas y discusiones en los del grupo enemigo.

Por fin, la mayoría, dejan los fusiles en el suelo y vienen hacia nosotros. Tres o cuatro se marchan sin intentar tirar un tiro; no marchan, no, hacia sus trincheras, dos kilómetros más lejos; marchan huídos de todos, buscando, quizá, una providencia que los libre de la guerra.

¿Pero dónde?

Nuestra aviación llega zumbando en el aire con el ruido de sus hélices, que nos atruena. Tenemos que tirarnos todos al suelo, puede confundirnos.

Nuestros “chatos” pasan y repasan sobre la señal del suelo, sin duda se escaman de que podamos ser nosotros, tan delante de las avanzadas.

Nosotros pasamos algo así como eso que llaman “guindama”; pero, por fin, siguen, y empiezan a soltar píldoras especiales para la cabeza y el pecho, marca “chatos” y los bimotores, cajas de “tomate”, que, bueno, les valen a los “macarroni” como para salir corriendo.

Confiados ya en que nuestra aviación sabe que somos buenos muchachos, subimos a un pequeño cerro, nos tumbamos y vemos a nuestros “chatos” subir y bajar como un columpio de verbena —atizando cada píldorazo; que tumba— y a los bimotores sembrando de “tomate” donde los italianos tienen sus depósitos generales.

Mientras tanto, los prisioneros, confiados ya en que no

les hacemos nada, charlan con nosotros contándonos cuentos italianos.

Todos son unos angelitos: ninguno es fascista de corazón; casi todos los del Ejército --no los "camisas negras"-- han venido engañados.

¡Y yo que creía que los italianos eran unos granujas; que no los engañaba nadie!

Esta "camaradería" no impide que se les forme, encuadrados entre nuestros muchachos y se les conduce a Torija.

Aparece la aviación fascista, que bombardea nuestras líneas; pero de prisa, y se encamina a bombardear Guadalajara y Alcalá.

Va en busca de mujeres y niños, para asesinarlos en poblaciones que están muy distantes de la línea de fuego.

Nuestros "chatos" aparecen providenciales, y los hacen huir.

¡Cobardes! ¡Asesinos! ¡Miserables!

16 Marzo 1937

Nuestra aviación derribó ayer cuatro aparatos enemigos y bombardeó la retaguardia italiana, en la carretera de Aragón.

Va apareciendo la cola de que hablaba en mi artículo anterior.

De las cuevas de las casas de Trijueque sale mucha gente que llevaban cinco días sin comer ni beber. Son campesinos del pueblo, indiferentes a la lucha, o de derechas, que al ser ocupado el pueblo por las fuerzas italianas se quedaron en él; campesinos atentos sólo a trabajar para vivir, propietarios de pequeñas tierras y caciquillos de la situación pasada, que descontentos con el desarrollo de nuestro programa de izquierda deseaban que llegaran los fascistas para vivir en paz con "Dios".

Me lo decía una vecina del pueblo que con su hija de veinte años huyó de Trijueque cuando entraban los enemigos y que en mi coche llevé a sitio seguro.

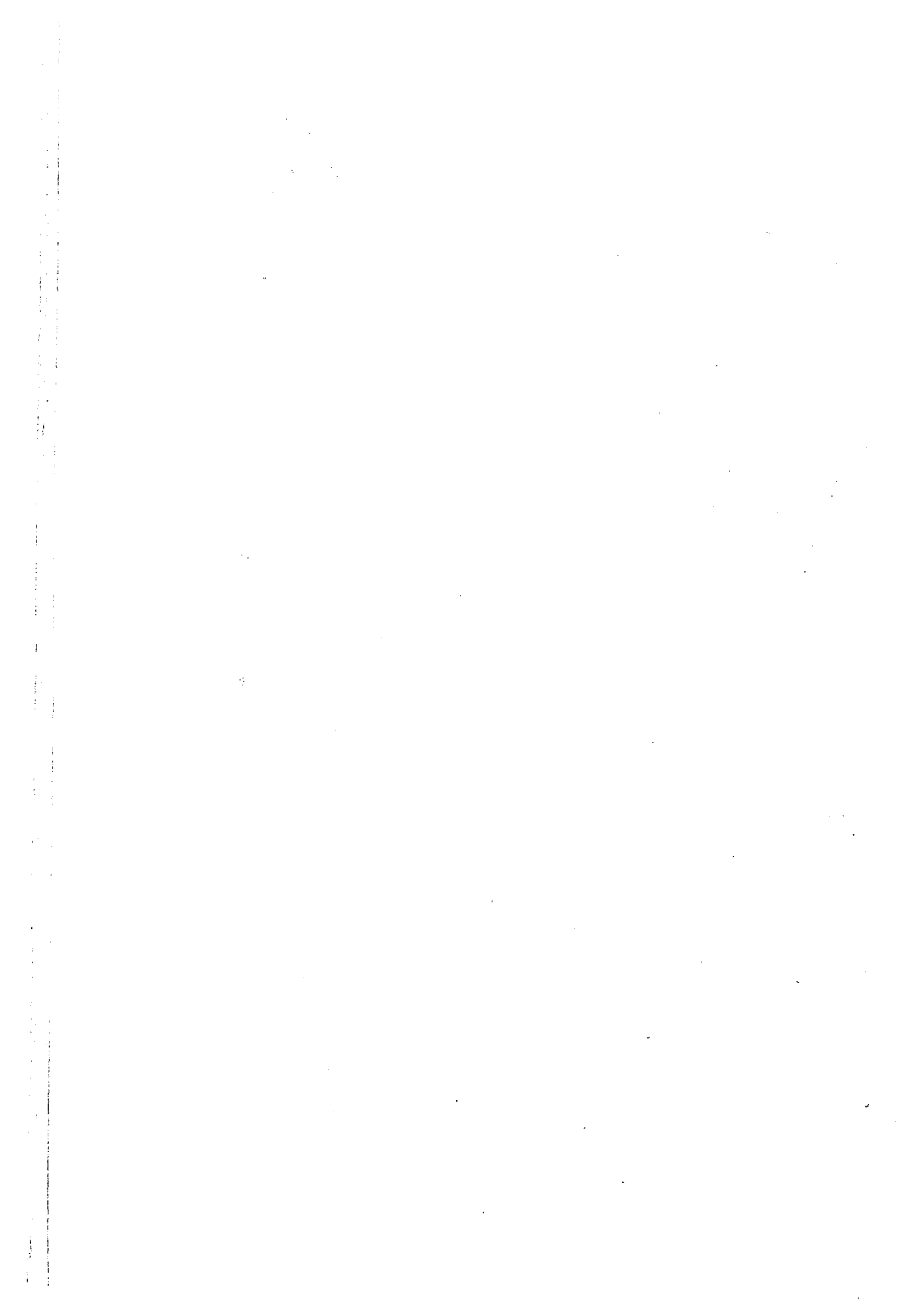
—Somos muy pocos los que hemos escapado del pueblo dejando la poca hacienda que teníamos —me decía—. Ya ve, casi todos son de derechas; yo he dejado tres cosechas de aceite enteras y una de trigo; no sé ahora de qué viviremos.

Y, efectivamente, cuando nuestros muchachos atacaron para recuperar el pueblo, vieron muchos vecinos que huían con los italianos.

Ahora, al hacer la requisita general, a fondo, en busca de enemigos, van apareciendo escondidos. Cuando nuestros "destripacerros", que son los primeros que les han encontrado, les decían que salieran, muchos lloraban, y no pocos se negaban a salir temerosos de ser castigados.



TENIENTE CORONEL ARDERIUS
Jefe del Estado Mayor de la 5.^a División



Por fin, salieron y cada uno decía una cosa, pero hubo uno, se le veía perfectamente que era del pueblo y campesino, que apareció vestido con el uniforme de comandante del Ejército invasor, y cuando se iba a preguntar quién era saltó rápido, señalando a otro vestido de campesino.

—Esta ropa es de ése, que es italiano, y que al refugiarse aquí ha roto muchos papeles y me ha obligado a cambiar la ropa con él.

El aludido, pálido como un muerto, no comprendía lo que se hablaba, pero desde luego, sabía que se hablaba de él.

Se le hizo cambiar la ropa que no era suya por el uniforme, y ya en su papel, se buscó los papeles que rompió escondiéndolos en la cueva y todo se entregó al mando.

En esto estábamos cuando aparece la aviación negra, en número de más de cincuenta aparatos entre trimotores y “cazas”, y como ya sabemos lo que significaba procuramos ponernos al abrigo de sus “caricias”.

Pero rápidos como el rayo y el relámpago y tonantes como el trueno, llegan nuestros “chatos”, se meten entre los aviones enemigos y ya no nos acordamos ninguno de los leales de escondernos. Expuestos a las “castañas” que soltaban los aviones enemigos y que caían en pleno monte, sin objetivo y sin daño, no teníamos más que ojos para mirar a nuestros bimotores, a nuestros “chatos”, que, unos lanzando “cajas de almendras de Alcalá” sobre las filas italianas, y otros zumbando a los trimotores “negros” y a los “cazas” enemigos, que debieran llamarse liebres, porque sólo saben huir; nos dieron un espectáculo terriblemente trágico; ciento diez aviones en el cielo en lucha infernal, pero fué una esperanza de libertad para nosotros.

Nuestros “chatos” subían, bajaban; tan pronto se les veía “rizar el rizo” como dar cuatro vueltas de campana, como hacer el “borracho”, como caer en barrera, dándo-

nos sustos tremendos al creernos que, tocados, caían para estrellarse en tierra; pero, quiá, eran trucos, martingalas de los muchachos de la aviación, que se valían del dominio que tienen del aparato para atacar por todas partes y en todo momento a los aparatos enemigos.

Cuatro aparatos de los invasores, tres cazas y un "Junker", derribaron nuestros "chatos"; mientras tanto, nuestros bimotores castigaban terriblemente al enemigo en su retaguardia, causándoles enorme número de bajas que veíamos nosotros a simple vista desde lo alto de nuestro "observatorio".

Los aviones enemigos huyeron, felones, sin poder lograr lo que pretendían, y nuestros cazas descendieron aún más, de la baja altura que llevaban, y casi rozando las trincheras italianas les arrearon cada "píldora" que les hacían hacerse los muertos (muchos lo hacían de veras).

Cinco horas duró la "zumba" de nuestra aviación al enemigo, al que dejó terriblemente quebrantado, obligando con esto a que salieran de los montes cercanos a Trijueque, grupos de "voluntarios" italianos con armamento completo que alzando el brazo y gritando ¡Viva la República!, se presentaron a nuestros muchachos.

Dicen los presentados, que todavía hay muchos soldados italianos por los montes, temerosos de presentarse a nosotros, porque están creídos por lo que les han dicho sus jefes, que no damos cuártel al vencido y que, por eso, ellos fusilaban a cuanto "rojo" cogían, herido o sano.

Venían aterrados, porque habían presenciado el castigo tan tremendo que nuestra aviación había inflingido a sus compatriotas. Decían que si alguno de los que se presentaban, llevara consigo un papel oficial del mando español y lo dejaran recorrer el monte en busca de soldados italianos, que no están escondidos, sino evadidos de sus propias filas, a las que no quieren volver, y temerosos de entregarse a los "rojos", se conseguiría que en plazo

de horas se presentaran más de quinientos, que están haciendo vida de hambrientos, alimentándose de caza, que sin tirar un tiro, por si los descubren, se procuran en el monte, durmiendo en cuevas y hoquedades naturales que les resguardan del agua y del frío.

Ya van unos trescientos prisioneros, italianos todos, unos heridos, los menos, y otros que se presentan a nuestras fuerzas.

Esperamos que antes de fin de mes lleguen a mil, pues se van descubriendo las mentiras con que les han engañado sus jefes y van perdiendo el temor a que les asesinen, como hacen ellos con nuestros "rojos".

En Brihuega, de la cual estoy a dos kilómetros, nuestros muchachos confederales, están terriblemente indignados, porque los italianos en Trijueque han asesinado, como en Sigüenza los fascistas, a ochenta compañeros del batallón de "Voluntarios U. G. T. - C. N. T.", que sorprendieron en la iglesia durmiendo cuando entraron en el pueblo. Pusieron dos tanques frente a la puerta, los llamaron y según iban saliendo las ametralladoras italianas los iban asesinando.

Este crimen perfectamente comprobado, con datos y pruebas irrefutables, da razón de cómo comprenden las leyes de guerra los cobardes jefes italianos, que así han asesinado en Abisinia a media población.

17 Marzo 1937

En un golpe de mano, unos cuantos impacientes
“requisan” al enemigo varias “motos”.

¡Maldita sea el tiempo...!

Es la maldición repetida por nuestros muchachos desde hace muchos días. Y es que el mal tiempo enloda de tal modo las tierras laboradas, que quien se meta en ellas queda ligado y le cuesta mucho trabajo despegarse.

Así no se puede avanzar con la ligereza que requiere un avance contra un enemigo motorizado, como el que tenemos enfrente. No hay más que hablar con nuestros muchachos; todos están llenos de barro, sus botas fuertes, del color de la tierra alcarreña, parecen que han andado por el amasijo de barro de un escultor, y todos dicen lo mismo:

—Cuando atacábamos a Trijueque, mientras trotábamos por la carretera, menos mal, pero al entrar en las tierras, como no podíamos andar, si los italianos son valientes, nos abrasan.

—Mirar como vengo yo —les digo—, he atravesado a pie todas las tierras desde la carretera de Aragón a la de Brihuega y no es para tanto como decís— les espeto.

—No, compañero —interviene un cabo—; no hay quejas, ni lamentos en nuestras palabras, hay comentarios.

—Bueno —insisto—, ya sé que no os quejáis y que estáis dispuestos a atizar “tomate” aunque fuera ahora mismo. Pues bien, yo os doy una noticia que puede traducirse en un buen golpe de mano. Ahí delante, a medio kilómetro de nosotros, he visto llegar a varios motoristas enemigos que han dejado sus máquinas en el monte y ellos y sus protectores se han alejado hacia un barranco.

—Será alguna reunión; avisa a la artillería— dice uno.

—No —dice otro—; debemos de ver lo que dice este corresponsal, y si fuera factible, apoderarnos de las máquinas y de los que las usan.

—No sería mal golpe— dice un sargento.

—Será necesario avisar, no sea que nos sacudan al ver nos salir de la avanzadilla— dice otro.

Todos nos quedamos perplejos. La razón expuesta por este compañero tiene reparos lógicos.

Se le habla al capitán, que está deseando hacer algo que señale a su compañía. Se avisa que se va a salir a hacer un reconocimiento y veinte hombres decididos, con un teniente y el cabo que me rectificó, se adentran por entre los carrascos, cautelosamente; yo les indico.

Efectivamente, a cuatrocientos metros hay seis “motos” magníficas, cerca está la carretera mojada que parece un riel de acero.

Los muchachos sacan las “motos” a la pista de asfalto y empujándolas las traen hacia las trincheras.

Nadie se había dado cuenta más que nosotros y los de la Internacional, que se acercan a verlas; son magníficas marcas italianas, tienen dos manillares; uno, el guía; otro, auxiliar de sujeción para que el protector que acompaña al enlace, que no tenga necesidad de agarrarse al conductor y lo imposibilite.

Mientras tanto, una de nuestras máquinas que ha localizado el sitio donde estuvieron las motos, espera que aparezcan los que las montaban. Sin duda, al ver que no están, pensarán se han equivocado de lugar y las buscarán, y entonces es llegado el momento de que hable la ametralladora.

Esperamos todos casi sin respirar, aunque no importa que respiremos y hablemos, y aparecen unos veinte, al parecer oficiales la mayoría. Buscan por el monte y entonces hablan, no sólo una de nuestras máquinas, sino otra, y el enemigo intenta escapar tirándose al suelo, es-

condiéndose tras las rocas que pueden proteger sus cabezas. Ya no les vemos.

¿Estarán muertos? ¿Los encontraremos tiosos en nuestro próximo avance? ¿Habrán escapado?

Después, en el pueblo, me entero que hoy se han cogido en otro sitio más “motos” al enemigo.

Anoche me decía un comandante pequeño, pero muy grande, de uno de los batallones confederales que luchan en este frente:

—Mira, viejo, te doy palabra de que aquí vamos a repetir la hazaña, que fué épica, del cerro Pingarrón, donde supimos escribir una página más en la Historia de las libertades de España.

Pero estamos muchos batallones confederales en esta brigada de la C. N. T. que supo vencer en el cerro famoso a miles de alemanes preparados admirablemente para la guerra.

—Aquí —lé digo— no podéis dedicaros a la caza de “tordos anillados”, no hay somalíes, sólo hay gente italiana, pero te advierto que a nuestros muchachos les va a costar poco castigarles; no te puedes figurar el rato de miedo que tienen a la F. A. I. y a los de “El Campesino” porque sus jefes les han dicho que asesinan a los heridos y prisioneros, como hacen ellos.

18 Marzo 1937

Las fuerzas de la 14 División toman Brihuega y persiguen al enemigo veintidós kilómetros.— Los muchachos de la 70 y de la 65 brigadas hacen centenares de prisioneros y cogen mucho material de guerra.

Cuando el enemigo atacado de frente por la parte de la carretera de Torrijo-Brihuega —en la extensa propiedad llamada de Don Luis— se defendía en sus parapetos serranos, apareció por los altos de los cerros que dominan esta última ciudad, rodeándola, los hombres de la 14 División, mandada por el compañero Mera.

Dos brigadas, dejándose rodar materialmente cerro abajo, atacaron de flanco a las divisiones italianas, tan bien situadas y tan bien armadas que parecía difícil vencerlas.

Pero la bravura de nuestra raza se impuso; nuestros muchachos atacando parecían fieras. Los soldados italianos sólo con verlos, después de lanzarles una lluvia de bombas de mano que apenas si nos causaron bajas, emprendieron la huida.

La artillería que estaba situada en el monte cercano a la carretera que va de Brihuega a Sigüenza, no se dió cuenta de la derrota tan terrible que padecía, hasta que se vió llegar como poseídos del demonio a los soldados italianos que tiraban al suelo, en su loca carrera, cuanto llevaban sobre ellos.

Un camisa negra italiano, capitán que mandaba una batería del diez y medio, al comprender lo que ocurría, man-

dó a sus soldados disparar a cero contra nuestros muchachos que avanzaban.

De nada valió; los muchachos de la 14 atacaron a la batería italiana y ésta fué conquistada, el capitán muerto y los soldados prisioneros.

La aviación leal zumbaba por el aire a veinte metros del suelo portándose como nunca; las terribles explosiones de sus bombas, los estragos que causaban sembraban el pánico entre tres divisiones italianas que quedaban destrozadas.

Nuestros tanques en su avance, atropellando parapetos y reductos serranos, acababan de desarticular la organización más meticulosa, fuerte y organizada del ejército italiano desde su derrota de Caporetto. Nuestra artillería entera y terrible volaba terribles reductos y parapetos como papeles; sus disparos tan certeros y tan rápidos destrozaban al enemigo.

Pero aceptando en esta derrota de las tropas italianas que, además de famosa pasará a la historia como la derrota de Brihuega, hemos de hacer justicia, señalando hechos y conductas de nuestros hombres de mando y de las fuerzas combativas, al jefe de la División 14, compañero Cipriano Mera, al comisario de la misma, compañero Valle, y al Estado Mayor por competo, que no cito nombres porque no conozco todos.

Entre los combatientes, estaban las fuerzas de Carabineros que han perdido el antipático carácter que tuvieron siempre y han tomado el de tropas de línea combatiendo valientemente como las demás fuerzas.

El eje de la victoria de Brihuega fueron los muchachos de la 14 División, distinguiéndose extraordinariamente como ya lo hicieron otras veces los abnegados compañeros de la heroica 70 Brigada que en el cerro Pingarrón, en el Jarama, en tres combates epopéicos, destrozaron cuatro divisiones alemanas y un conjunto de tropas askaris de Somalia, la primera y única vez que esta clase

de negros con anillo en la nariz han combatido en España.

Dos batallones de la 70 Brigada avanzan por la carretera de Brihuega a Sigüenza.

Brihuega ya ha quedado detrás de los que avanzan; en el pueblo quedó, abandonado por los italianos en su huida, cuantioso material de guerra y miles de cajas de municiones que los muchachos de la 70 no hacen caso y no pueden recogerlo. Ya vendrán otras tropas detrás que se harán cargo.

Cuando suben a los cerros de la carretera de Brihuega a Torrijo, los italianos les están esperando parapetados detrás de sus defensas de piedra de la Sierra.

Las dos entradas a Brihuega por la carretera de Torrijo las han cortado las tropas italianas y nada motorizado puede pasar por ellas.

Los muchachos de la 70 al llegar al cerro del monte de Don Luis, en la carretera de Brihuega a la de Aragón a Francia, encuentran admirablemente situados y parapetados a miles de italianos que los reciben con un fuego horroroso de ametralladoras rápidas que juegan dos cintas a la vez. Nuestros muchachos dudan un segundo.

Una voz sueña que se hace oír de todos: ¡Adelante los del Pingarrón!

Y una avalancha enorme de hombres saltan las rocas y se lanzan como leones de melenas encrespadas tomando por la brava las máquinas que les ametrallaban, las que vuelven rápidamente contra el enemigo como si las conocieran de siempre.

¡Así, veintiséis kilómetros!

Cuando volvieron hacia Brihuega, algunas fuerzas de la 14 División para recoger el botín tan considerable que había dejado el enemigo, otras fuerzas leales con menos suerte que las del comandante camarada Cipriano Mera, se habían adueñado del trofeo de aquella victoria, que luego había de servir de bandera para campañas de prose-

litismo despreciable e ineficaz, porque la verdad se impone siempre a la corta o a la larga.

No refiero lo que vi. Otras fuerzas que iniciaron el ataque desde la quinta de Don Luis, en la carretera de Torrijo, tienen sus historiadores que les siguieron más de cerca.

Pero el combate llamado de Brihuega, la toma del pueblo mencionado fué lo que dejamos relatado.

La 14 División se cubrió de gloria. Los muchachos de carabineros y los demás de las diferentes brigadas, fueron héroes.

Los guerreros de la C. N. T. y la F. A. I., componentes de la 70 brigada en general, supieron responder a su idea revolucionaria.

19 Marzo 1937

Hemos conquistado Cogollor, a la altura del kilómetro 100, y Navalpotro a la del 109.

Continúa el malísimo tiempo y nuestra buenísima racha victoriosa.

Ayer, nuestros muchachos, bajo un chaparrón continuado de agua y nieve, han seguido su avance, tomando los pueblos de Masegoso de Tajuña, Yela y Cogollor. Este último pueblo no es importante por su población, pero nosotros, que hemos subido al cerro Montero, de mil ochenta metros de altura, hemos visto que, a más de ser un excelente observatorio, es una eminencia valiosa para atacar o defender a Hontanares, y al pueblo que también fué nuestro, Alaminos, que tiene carretera directa, que les une con la general, por el kilómetro 103.

Nuestros muchachos, incansables, sin temor al tiempo, trepan por los cerros tomando las alturas dominantes de los pueblos, para luego caer sobre ellos por la carretera y por los cerros. No se trata ahora, después de la inenarrable victoria de Brihuega, de seguir realizando otra operación; lo que hacen nuestros muchachos, casi por iniciativa propia, de acuerdo con los mandos, es una operación de limpieza de enemigos por estos pueblos, donde no habiendo sido ocupados por ellos, en su afán loco de avanzar hay, sin embargo, escondidos, después de la derrota algunos grupos de individuos a los que hay que atrapar.

Además, por la carretera de Aragón, hemos llegado al kilómetro 98, hemos pasado Ledanca, que con Almadrones, que está al caer, son los dos pueblos que dominan

con sus elevadísimos montes, todo el puerto de Mandayona, Castejón de Henares, Bujalaro y Jadraque. Y como por la carretera de Soria ya es nuestro Hita, Utande y Muduég, vamos cerrando el círculo al invasor, que ya veremos por dónde busca salida.

Por la otra parte, por Navalpotro, que está a la altura de la carretera de Aragón, muy cerca de Algora, en el kilómetro ciento trece, ya veremos lo que ocurre; no sería discreto decir lo que nuestro Alto Mando discurre, pero nosotros, sobre todo los que somos veteranos de esta guerra y que en los primeros días de agosto asistimos al combate en todos estos pueblos, sabemos que teniendo en nuestro poder el cerro de San Cristóbal —mil ciento noventa metros de altura—, dominamos todos los valles de la carretera que va de la general a Sigüenza, Mandayona, Baidés, La Cabrera, Pelegrina, Aragosa y hasta la altura de Sigüenza y por la general dominando a Torremocha, La Torresaviñán y los cerros Monte Alto, de mil ciento setenta y tres metros, y el Mirón, de mil ciento cuarenta y dos, camino ya de la meta de Alcolea del Pinar, desde donde será todo coser y cantar.

Por lo pronto, el enemigo no sólo ha retrocedido treinta kilómetros, ha perdido todo el tren de material correspondiente a cuatro divisiones, con más de mil quinientas bajas y quinientos prisioneros, sino que su pérdida de moral combativa ha llegado a no obedecer al mando, y buena prueba de ello es que van cayendo en nuestras manos coroneles y tenientes coroneles, y si no caen prisioneros generales y generalísimos italianos, es porque éstos dirigen el tinglado desde bastidores, unos bastidores situados a más de cien kilómetros del sitio de las operaciones.

Nuestros muchachos están materialmente frenados por el mando en evitación de que su entusiasmo les lleve a operar más allá del sitio designado. Pero preparados están; una sola voz de quien debe darla, y otro empujón

más formidable aún que los dados en Trijueque y Brihuega, lanzarán al enemigo hasta Medinaceli, donde también iremos a buscarlos, a pesar de ser plaza fuerte.

Estoy escribiendo estas cuartillas cuando me llega la noticia de que en el frente de Córdoba han matado a nuestro camarada Elías García, corresponsal de guerra de C N T en aquel sector.

No me facilitan detalle de su muerte, pero me dicen ha sido en una trinchera.

¡Pobre Elías García!

Su vida fué un infierno, encerrado en esos cementerios de hombres vivos que le valieron a Zamacois de protagonistas para escribir su hermoso libro.

¡Pobre compañero!

Cumplió su misión de corresponsal de guerra de nuestro diario; fué como "Nobruzán", como yo, al frente para informar de verdad al pueblo, para decir sin engaños ni mixtificaciones lo que pasaba en el frente de Andalucía.

Su última crónica, llena de esa literatura sentimental e histórica con que él engalanaba sus cuartillas, ha sido publicada el viernes en C N T. Es tu primera crónica del frente Sur, de esta tercera etapa de su corresponsalía.

Nos despedimos hace una semana al salir él para el Sur y yo para el Centro.

"¡Buena suerte!" —nos dijimos—. Y es que al desearnos buena suerte el uno al otro era porque sabíamos conscientemente lo que nos podía esperar en nuestra misión doble de combatientes y periodistas.

No es exigencia de nuestro director del periódico que nuestras crónicas sean escritas con el fusil en descanso al lado nuestro; es que lo hacemos nosotros porque a más de debernos al pueblo, nos debemos a nosotros mismos.

Es porque no somos estafadores de noticias, ni engañadores de la opinión; es porque no somos cronistas de salón ni lameculos de comandancias.

Nos gusta escribir las páginas de nuestra vida, que al

día vamos enlazando con la tragedia de la guerra, llena de esperanzas redentoras.

Modestos en nuestro trato camaraderil, soberbios en nuestra dignidad y nobleza para rechazar cualquier mentira que valga para ensalzar a héroes de cartón que sólo ven los frentes con los prismáticos, a cincuenta kilómetros del enemigo.

Halagadores, no; sonrientes ante el intrigante, tampoco. Rechazamos siempre, desde el primer momento, aquel chaparrón de estrellas que las comandancias tiraban sobre los "corresponsales de guerra", que sabían admirablemente, colocar su pecho para que se prendieran en él.

Los corresponsales de guerra de nuestro diario C N T, ¡NO!

Ahí está el ejemplo de nuestro querido compañero Elías García. Ha caído frente al enemigo, como caeré yo si la suerte me abandona.

Como sabemos caer los anarquistas que somos combatientes antes que cronistas de guerra, sin camelancias, sin coches oficiales, sin arquear la espina dorsal, que sólo arquean los lacayos de la pluma.

Escribimos con la pluma y con el fusil. Como debe hacer en estos momentos históricos, todo el que quiera luchar de veras por la libertad y por el pueblo.

22 Marzo 1937

Aumenta sin cesar el número de prisioneros, y seguimos ocupando pueblos y posiciones.

De ayer a hoy se han intensificado las operaciones por este sector de Brihuega.

Por la carretera de Brihuega a Atienza, nuestros muchachos no dejan de encontrar cosas útiles que el enemigo abandonó al huir por Ibarra hacia camino de Casa de Arriba y al llegar a la casa se hicieron fuertes, pensando detener allí su carrera loca de espanto.

Però nuestros muchachos, guiados, sin duda, por algún conocedor del terreno, en vez de presentar carne al plover, atacan por la Cañada Real de Merinas y por la Cañada del Caballo y metiéndose por el monte, cayeron por el lado de la casa que menos esperaba el enemigo, aplastándoles y tomándoles material de guerra y prisioneros.

Por cierto que llevar consigo prisioneros cuando se ataca es un engorro grande, aunque sean prisioneros como éstos, que están deseando que se les coja. Es gracioso los ocurridos cuando se hacen prisioneros.

Nuestros muchachos, que todo su deseo es atacar y seguir tras de los que huyen, se ven desagradablemente sorprendidos cuando un oficial les ordena hacer alto y hacerse cargo de los prisioneros; la sección a quien le corresponde cumplir esta orden, la acatan con toda disciplina, pero en sus caras se ven que mejor gusto tendrían en seguir atacando al enemigo.

Después viene la segunda parte: a los prisioneros no se les puede dejar las armas, hay que "requisárselas" y nuestros muchachos saben lo que es cargar con un fusil, o dos, o cuatro, que no son de él; pesan más que nunca

por la mala gana con que se llevan. Lo sé por experiencia.

Y aquí viene el "instinto" de defensa de nuestros muchachos; unos, para no cargar con tanta impedimenta, quitan el cerrojo al fusil enemigo y le dejan lo sigan llevando ellos, si son más fusiles que hombres los "requisados", pues se apañan para hacer unas parihuelas con los mismos fusiles y el corraje y en ellas llevan los prisioneros todo lo encontrado por nosotros en el campo o en las casas, hasta encontrar un camión que lo transporte al mando.

Así ha sucedido ayer en el monte llamado de Don Luis, situado entre la carretera de Torija a Brihuega, y la de este pueblo a Atienza. En el cuartel del monte, conocido por Tinado, se encontró un núcleo de enemigos que no sabíamos si estaban allí perdidos o en servicio, y "por si las moscas", nuestros muchachos hicieron fuego sobre ellos y el enemigo, sin hacer frente, se diseminó por el monte; solamente tres, uno de ellos llevaba enfundado en el cuchillo armado en el fusil, un banderín azul pintado con letras blancas, esta inscripción:

1.^a B.—I. L.

MILAN

Hechos prisioneros estos tres italianos, el banderín nos valió de señuelo para ir atrapando a los otros. Nuestros muchachos tumbados en el suelo, parapetados donde podían, fusil pronto al disparo, les hacían quitar los cerrojos de sus fusiles a los italianos que se acercaban, y así fueron entregándose diez y seis, que conducidos por el Camino de los Ladrones, fueron entregados al Mando.

Por la tarde, acompañando a una sección de ametralladoras, por el camino de Cogollor, y a través del monte Tiricuende, se hizo la ofensiva contra las fuerzas enemigas que defendían los caminos hacia Alaminos. Ocurrió lo que ha de seguir ocurriendo siempre contra un



COMANDANTE ROMÁN
De la heroica Brigada 39

enemigo como éste; hace frente con todo el material de guerra que tienen, que si era (ya no lo es) numeroso, no es mejor que el que tenemos nosotros, y cuando ven que nosotros disparamos y seguimos avanzando, vuelven las espaldas y dejando todo lo que tienen escapan escandalosamente, dejando solos a sus jefes y oficiales que tienen que optar por estas tres cosas:

Darse un tiro en el corazón (aun no conozco un solo caso de éstos), o huir, o esperar y entregarse. Casi todos hacen esto último porque ya saben que nosotros no somos asesinos como ellos y respetamos las vidas de los prisioneros.

A propósito de esto voy a referir un suceso, que si lo callé en los primeros días de Trijueque por razones poderosas, hoy, pasados los días dudosos, no hay por qué callarlo.

Nuestro compañero Paredes, delegado de la C. N. T. en el frente Alcarreño, me dice: —Te convidó a comer en Hita, allí iremos Barea y yo. (Barea es el compañero comisario de guerra de ese sector, también de la C. N. T.)

Ellos marcharon, yo seguí en busca de información por la línea de fuego hasta que, anochecido, sin comer en todo el día, recordé el convite del compañero Paredes y me dispuse a ir a Hita.

Pero yo tengo corazonadas, y así como una de ellas me evitó ser hecho prisionero y fusilado con "mis muchachos" en el Cerro Rojo, esta vez, otra de ellas, nos ha salvado la vida.

Cuando mi chofer se disponía a tomar la carretera de Mira el Río, un poco más arriba de Torija, el corazón me dijo: "¡No; hay peligro!", y yo, siguiendo los impulsos de mi corazón, dije a mi chofer que no íbamos; que volviéramos hacia Torija, con gran disgusto de mi escolta que ya había vislumbrado la posibilidad de pringarse el hocico con algo sustancioso.

Cuando dábamos marcha atrás, entró en la carretera que yo dejaba, un coche con un comandante, dos capitanes y un comisario; el comandante iba herido, y atendido, marchaba hacia Mira el Río.

No valió ver este coche que iba por donde yo quisiera ir para decidirme a hacer lo mismo. No rectificué.

Dos horas después, supimos la trágica noticia. En la carretera se habían encontrado los cadáveres del comandante y los dos capitanes, al parecer, suicidados; del comisario y del chofer aun no se ha sabido nada.

Al conocer la desgracia, yo miré a "mis compañeros" y éstos me comprendieron. Era la tercera vez que mi corazón nos salvaba de una muerte cierta.

Es la guerra, pero en la guerra como en la vida tranquila ciudadana, ocurren corazonadas que a unos es señal de desgracia y a otros, avisos de salvación y de venturas.

23. Marzo 1937

Atacamos al enemigo por Hontanares y Cogollor, tomando varias trincheras a los "moros rubios" y a los "malditos".

Ayer ha sido un día muy movido por la parte derecha del sector. Las nuevas fuerzas (1), traidores y atracadores de países, que componen la línea enemiga, son suficientemente conocidas por nosotros. Los guardias civiles de la monarquía que quedan toman parte en esta guerra, porque sus sentimientos fueron y siguen siendo serviles. Los otros, los que se dicen poseedores y defensores de la "Kultur", porque son aves rapaces, como Italia, dispuestos a caer sobre los países que creen débiles para robarles.

Todos nuestros enemigos se han equivocado. El flácido león español ha sacudido sus melenas y con sus zarpas sacude su anquilosamiento y demuestra que aun tiene garras para despedazar a quien le moleste. Los "bravos" hijos de la Loba, destrozados y huidores no han parado de correr hasta llegar a Zaragoza.

Von Franco, de acuerdo con von Hitler, han relevado a los "macarronis" y han traído otra vez a este frente a "malditos" y "moros rubios", pero esta vez, quizás por primera, formen en la vanguardia las "aceitunas rellenas", detrás, como siempre, los "peras", para que sirvan de postre a nuestros muchachos.

Lo hemos visto ayer, que recibimos la orden de tomar

(1) Las fuerzas italianas, completamente desmoralizadas y en franca fuga, fueron reemplazadas por guardias civiles, requetés, etc., con los que el mando faccioso no logró estabilizar una línea de contención después de la gran derrota.

unas trincheras serranas, hechas de piedra, como tantas hemos construído nosotros por esas tierras en los días tristes en que teníamos que retirarnos kilómetros y kilómetros.

Los enemigos, fuertemente cañoneados por nuestros artilleros, con cañones cogidos a los italianos, y con la certera puntería con que atizan los nuestros, empezaron a no poder estarse quietos porque les "molestaban" nuestros "pepinos".

Cuando cesó de zumbar la artillería, nuestros muchachos, casi sin tirar un tiro se lanzaron al ataque y se encontraron con la sorpresa de ver que entre las piedras de las trincheras enemigas habían florecido las amapolas a millares, pero no; se dieron cuenta en seguida que lo rojo que veían era el pedacito de pimienta que sobresale de las "aceitunas rellenas", que suaves como los "macarronis", no pudieron resistir la embestida de nuestros muchachos y dando la media vuelta salieron corriendo como liebres.

Entonces hubo que cazarlos y nuestros muchachos, metiéndose en las trincheras tomadas, liándose a tiros con los que huían con dirección a Zaragoza, sin duda en busca de "macarronis", les causaron bastantes bajas.

Mientras tanto, al pie de un cerro situado unos centenares de metros más a la derecha, nuestros muchachos combatían la dura defensa que en sus trincheras hacían los "malditos" y los "moros rubios" y avanzando poco a poco, subiendo el repecho de la quebrada cuesta, se hacían con parapetos abandonados a veinte metros del enemigo.

El jefe que mandaba la fuerza que había tomado las trincheras defendidas por los requetés, atacó de flanco a los alemanes y guardias civiles, y en un momento de vacilación de éstos, un formidable empujón de nuestros muchachos les hizo dueños de las trincheras enemigas, haciendo huir precipitadamente a sus ocupantes en gene-

ral, cogiéndoseles prisioneros y material de guerra alemán.

Dos horas duró el ataque y cuando en las mismas trincheras conquistadas repartía yo una copita de riquísimo coñac, del que me regalan para los combatientes, se acerca el compañero capitán Marcelo y me dice tomando la copa:

—Compañero, aunque yo soy comunista, en estos momentos no puedo menos al ver el comportamiento de los muchachos confederales, de dar un grito que me sale del corazón.

Y levantando la copita brindó a la salud de todos los combatientes antifascistas, pero en este momento, dijo:

—¡Viva la F. A. I.!

Contestamos todos con un grito unánime y cambiamos un fuerte apretón de manos, pero de esos apretones de manos que juntan los corazones y que sólo se dan ante un peligro igual y eminente y que pasan por encima de todas las rencillas y todos los odios, espiritualidad ésta que no pueden sentir los azuzadores de rencores que se emboscan en las covachas de sus pasiones y se ocultan a las balas del enemigo, en cualquier cargo comfortable.

Precisamente por esto, mientras los “destripacerros” convierten las trincheras tomadas al enemigo, de ofensivas en defensivas, nosotros charlamos.

Se recuerda, ¿cómo no? la fresquísima hazaña del cerro Pingarrón y se compara la labor de los periodistas.

El comandante Estellés, me dice:

—Si tú hubieras leído una crónica que en “La voz del combatiente”, firmaba “Gabriela”, te hubiera gustado; era tan sencilla, pero tan bien escrita, tan digna, que nos gustó a todos. No te olvides, de parte de todos los que tomamos parte en aquel hecho de armas glorioso, de darle las gracias a “Gabriela” y felicitarla.

Les prometo que lo haré y ahí está; a mí no me duelen prendas.

Un muchacho de los que atacaron a los "requetés" llega a mí con un palillo entre los dientes y una boina roja y me dice ofreciéndomela:

—Mira, compañero; la "aceituna" allí está, no hay Dios que le hinque el diente; el "pimiento" te lo traigo para que te lo lleves como recuerdo y mira, mira lo que he "encontrao" en el relleno de la aceituna, y me enseña unas medallas de la virgen del Socorro, y unos trocitos de bayeta encarnada recortada en forma de corazón, que sin duda, son amuletos contra las balas, pero como no llevaba ninguno contra las bayonetas...

El resumen de la jornada es como ya dije hace tres días que sería.

Hontanares y Cogollar, son los pueblos llave para cerrar de este lado de la derecha de la carretera de Aragón al enemigo, para que nos quede libre el paso hacia Sigüenza; desde Alaminos, no tardando, daremos un empujón que será fatalísimo para el enemigo.

Nuestros muchachos, con una cantidad de espíritu y un corazón más grande que el de un toro, siguen su marcha de victorias, señaladas por los mandos.

¡Adelante la C. N. T. y la F. A. I.!

25 Marzo 1937

Yela, un pueblo pequeñito de la Alcarria, que está escribiendo una página en la historia de la libertad.

Vamos carretera de Brihuega a Sigüenza. Llevamos cuatro arrobas de coñac que hemos prometido a los valientes muchachos.

Se lo prometimos al ver su valentía el día que tomaron Cogollor y Yela. Queremos mitigar el frío horrible de estas altitudes a unos cuantos batallones, ¡ojalá tuviera para todos los batallones restantes de las demás Brigadas!

Cuando llegábamos al sitio del monumento, que ya todos conocemos, la aviación "negra" se nos echó encima, persiguiendo a una camioneta vacía, que huía como alma que lleva el diablo, por la carretera.

Cinco bombas dejó caer uno de los trimotores en su afán de destrozarla; nosotros dejamos el coche y prudentemente nos metimos en trincheras que hasta hace dos días fueron fascistas.

Otro trimotor la toma con nuestro coche y nos busca a nosotros; pero tampoco nos da "tomate", porque no saben darlo, porque sólo saben tomarlo.

Pasado el peligro, seguimos la larga carretera adelante, tan solitaria como un cementerio de noche; y como cementerio es, porque a los lados de la carretera, en el monte, siguen los muertos italianos, que los muchachos nuestros van enterrando.

Más allá encontramos un grupo de jefes y oficiales con pañuelo rojo y negro; si estos compañeros no fueran hermanos en ideas desde hace tiempo, los descubri-

ríamos ahora. Charlamos, beben unas copitas de coñac que les quita el frío de momento.

Un comandante, negro como un minero, me dice: "Hoy puedes pasar fuera del monte si vas a las avanzadillas, pero andando; deja el coche entre las encinas porque la artillería enemiga zumba.

Me doy por enterado, escondemos el coche y caminamos cubriéndonos lo mejor posible; "mis muchachos" llevan las cantimploras y la copita para repartir coñac en la trinchera.

La artillería sigue lanzando metralla italiana, aunque sean "moros rubios" los que disparan.

Cuando llegamos a las trincheras los muchachos, al vernos, se alegran y me preguntan si les llevo "optimismo", y como ven las cantimploras a punto de "disparar", se arremolinan todos para que les toque nuestra "metralla".

—No conviene estar juntos —les digo. Y cada uno va a su sitio a esperar la parte de "optimismo" que le corresponde.

Todo es camaradería antifascista entre hombres de diferentes ideas y partidos; aquí no hay, no permitiríamos ninguno que nadie, ni aun escudándose en estrellas y galones, con el respeto y disciplina que obliga la militarización, el que algún aprovechado hiciera labor proseguitista.

¡Cómo me agradan estos momentos de charla y camaradería lejos de la hipocresía de las covachuelas de la ciudad!

La artillería sigue zumbando. Un obús del veinte nos anuncia su llegada con un silbido de tragedia; todos nos tiramos al suelo; sólo a un pobre compañero no le da tiempo a tumbarse y cae alcanzado de lleno por la metralla. Todos nos lanzamos en su auxilio.

Toco el pito, y mi chofer, diligente, sale de su escondite y llega con el coche con todos los caballos desbo-

cados, exponiéndose a que le toquen los “pepinis” que le tira el enemigo.

Pero se trata de llevar un herido y nada nos impone cuando cumplimos este deber humano.

Inútil exposición; el herido no puede ir en el coche; va destrozado y han de llevarle en camilla casi un kilómetro. A los coches-ambulancia les ha tocado la metralleta de la aviación negra, y los choferes les están arreglando las ruedas.

Ofrezco mi coche al médico para llevar al herido después de curado. “Imposible —me dice el médico—; este pobre, si sale, ha de ser llevado con todo miramiento y cuidado en una camilla.”

¡Pobre compañero!

Su pañuelo rojo y negro, se ha puesto rojo por completo por la sangre perdida de la cabeza. No se queja, sólo un estertor sale de su garganta. Está herido en la espalda, en la cabeza y tiene casi arrancado un brazo.

¡Pobre compañero anónimo, que así mueres por la libertad, combatiendo a la bestia negra del fascismo!

Tú serás ese soldado desconocido que vamos dejando por los cementerios de los pueblos como pedazos de nuestro corazón grande y generoso.

En vez de dolor, esta muerte nos ha llenado de rabia; nuestros muchachos gazapean por la sierra con una máquina y un fusil ametrallador buscando un sitio que domine la loma donde está situado el enemigo. Lo consiguen.

Por la carretera de Sigüenza a Brihuega vienen unos quinientos “moros rubios” y “malditos”; es el relevo de las “aceitunas rellenas”.

Nuestros muchachos “enfocan” admirablemente la máquina y el fusil ametrallador y empieza a atizarles “tomate”; no les da tiempo a tirarse al suelo; ya han caído como nuestro pobre amigo, más de quince enemigos.

Las “aceitunas rellenas”, que habían visto venir a sus

compinches para relevarles y habían descuidado un tanto la vigilancia, salen precipitadamente de sus trincheras, iniciando la huída al vernos tan cerca.

También para ellos hubo "tomate", resultando entre todo una ensalada a la madrileña que nuestros muchachos se tomaron como un bocadillo en menos tiempo que tardaría en persignarse un cura loco.

No tuvimos más bajas que el compañero dicho; nosotros continuamos nuestro "avance" hasta pernoctar en Yela, donde nos esperaban los compañeros a que les lleváramos el "optimismo".

Desde allí, precisando lugar, terreno y sitio con el plano en la mano, vimos muy pronto la esperanza de que nuestra bandera se vea muy pronto en Sigüenza.

El propósito del Mando y el coraje y valentía de nuestros muchachos pondrá en ello todo cuanto valen.

26 Marzo 1937

Los muchachos de la C. N. T. y de la F. A. I. encuadrados en el Ejército Popular.—La 14 División y su 70 brigada.

Esperaba el momento oportuno para hablar de nuestros muchachos de la C. N. T.-F. A. I. encuadrados en el Ejército Popular y en camaradería con otras fuerzas de las más diversas ideas, que luchan juntas desde la desaparición de los batallones sueltos, para, uniéndolos, convertirlos en regimientos o brigadas.

Sabíamos del espíritu de sacrificio de que eran capaces nuestros muchachos, hasta hacer dejación de su espíritu libertario para someterse a una disciplina que no aceptan, que no pueden aceptar espiritualmente. Pero... ya lo dijo Durruti: "Nosotros renunciamos a todo, excepto a la victoria."

Yo era uno —sigo siéndolo— de los que no estaban conformes con perder la espiritualidad de un ideal sometiéndole a una disciplina de hierro; por eso decía que soldados en el momento del ataque y del servicio necesario y camaradas en segunda línea.

Pero he aquí que una voz discutible, sale diciendo desde su sitio que, "se acabó la camaradería; el jefe, desde el momento que es jefe, no es camarada del soldado".

Afortunadamente, la voz de ese mentor no producirá los efectos apetecidos entre nuestros muchachos. Van muy bien como van. Los mandos de nuestras fuerzas confederales, pues confederales siguen siendo aun estando dentro del Ejército Popular, tratan a sus hermanos de ideas y de lucha como debe tratarse a las fuerzas en una guerra de independencia donde todos fueron volunta-

rios antes de la formación del Ejército, y en el que han ingresado voluntariamente todos, incluso compañeros que por su edad, si quisieran, quedaban fuera de toda obligación de permanecer en filas.

Pero no lo hará ninguno de estos muchachos compañeros, porque no luchan por el huevo, sino por el fuero, y anteponen a todos los beneficios que puedan obtener la lucha por la libertad y por la revolución.

Compenetrados espiritualmente con estos nuestros combatientes, sabemos admirablemente cómo obran y cómo piensan. Diariamente estamos en contacto estrecho con ellos en la vanguardia, la trinchera y el parapeto que defienden jóvenes pertenecientes a las Juventudes Libertarias y los veteranos de la Organización confederal C. N. T.; son unos y otros lo mismo, y la misma fe les une en el ataque y en la defensa con otras fuerzas, que podrán ser de ideología diferente, pero que en las avanzadas, y mucho más en el ataque, todos sólo miran alcanzar la victoria ayudándose solidariamente, con esa hermandad que une en el peligro y en la esperanza a los luchadores que se unifican contra el enemigo común.

Lo tocamos todos los días; los mandos inmediatos de nuestras fuerzas antifascistas tratan a los muchachos que mandan, como camaradas que son, fuera de la obediencia obligada de los momentos de servicio. Nada pierde con esto el motivo oportuno de acto de guerra.

¿Por qué pretender, pues, que cese el espíritu de camaradería y querer imponer el respeto rígido a los jefes, que separará espiritualmente a mandos y mandados?

El jefe que se hace simpático a la tropa, lleva más ganado sobre la voluntad de los muchachos que manda, que el jefe rígido, ordenancista, que se hace temido —que no respetado— por quienes tienen obligación de obedecerle.

Se ven casos todos los días; yo he presentado, no hace mucho, una lista a nuestro Comité de Defensa Confede-

ral en la que figuraban componentes de fuerzas marxistas que desean pasarse a las fuerzas confederales, porque el comisario del batallón es antipático con su fanatismo idealista, el cual pretende meter a machamartillo a los que manda, causando estragos su proselitismo cerril y contrario a lo que se propone.

¿No sería mejor todo lo contrario?

Pues este contrario ocurre entre nosotros, entre nuestras fuerzas, más unidas cada vez espiritualmente por el afecto personal y la camaradería entre los jefes y los soldados confederales.

La 14 División está mandada por un compañero confederal de toda la vida, que luchó y cayó y volvió a levantarse para caer mil veces y continuar hasta hoy la lucha contra los enemigos de la libertad y del pueblo. Su carácter adusto, poco comunicativo, no es para crearle simpatías, pero todos le queremos porque sabemos que bajo su carácter hurraño se oculta un corazón de oro para los que tienen sed de justicia, y de cemento para los enemigos de la libertad.

Aceptamos su carácter como se aceptan las diabluras de un niño, sin dejar de quererle cada vez más.

Cipriano Mera será siempre el camarada de sus camaradas; el jefe indiscutible en la guerra, quien, en momentos como los pasados, será inflexible ante el deber; pero, pasado el momento imperioso de los hechos, su corazón, cerrado a la flexibilidad, se abrirá para sus muchachos como se abría en el patio de la cárcel.

La Brigada 70 ha puesto un magnífico broche a la historia de los hombres de la C. N. T. y la F. A. I.

Ahí están los hechos. Ahí están sus hombres que, unidos por camaradería y por afinidad, han sabido portarse como verdaderos héroes.

En las trincheras del frente de la Alcarria ahora, como en el frente del Jarama el mes pasado, unificadas sus voluntades y esfuerzos con marxistas y republicanos, su-

pieron conseguir tan grandes victorias que han marcado una variación notable en los acontecimientos y un viraje apreciable del enemigo en sus planes de guerra.

Todo sin órdenes férreas, sin imposiciones de mando, que no hacen falta por la espiritualidad elevada de los muchachos anarquistas.

Es la camaradería, el afecto, la comprensión, la espiritualidad que une a jefes y soldados.

¡Desgraciado del jefe que no cuente con el cariño de sus soldados!

29 Marzo 1937

Nuestros muchachos de la derecha de la carretera de Aragón toman al enemigo nuevas posiciones.—Alaminos y Almadrones, derecha e izquierda de la carretera a Francia, bajo el fuego de nuestros cañones.

Hemos pernoctado en el frente de la derecha de la carretera de Aragón. Hemos dejado el coche en una casilla de camineros y fuimos campo a través, metiéndonos por las tierras hasta media pierna, en busca de nuestros muchachos.

Cuando llegamos a la trinchera hay preparación de avance, pero creen que tardará aún. “Mis muchachos” han venido cargados con un saco de cacahuets y las cantimploras de coñac, que empiezan a repartir entre todos. Un cabo me dice: “Pero debes de traernos “optimismo” en cantidad, como has llevado a los Carabineros.”

Yo, escamado, pregunto:

—Pero ¿no tenéis bastante con los mil litros, MIL LITROS —repito— que el Ateneo de Cuatro Caminos ha regalado a la brigada?

Todos se quedan parados; ninguno sabe nada y, ya perplejos, un capitán me espeta un poco duro:

—Compañero, ¿estás seguro de lo que dices?

—Tan seguro —le respondo— como que tú estás comiendo cacahuets y que te vas a beber esta copa que te brindo.

El camarada capitán bebe la copa de coñac, hace un castañeteo con la lengua y dice:

—¡Pues no sabemos nada!

Pasa una hora, y los muchachos me piden ansiosos noticias de los demás frentes; carecen de Prensa, que no llega a ellos. Parece que viven al otro lado del mundo; no se enteran nada más que de lo que hacen ellos.

Me dijo ayer este comandante pequeño, valiente y bueno que se llama Cantos: "Ven a ver a mis muchachos. Verás tú si hay allí coraje."

—Eso ya lo sé yo —le digo—; precisamente es lo que acaba de decirme el comandante Estellés y lo que me dicen otros comandantes, capitanes y comisarios que están en las trincheras.

Mis muchachos, nuestros muchachos, todos los muchachos están llenos de coraje para atacar.

Y cuando estamos comentando el momento llega la hora de prepararse para avanzar. Me preparo yo, pero mi amigo el comandante me dice: "No hay necesidad de que te muevas de aquí; tampoco me muevo yo. Sólo es una operación de tanteo para obligar al enemigo a que se repliegue y no ahogue a ese pueblecito con sus posiciones frente a él."

"Conseguiremos el objetivo —sigue diciendo con firmeza de convencido, el comandante—; será cuestión de horas." Y, haciendo confianza en una amistad nuestra de muchos años, va a decirme los resultados, pero yo no le dejo. "Sé muy bien —le digo—, y lo he aprendido perfectamente recorriendo frentes y estudiando el terreno con ese don de vista que tenemos los corresponsales de guerra, que parece que no miramos, pero vemos."

"Conozco el gráfico que de memoria quieres describirme. Tratamos de poner en contacto todas nuestras fuerzas de este frente, y lo vamos consiguiendo.

Lo demuestra el que se puede recorrer libremente por este lado el camino de Ledanca a Yela, e internarse en el inmenso monte Las Chaparras, la dehesa El Tenedero y salir, por la Cañada Real, a Hontanares.

Van resultando los pronósticos que hacía en mis ante-

riores artículos, cuando indicaba que un ataque al pueblo A, de importancia, que fué nuestro, nos pondría en posesión de su carretera, que, atravesando la general de Aragón, nos pone otra vez en posesión de Almadrones y, desde la altura de 1.090 metros, dominar el río Badiel y la inmensa vega de Castejón de Henares, Matillas, hasta Jadraque. Todos estos pueblos fueron nuestros. Entre los jefes que conducen las fuerzas, los hay veteranos de por estas tierras, que conocen palmo a palmo el terreno por donde llevar a los muchachos a la victoria.

Si antes lo abandonaron sin tirar un tiro, cúlpele a quien, pudiendo, dió la orden de retroceder, dejando esos pueblos en manos del enemigo, para tener que reconquistarlos hoy a tiros y cañonazos.

Pero lo que me importa señalar es que el movimiento se demuestra andando, y, los dos golpes de mano de ayer, si así se quiere llamar a las dos victorias de nuestros muchachos en el lado izquierdo y hoy en el derecho del frente, significan algo más que proyectos.

Combaten nuestras fuerzas con tenacidad digna de la victoria contra tropas italianas que en su huída han ido reconcentrándose en A y, reuniendo el material que les queda, se han hecho fuertes, para impedir a todo trance el paso nuestro hacia Algora y el cerro de San Cristóbal, convertido en formidable fortaleza por el enemigo y que, desde hace seis meses, le vale para dominar, por su mayor altura, 1.190 metros, superior a todos los cerros de su alrededor, a una distancia de 30 kilómetros.

Los italianos, obligados a resistir, parece que lo harán; pero confiamos en que, cuando nos acerquemos a tiro de fusil y sepan que somos los que les hicieron correr, cambiarán de opinión y se "dejarán" coger. Sabemos que el mando italiano ha escogido sus fuerzas, formando brigadas de choque con las famosas "Llamas Negras", fuerzas consideradas como de confianza absoluta del "duce", que han conseguido grandes victorias para el

Ejército italiano (¿dónde?); pero nosotros sabemos que, por huir ante nuestros muchachos, han dejado los fusiles y todo el material de guerra regando el suelo, y que ahora usan nuestros muchachos contra ellos.”

El comandante se me queda mirando cuando término.

—¡Chico! —me dice—, hablas como si fueras del Estado Mayor. Mira: vamos a seguir en los planos lo que has dicho.

Y, entrando en un refugio, tomamos un plano y, partiendo de la carretera general del camino de Ledanca, a la derecha, le señalo, kilómetro por kilómetro, todo lo tomado por ambos lados, desde Trijueque, y lo por tomar, que, por discreción que debemos tener los corresponsales de guerra más que nadie, me callo, para que no valga de aviso a los “navegantes” que pululan con casco de leales por las tenebrosidades del espionaje.

Nuestros muchachos envían un enlace con un parte escrito: han conseguido el objetivo señalado, a costa de dos heridos solamente, y el enemigo ha tenido varias bajas más y diez presentados”, que se encuentran muy a gusto al parecer, entre nosotros.

Nos marchamos con el hambre hacia otra parte, porque el hambre es compañera inseparable nuestra en este frente. Parecerá exageración, pero es así.

Hay día que sólo comemos pan, cuando lo podemos comprar, que, otros días, no hay ni aun eso. Cinco días, hemos comido gracias a la Intendencia confederal y su central de Madrid, y una tarde, ya de noche, porque se atrevieron a levantarse unos camineros y nos hicieron, para “mis muchachos” y para mí, ocho huevos y unas sopas de ajo superiores, y que pagué más del doble que me pidieron, porque por todos los conceptos lo merecieron.

Es un problema el comer, para este corresponsal.

Ledanca ha sido tomado por nuestras milicias.—

Episodios llenos de emoción y coraje de los
“Espartacus” de la C. N. T.-F. A. I.

“Como decíamos ayer”...

Había un pueblo de importancia en vísperas de caer en nuestro poder: Ledanca; y Almadrones; el pueblo que sigue a Ledanca por la izquierda de la carretera de Aragón está bajo el fuego de nuestros cañones y será ocupado por nosotros en un empujoncillo que demos otra vez.

Tiene importancia estratégica la ocupación de Ledanca, porque además de ser un pueblo de importancia en la Alcarria, domina, dada su altitud, toda una zona de montes y tierras fáciles de defender y que asegura con la ocupación de las tierras por nuestros muchachos una cosecha de trigo muy importante.

Nuestro compañero Cipriano Mera era un albañil hace ocho meses y excelente jefe de División ahora. Mando que se ha revelado en esta guerra como otros muchos, improvisados por la necesidad de tener hombres de confianza al frente de nuestro Ejército del pueblo, va de avance en avance y de victoria en victoria, llevando, además de la fe a sus muchachos, el valor moral que significa mucho para tantos perseguidos por la justicia burguesa y de clase que formamos en las filas del Ejército popular.

“Espartacus”, ese nombre que por sí solo significa la primera rebelión en el mundo de los esclavos contra los opresores, es el nombre que miles de camaradas de toda Andalucía han tomado para su batallón, ya veterano, que

en los frentes donde los envió el Mando supo escribir páginas brillantes, tintas en su sangre de libertos para que no se borre nunca en la historia de las libertades de los pueblos.

En este frente ha escrito una nueva página, casi una epopeya.

Ledanca es nuestro, lo han conquistado esos muchachos que alargan las "jotas" como haches y las erres las convierten en "eles" cuando hablan. Lo han conquistado los muchachos de la C. N. T. y la F. A. I., para dársela a la España liberal y antifascista.

Hace días, tres fechás, la artillería italiana disparaba sin cesar sobre nuestros muchachos de la izquierda del frente de la carretera de Aragón.

Impasibles aguantaban, todos tumbados en las trincheras, aquella lluvia de metralla; todo pasó; también pasó la tormenta de hierro y en seguida, como en el monte después de la lluvia, aparecen las setas, así las cabezas de nuestros muchachos iban asomándose sobre los parapetos, como preguntando ¿vivimos?, y empezaron las sonrisas a recorrer toda la trinchera, como si nada hubiera sucedido.

Así se ha tomado Ledanca, sin dar importancia al hecho ni a la resistencia de los italianos. Sólo ante la inmensa cantidad de material recogido otra vez y los prisioneros hechos, es cuando uno se ha impresionado al ver la derrota tremenda del enemigo invasor que parecía fuerte.

Otro golpe tremendo para los traidores y las aves de rapiña extranjeras como en Pozoblanco y Villanueva del Duque, parejo con éstos, pues si los muchachos de Córdoba han avanzado veinte kilómetros y cogido enorme cantidad de material, se hermana el hecho con lo ocurrido con la toma de Brihuega.

Nuestros muchachos, los valientes de la división 14, al mando de Cipriano Mera, benemérita ya por sus vic-

torias, están locos de alegría; desde sus nuevas posiciones, a simple vista, ven vastas tierras, que les invitan a ser conquistadas.

Un sargento, andaluz y sevillano, dos veces andaluz, me habla del problema que se les presenta ante la captura de los prisioneros.

—Va uno avanzando a la carrera —me decía—, ves un tío, dos, diez, que van delante de ti huyendo como liebres, dando saltos que tan pronto les ocultan como les descubren. Tú no puedes tirarles, porque el cansancio y la fatiga te altera el pulso y cuando vas pensando que hacer, se paran los perseguidos de repente, tiran el fusil al suelo, levantan el puño y dan vivas a la República.

¿Qué hace uno entonces? ¿Cómo dedicarse a recoger sus fusiles? ¿Cómo parar en la persecución para hacerles prisioneros? ¿Dónde los llevas...?

Yo le interrumpo, preguntándole:

—Tú ¿qué has hecho?

—Hombre..., yo —me dice— les hago tumbarse al suelo, llamo a cuatro o cinco de mis muchachos, los más cansinos, y les mando recoger los fusiles enemigos, quitarles los cerrojos y quedarse sobre el terreno vigilando a los vencidos, que ni para comodidad, les dejan mis muchachos que se muevan.

—¿Y tú? —insisto yo.

—No seas pelma, compañero— me dice el sargento. Yo sigo cumpliendo con el deber, trotando tras los que corren delante de mí.

Me echo a reír y le hago una pregunta que le aturdo:

—¿Nada más, nada más? —le repito mirándole fijo.

—¡Maldita sea...! No puede uno hacer na sin que en seguida se enteren los moscardones. Sí, hice algo más: entré en un nido de ametralladoras que se resistía, pero los cogí por detrás y no tuvieron escape; di "tomate" a un idiota que prefería seguir siendo esclavo de Mussolini en vez de libre con nosotros, y a los otros dos les

hice retroceder diez pasos, desmonté la ametralladora sin perderlos de vista y cuando ya no podía con mi alma, descubrí más de dos kilos de mantequilla y tres "chuscos"; saqué mi navajilla, partí los tres panes, los unté de manteca y me los comí. ¡Y que no tenía hambre, compañero! Después me puse de pie y esperé la llegada de más fuerza, pues estuve solo con los dos prisioneros más de tres horas.

—Pero después —interviene un compañero de los que nos escuchan—, y es lo que se calla el sargento, tuvo que ir al médico y tomarse un cuartillo de Carabaña y andar por ahí abonando tierra tres días.

Todos nos echamos a reír y el sargento se marcha lleno de furia cómica.

—¡Moscardones! ¡Más que moscardones! —va diciendo, y cuando ya está a veinte pasos de nosotros, se vuelve y me dice:

—¡Oye tú, escribidor! Si pones algo en los papeles de esto, te pego un tiro —y sigue su camino escurriéndose por la trinchera como una anguila por un canal.

Me rodean los aguiluchos de la F. A. I. y las águilas de la C. N. T.

—¡Vaya "tomate"! —me dicen—. Di en el diario que aquí hay savia anarquista.

Miro al que me lo dice detenidamente y reconozco en él a un camarada veterano que estuvo preso conmigo varias veces.

Le doy un fuerte apretón de manos; cruzamos nuestras manos elevándolas y les digo:

—¡Adelante!

Y al ver a varios compañeros franceses que también pertenecen a la F. A. I., repito:

En avant, les gars! En avant! avant!

De Ledanca, atravesando el río Badiel, a Argeci-
lla.—La venta de “El Puñal” en el kilómetro 96
de la carretera de Aragón.

Seguimos avanzando por todo el frente alcarreño. Nuestros muchachos parecen avispas: no pueden estar quietos ni un segundo y no es esto sólo, sino que tampoco me dejan estar quieto a mí, que me veo obligado a ir con ellos, clavándome en los carrascos, prendiéndome los faldones de mi capote entre las zarzas..., y menos mal cuando la marcha es por el monte; porque cuando es por las tierras labradas y húmedas las “medias suelas” que se agarran a mis botas son tan pesadas que parecen tirar de mí para que no ande.

Pero nada evita el que sigamos nuestro avance; ni el hambre, que hace abrir a “mis muchachos” una boca como leones. En mi vida pasé tanta hambre, de verdad, de verdad, de todas las verdades.

Cuando llegamos a tiempo a la comida de la tropa, comemos; cuando llegamos al Cuartel general a tiempo de comer con el Estado Mayor de la División, comemos; cuando llegamos a una avanzadilla y los muchachos comen, también, y como la Samaritana bíblica, comparten su agua y su pan con los caminantes, comemos.

Por este “barrio” de la izquierda de la carretera todo es contento. Se han “tirado” nuestros muchachos por el “faldón” abajo de unos cerros y han caído de pie y con los ojos abiertos a la orilla del río Badiel, y, desde allí,

al manantial de Valdeperales y luego a la ermita de San Roque y al valle de Argecilla; es un suspiro para nuestros muchachos.

El día frío y el aire tan grande que hacía, no fué lo suficiente para impedir que nuestros muchachos se lavaran desnudos en la afluencia del río Valde San Martín con el Badiel, a escasa distancia de Ledanca, donde nuestro Ejército puede confiarse, después de haber limpiado de enemigos muchos kilómetros por delante.

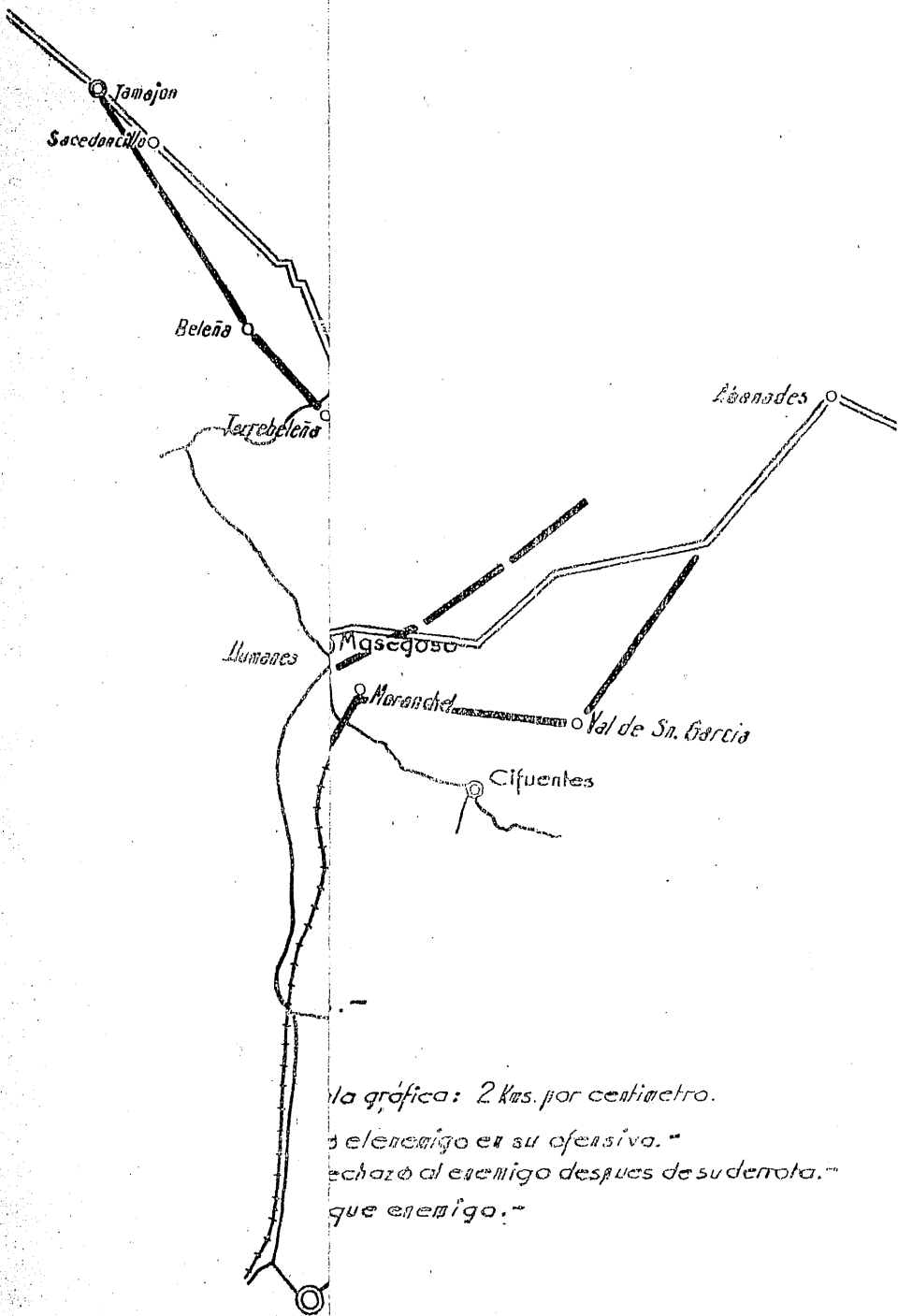
Ayer he estado en el frente centro de la carretera general. Me acompañaba el camarada Gil, comandante de la fuerza, y cuando empezábamos a comernos (algo ha de comer el corresponsal) los tres kilómetros que hay desde donde dejamos el coche hasta las trincheras, se nos agregaron dos delegados del Estado Mayor de "Euzkadi", que venían a conocer este frente.

En fila india, para evitar el zambombazo de la artillería enemiga, que nos señala con su ojo invisible para nosotros, emprendemos la marcha diez hombres. En la Venta del Puñal, la artillería italiana se ha ensañado. Los paredones de la Venta, medio derruidos, parecen un fuerte donde se hubiera hecho gran resistencia.

Los delegados de "Euzkadi" desean una foto de todos en lugar tan estratégico y, sobre todo, que conserva todo ese sabor del frente.

Soy yo quien "dispara" contra todos con mi máquina; después, el fotógrafo vasco se empeña en que yo ocupe su lugar y nos "fusila" también con su máquina. Seguimos caminando a través del terreno de tierra ocre; empiezan las "medias suelas" a frenarme, y, después de kilómetro y medio de saltar por los surcos, llegamos mi escolta y yo por sitio distinto a donde llegaron los demás a las trincheras.

Saludamos a los muchachos, y los "míos" empiezan su reparto equitativo de cacahuetes y coñac.

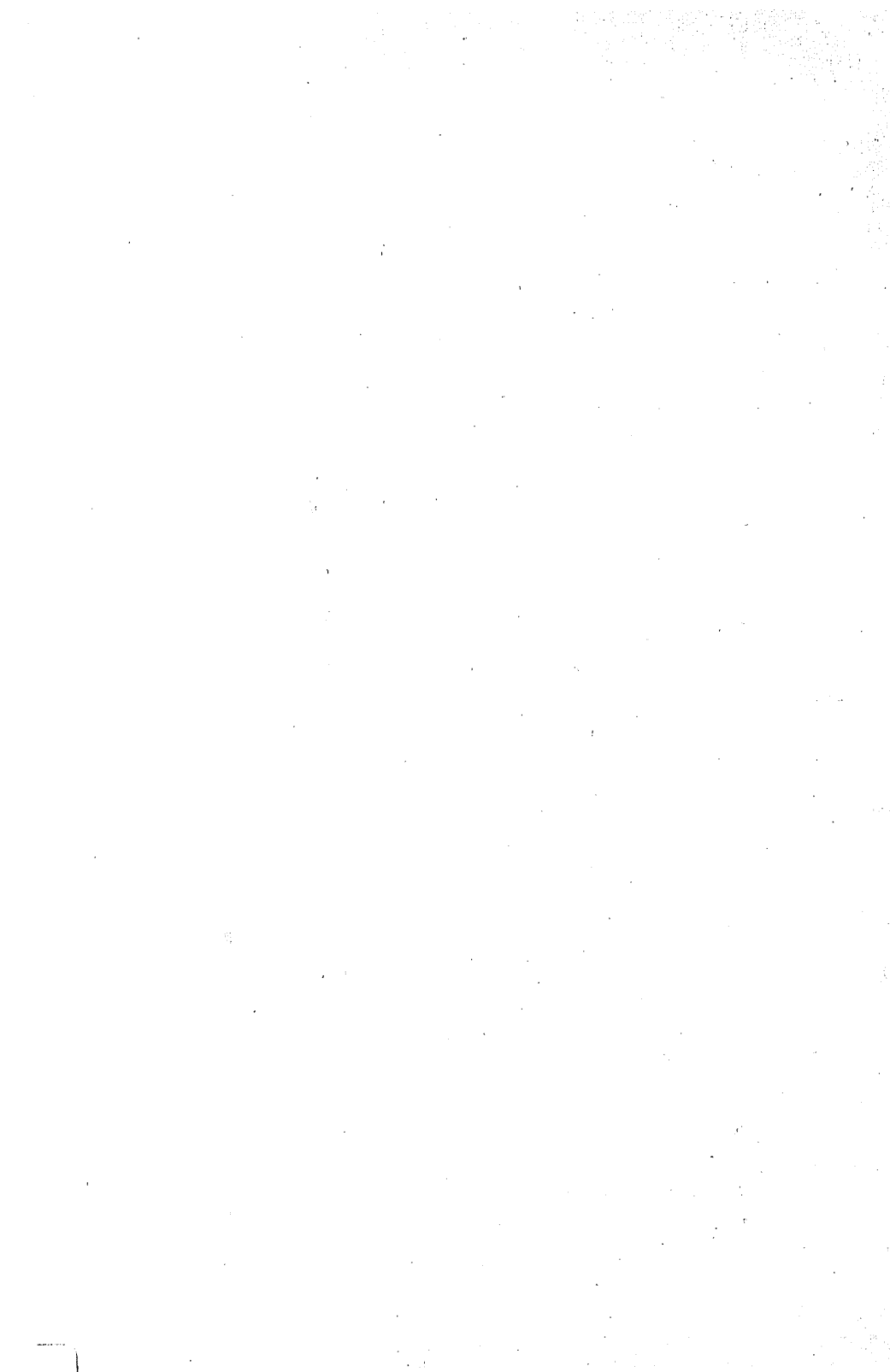


la gráfica: 2 kms. por centimetro.

el enemigo en su ofensiva."

echazó al enemigo despues de sudetota."

que enemigo."



¡Con qué ojos de “optimismo” me miran los favorecidos!

Hace mucho aire y mucho frío; las nubes barruntan agua (¿más agua?), nuestros muchachos se van a convertir en ranas. Repiten “mis muchachos” la ronda de “optimismo”; hay que calentar los cuerpos por dentro para que tengan calor por fuera.

Empiezan a buscarnos los “pepinis”. El compañero comandante, celoso porque no ocurra nada a los vascos, señala la conveniencia de no prolongar la visita, y los delegados del Estado Mayor de “Euzkadi” emprenden la vuelta perseguidos por los obuses.

Nosotros seguimos en la trinchera en espera de un claro de luz que nos permita sacar una foto del enemigo (tan cerca estamos), ya que a simple vista vemos a los “malditos” envueltos en sus capotes negros de la monarquía. No suena un tiro de fusil, sólo la artillería enemiga sigue persiguiendo a los vascos, que ya llegan a la meta sin novedad.

El día no me deja sacar fotos, y, acompañado del comandante, el enlace del Comité de Defensa confederal de Madrid y cuatro compañeros, emprendemos también la vuelta.

Empieza a meterse con nosotros la artillería de los “macarronis”; los obuses nos buscan sañudamente, pero sin “suerte”: delante, detrás, por el flanco izquierdo, siguen saludándonos, pero están muy lejos para corresponderles. Un “pepini” por poco si causa una víctima inocente: mi chofer. Ha quedado junto al coche en espera nuestra y, mientras tanto, se ha puesto a enredar con una moto, y cuando más tranquilo estaba, un obús ha roto su cabezota cerca de él y lo ha medio enterrado con el barro de las tierras.

Llego al coche sudando a mares a pesar del día frío;

han sido seis kilómetros de ejercicio, que parecen doce por los surcos. Los "pepinis" ya no nos alcanzan.

El comandante nos obsequia con un poco de jamón y queso.

La "providencia" del corresponsal de guerra de C. N. T y su escolta se llama hoy comandante Gil...

Mañana... (¿...?)

2 Abril 1937

Nuestros carros de asalto atacan y destruyen las mejores posiciones enemigas.

Tenemos una fuerza formidable en manos de unos muchachos valientes, que la usan con el arrojo peculiar de los hombres de choque, que luchan siempre en primera línea.

Los carros de asalto: esta arma terrible de combate; no valemos todos para manejarla. Los tanquistas tienen que ser de goma dentro del tanque. Se semejan, exactamente, encerrados en la caja férrea del carro de asalto, a las bolitas de los números de la Lotería encerradas en sus bombos. Saltan, botan, son lanzadas, estrelladas contra las paredes metálicas.

Así son tratados nuestros muchachos tanquistas cuando la máquina marcha por sitios ondulados, cruza tierras, baja y sube barrancos y costados, derriba árboles, "gatea" sobre ellos, embiste y tumba aparatosamente muros y casas.

Por eso llevan los muchachos esas cabezotas monstruosas que semejan cabezas de buzos. Son "chichoneras", evitan los chichones que les causarían los "tortazos" fenomenales que se reparten dentro, llevando la mayor parte el que menos pesa.

Además de esto, que ya es un peligro, existe el que encierra todo mecanismo. Que falle una pieza, un tornillo, cualquier obstrucción momentánea, imposible de arreglar bajo "pena de muerte" en pleno combate y que el enemigo aprovecharía para ejecutarla. Una "panne" en el momento crítico; además de decidir el combate, es la muerte segura para los tripulantes.

Ayer lo hemos visto una vez más; nuestros muchachos tanquistas condujeron los carros con una valentía y una precisión admirable en el ataque.

No se trataba de conquistar, sino de destruir. El enemigo tenía frente a nosotros, a doscientos metros de nuestras trincheras sueltas y ligeras, otras formidables, construídas con cemento y con todos los adelantos modernos. Se proponían que esa línea fuera el muro que cerrara el avance por ese lado, haciéndonos podrir en la inactividad del parapeto perpetuo.

Nuestros muchachos tiroteaban tan voluntaria como inútilmente. Nuestros ametralladores se consumían; todo era gastar cintas de municiones; nada conseguían. Sin embargo, era necesario avanzar y para avanzar era indispensable destruir aquella formidable trinchera.

Nuestros dinamiteros me decían:

—Estamos dispuestos a caer todos, pero también a que esa trinchera sea nuestra. El comandante nos tiene prohibido que salgamos fuera de nuestros parapetos, ni usemos siquiera sea una bomba sobre esa trinchera. Dice que no tardando será nuestra sin que nos cueste una víctima.

La afirmación del comandante, fué ayer un caso positivo.

Dada la poca distancia que había entre nuestro parapeto y la trinchera enemiga, considerada inexpugnable, nuestra artillería no intervino en esa preparación maestra que emplea antes de cada ataque.

Fueron los tanques los arietes que se encargaron de topar contra los muros fascistas. Los carros de asalto, lanzados con la mayor violencia oficiaron de apisonadora. Por un momento parecía al verlos trepar sobre los parapetos que les resistían su pesada mole, que los carros iban a dar la voltereta fatal, quedando vencidos por la resistencia de la piedra.

No fué así; obligados a dejar paso franco a nuestros

tanques, que barrían con sus cañones al enemigo, pronto abrieron brecha por donde colarse. Nuestros muchachos de infantería, saltándoseles los corazones, seguían en silencio el ataque, apretando el fusil, prontos a intervenir. Nuestras máquinas ametralladoras seguían con su tacc pausado, la obra destructora de nuestros tanques, hasta cuando la trinchera fué materialmente trillada por nuestros armatostes; como si la artillería estuviera allí mismo, empezó su obra de exterminio.

A una, como de acuerdo con la artillería, mientras los tanques regresaban reculando a nuestra línea, las ametralladoras sembraban sus balas, causando terrible daño sobre los que huían.

Los disparos de nuestros artilleros con piezas "macarronis", cogidas en las botas enemigas de Trijueque y Brihuega, sembraban el pánico entre los vencidos.

No hubo necesidad de que nuestra infantería atacara. Bastó la acción artillera y ametralladora para completar la victoria empezada por nuestros carros de asalto.

La trinchera enemiga quedó tan deshecha, que dejó de servir para lo que se la quiso utilizar. Nuestros muchachos han conseguido con este pequeño combate destrozarse un peligro cierto para ellos y estirar su enlace con otras fuerzas nuestras situadas a la izquierda de este frente.

Por su parte, nuestras fuerzas de la izquierda de la carretera de Aragón están "hinchándose" de tirar "p' adelante" siendo su sector el que más avanza.

Nuestra artillería también por este lado está castigando terriblemente al enemigo, usando las propias municiones de ellos, cogidas en Ledanca.

El aire, el frío y el agua hacen pasar uñas noches terribles a nuestros muchachos en las trincheras situadas en plena Sierra; muchos de ellos se cubren con los tabardos cogidos a los "macarronis" que, pintados de color de lagarto, evitan el agua admirablemente.

El general Miaja, con su Estado Mayor, estuvo visi-

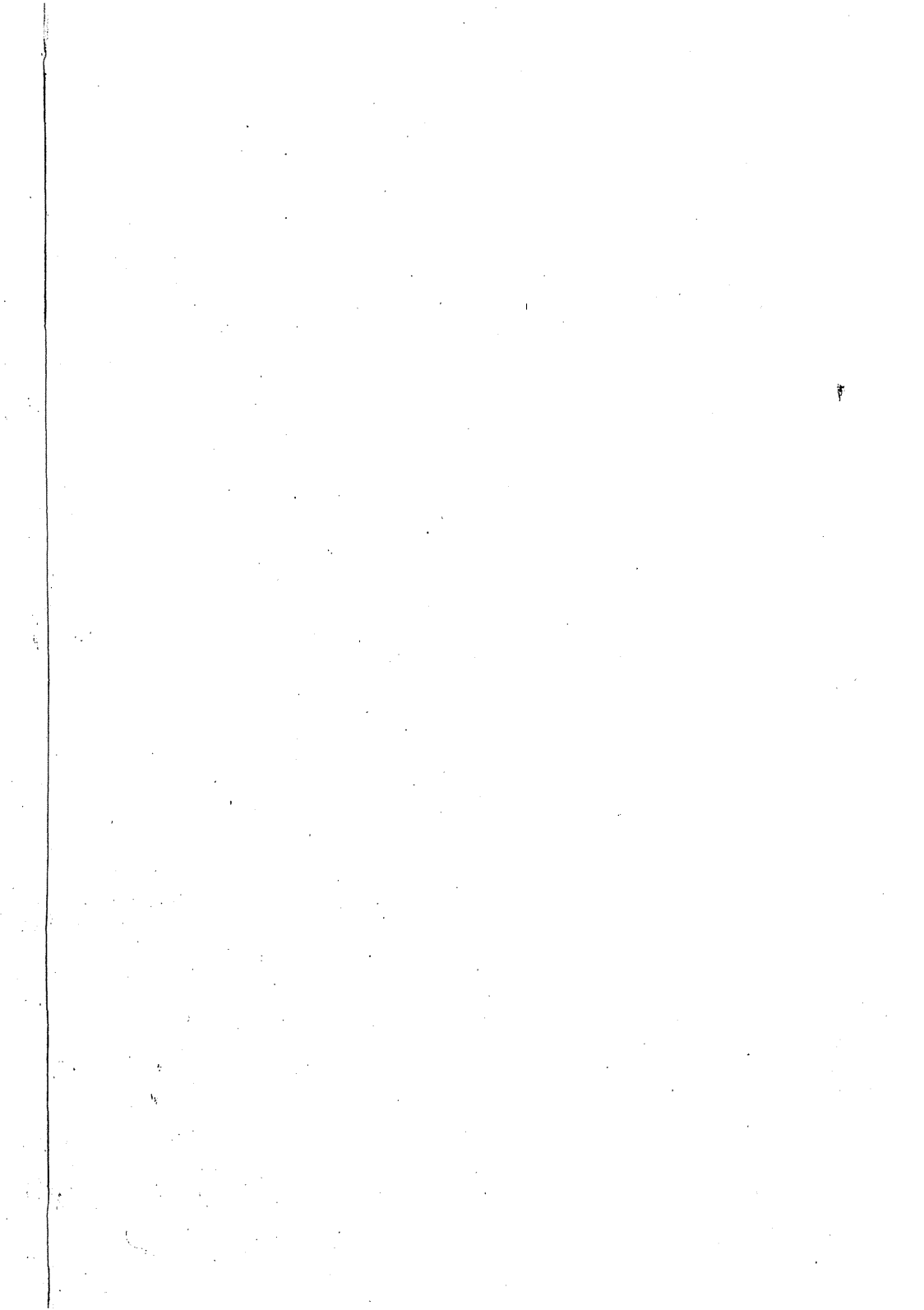
tando el frente, alegrando el ánimo de los muchachos. Dijo, al ver la relativa tranquilidad del frente, que no tardaría en romperse, y, sonriente, afirmó que pronto daría gusto a los impacientes.

Los que tomamos el pulso a los combatientes diariamente sabemos que cuando se dice por las trincheras: "¡Ha venido el general!", los muchachos se alientan como si efectivamente le hubieran visto y aun hablado con él. Cuantos llegan nuevos y no conocen los montes que nos rodean, preguntan, miran, les gusta saber dónde se dió el gran "tomate" a los "macarronis" y cuando encuentran alguno de los miles de objetos del enemigo que aun hay por el monte, aquí y allá, entonces su contento es grande, guardando lo encontrado, con todo cuidado.

Hasta que se acostumbren y, al ver que todos los días se encuentran algo, lleguen a no mirarlo. Lo que les choca a su llegada es tanto montoncito de tierra como se ve por el monte; son las sepulturas donde nuestros muchachos entierran a los enemigos caídos en la lucha, y luego ponen sobre los enterrados un pequeño "monumento" al estilo serrano; un obelisco de piedras que aunque las mueve el viento no las tira.

Lo que es la vida. La víctima entierra a sus verdugos.

3 Abril 1937





4 Pts